

Armour, expulsado

O.C. TAVIN

2007

96621



O. C. TAVIN

ARMOUR, EXPULSADO





SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—¡CULPABLE!, por Alf Manz. (5.ª edición.)
2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (4.ª edición.)
3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter. (3.ª ed.)
4.—EL COBARDE, por Alf Manz. (3.ª edición.)
5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair.
(2.ª edición.)
6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz.
(2.ª edición.)
7.—SU ALTEZA EL LADRON por Fred Baxter.
(2.ª edición.)
8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair.
(2.ª edición.)
9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny. 2.ª edición.)
10.—LA REDADA, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
11.—SHANGHAI, por Alf Manz. (2.ª edición.)
12.—GUERRA DE GANGSTERS, por Fred Baxter.
(2.ª edición.)
13.—¡SANGRE!, por Frank McFair. (2.ª edición.)
14.—LA REBELION DE LOS MUERTOS, por Alar
Benet. (2.ª edición.)
15.—EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G.
Murphy. (2.ª edición.)
16.—TANGER, por Alf Manz. (2.ª edición.)
17.—¡TRAIDOR!, por O. C. Tavin (2.ª edición.)
18.—TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddie Thorny.
(2.ª edición.)
19.—ALTA TRACION, por Fred Baxter. (2.ª ed.)
20.—TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO.
por Alf Manz. (2.ª edición.)

- Núm. 21.—EL DELATOR, por Alar Benet.
- » 22.—ARMONIAS DE MUERTE, por Frank McFair.
 - » 23.—DESTINOS CRUZADOS, por Alf Manz.
 - » 24.—PERSECUCION, por O. C. Tavin.
 - » 25.—UNA CIUDAD ABIERTA, por Eddie Thorny.
 - » 26.—HORAS TRAGICAS, por A. G. Murphy.
 - » 27.—LA MUERTE ALADA, por Frank McFair.
 - » 28.—DOCTOR X, por Alf Manz.
 - » 29.—EL COLOSO DE HIERRO, por Alar Benet.
 - » 30.—TRAMPAS MORTALES, por O. C. Tavin.
 - » 31.—CONTRABANDO FUNESTO, por Frank McFair.
 - » 32.—NUEVA YORK - SAN FRANCISCO, por A. G. Murphy.
 - » 33.—ENTRE REJAS, por Alf Manz.
 - » 34.—MUERTE EN EL CARIBE, por Alar Benet.
 - » 35.—SECUESTRO, por O. C. Tavin.
 - » 36.—EL DUENO DEL MUNDO, por Eddie Thorny.
 - » 37.—HERMANO CONTRA HERMANO, por A. G. Murphy.
 - » 38.—FILIBUSTEROS MODERNOS, por Fred Baxter.
 - » 39.—PALESTINA EN LLAMAS, por Frank McFair.
 - » 40.—LA LEY DEL TERROR, por Lewis Haroc.
 - » 41.—A LA DESESPERADA, por O. C. Tavin.
 - » 42.—LA PROMOCION DE LA MUERTE, por Alar Benet.
 - » 43.—
 - » 44.—ESPIAS EN LA NOCHE, por Fred Baxter.
 - » 45.—FIDELIDAD, por Alar Benet.
 - » 46.—SIN CUARTEL, por A. G. Mulphy.

En preparación:

LA HUIDA DE VARKA

Dura lex, sed lex. (Dura es la ley, pero es ley).

Aforismo Jurídico.

I



ENETRÓ Armour en el «child» de Houston Strett, en la Pequeña Italia, de Greenwich Village, adonde solía ir con frecuencia a desayunar. Le gustaba aquel pequeño establecimiento, decorado con motivos mejicanos y californianos. La camarera era simpática, italiana, y ya sabía que el joven tomaba siempre los emparedados con queso de Parma; las tostadas, con miel dorada, y el café, con crema, bien cargado.

El joven agente especial del

F. B. I.,

estaba aquella mañana más serio que de costumbre, y su natural era reservado, aunque no hosco. Por ello, la joven italiana, de ojos y cabello negro, alegre el rostro y siempre parlanchina, no hizo

aquella mañana por amenizar con su risa y las dulces palabras, llenas de gracejo latino, la corta estancia del joven allí. Armour había sacado del bolsillo interior de la americana su cartera, de la que extrajo unos papeles, que leyó varias veces mientras maquinalmente tomaba el desayuno. Estaba preocupado y no era cosa de distraerlo, hubo de pensar la joven, de uniforme azul claro y cofia blanca.

Quince minutos después, Armour pagaba lo consumido y salía sin casi mirar a la muchacha ni decirle adiós. Ella se sintió un poco resentida por aquello. Armour solía ser, aunque serio, afable, comunicativo. No era orgulloso, en modo alguno.

En Houston Street no había aún mucho tráfico. El «quarter» italiano era más bien tranquilo, con edificios de pocos pisos, muchas tiendas de italianos y bastante algarabía y locuacidad en las gentes que pasaban.

Se acercó a la parada del autobús 17, que por Broume Street le llevaría a Centre Street, no lejos de allí, a la sede de la división neoyorquina del

F. B. I.

Al lado del poste indicador no había nadie sino él. Un poco más allá, un coche de color azul claro, parado. Dos hombres, en pie, conversaban quedamente junto al vehículo. Después, con las manos metidas en los bolsillos de la trinchera caqui, se acercaron a Armour, que estaba leyendo un diario matutino. Uno a cada lado del joven, como si también estuviesen esperando la llegada del autobús.

—¿Señor Armour? —dijo, de repente, uno de los hombres sin apenas mover los labios—. No haga nada raro, porque...

—Vaya hacia ese coche —dijo el otro, cogiéndole amistosamente de un brazo y empujándole suavemente—. Le tenemos encañonado. No tenemos ganas de asarlo a tiros si usted no lo desea. Al coche...

Armour palideció un poco. Miró los rostros de aquellos individuos. De «gángsters» cien por cien. La maniobra también había sido de las clásicas en ellos. Y lo que harían con él dentro de pocos minutos, lo mismo. Un fin de carrera, que otros antes que él tuvieron, en aras del servicio al bien común.

No dudaba Armour que si intentaba hacer ahora algo para evadirse de ellos le matarían a balazos. Ya era bastante extraño que

no lo hubieran llevado a cabo sin advertencia alguna, en un atentado instantáneo y eficaz, dado que aquella calle no era Broadway, ni la Cuarenta y Dos, donde la Policía les hubiera seguido sañudamente, aparte de la cooperación de los transeúntes.

Dobló el periódico el joven, muy tranquilo, y fue a meterlo en un bolsillo de su trinchera. El hombre que le tenía cogido del brazo no se lo permitió.

—Nada de tonterías... —Gruñó, con voz ronca—. Al coche...

Nada había que hablar ni discutir con ellos. Podían ser unos salvajes, que disparasen si intentaba oponerles cierta resistencia o trataba de entretenerlos.

Un agente de la Policía Metropolitana de uniforme se cruzó con ellos, llegando al poste del autobús. Los miró con indiferencia. Armour le hizo un guiño de ojos, que el agente no vio. A dos pasos estaba su salvación, y no podía lograrla. En vez de morir él sólo sería asesinado también el corpulento «cop» irlandés. Y ellos escaparían, sin duda alguna.

Penetró en el interior del coche, un «Dodge» modelo 1949. Delante, uno de los «gángsters». Detrás, Armour, y el otro, al final. Se sentaron uno a cada lado del joven. Al volante iba otro hombre, impassible, que hizo arrancar al coche a velocidad moderada, hacia el Norte, tomando la curva de la Sexta Avenida.

Uno de los «gángsters» sacó de un bolsillo un negro pañuelo. El otro colocó su pistola sobre un costado de Armour. Fue desarmado, quitándole la «Lugger» de la funda de la axila. Y le colocaron el pañuelo negro sobre los ojos.

—Bueno, y todo esto, ¿por qué y para qué? —preguntó Armour en tono casi indiferente—. Un «paseíto», ¿no?

—Sí, pero no... —replicó el hombre de la izquierda—. No será con final en la cuneta ni en el río. No tenga tanto miedo...

—Más lo deben tener ustedes de aquí en adelante. Debieran saber lo que significa meterse con el

F. B. I.,

me parece... Bueno; ¿puedo fumar?

—Desde luego. Pero nosotros le daremos el cigarrillo y la lumbre. Usted no debe tomarse tantas molestias en buscarlo a ciegas.

El hombre le puso un cigarrillo en los labios y aproximó el

encendedor, aspirando Armour el humo. Sentía la pistola sobre su costado, como clara amenaza de que la muerte sería con él si osaba revolverse.

—Pregunté antes que por qué tenían ustedes conmigo esta atención —siguió Armour en tono burlón, fumando con verdadera ansiedad—. Me van a decir que...

—Eso es. Que no lo sabemos. Que nos han mandado cumplir este encargo y que, si es buen chico, nada le haremos. Pero si se pone tonto...

—Nada más que veinte balas, amigo —agregó el hombre de su izquierda—. Y usted nada hará, seguro.

Armour no lograba saber adónde le llevaban. Habían dejado la Sexta Avenida, porque no oía el ruido intenso del tráfico de la gran calle. De cuando en cuando notaba el vaivén del coche al tomar las curvas. El negro pañuelo, muy ceñido a su rostro, nada le permitía ver.

Aquellos hombres no eran como la mayoría de los asesinos y maleantes a sueldo de los «boss». Parecían un poco más educados, tanto en su forma de hablar como en el trato con él. No le habían empujado, ni pegado, ni mofado de él, pese a hallarse en una situación de humillante inferioridad. Les pidió un cigarrillo y se lo dieron. Le indicaron que no pensaban matarle, y lo creyó. Otros de pensar hacerlo, se estarían recreando sarcásticamente en pintarle lo que le iba a pasar, en un sádico placer de restarle entereza y hacer que les suplicase tuviesen compasión de él. Aquellos hombres no pensaban matarlo al estilo usual. Tal vez solamente estaban encargados de secuestrarlo y ponerlo en manos de un «boss». Y de ser así, significaba que seguiría viviendo quién sabe por cuánto tiempo, y esto era siempre una esperanza.

El coche corría ahora más. Las ruedas iban sobre un piso de asfalto, en el que hubiesen echado arena. Y debía ser por un lugar casi desierto, poco frecuentado por coches, pues muy de tarde en tarde oía el ruido peculiar del cruce con otro vehículo.

Todos guardaron silencio. Le dieron otro cigarrillo, sin pedirlo él, y esto le hizo pensar que eran unos «gángsters» extraños, quizá muy disciplinados y con severas órdenes de no causarle molestia alguna y ser amables en todo lo posible. Pero el cañón de la pistola seguía sobre sus costillas...

Se detuvo el coche al fin. Uno de los «gángsters» se bajó y le tendió la mano, para que se bajase del coche. Un frío sudor sintió que le corría por la frente y la espalda. Era el momento decisivo, en que sabría si le iban o no a asesinar. Sí le mandaban que diese unos pasos solo, podía despedirse de la vida. Sí sintiese ahora mismo el frío del cañón de la pistola en la nuca...

Pero nada de esto sucedió. La mano del hombre cogió su brazo y le guió sin rudeza por una acera de cemento. La siguió durante unas yardas y después le hicieron detenerse. Oyó el rechinar de una puerta de hierro y siguió andando por encima de arena y guijos. Un jardín seguramente.

Franqueó el umbral de una puerta y se encontró en una habitación. Alguien hablaba quedamente cerca de él. Oyó unos pasos extraños. Alguien que debía ser cojo, quizá. Que posaba un pie que no era flexible.

—Vamos a quitarle la trinchera y la americana —le dijo uno de los dos hombres.

Y comenzó a hacerlo.

—¿Para qué? —murmuró sordamente Armour, sintiendo que la cólera le iba invadiendo—. ¿No puedo quitarme este pañuelo de la cara? No sean idiotas. Hagan lo que hagan, lo van a pagar, se lo advierto. ¡No me da la gana!

Extendió un brazo, con el puño cerrado, lleno de poderosa fuerza, y sintió el choque violento con el pecho del hombre que le quería quitar la americana. Oyó un juramento al caer el «gángster» al suelo. Pero otros dos hombres se le echaron encima, agarrotándole los brazos. No le pegaron, ni dijeron nada. Aquellos extraños pasos iban de un lado a otro, al extremo de la habitación.

—Déjese hacer, porque si no lo va a pasar mal —le dijo, con voz irritada, el hombre a quién derribó.

Armour distendió de nuevo los brazos, pero esta vez sus puños no encontraron blanco. Lanzó un puntapié terrible de costado y acertó en una pierna a otro hombre, que chilló coléricamente.

—¡Que no me da la gana! —gritó el joven, cada vez más irritado—. ¡Cobardes! ¡Ya lo pagarán!

Se le echaron encima tres hombres, que lo arrojaron al suelo. Le quitaron a viva fuerza la americana, mientras se revolvía como gato acorralado. No pudo desprenderse del pañuelo que le tapaba la cara

y tampoco pudo evitar que le despojaran de la americana. Le subieron la manga de la camisa del brazo derecho y siguió un instante de absoluta inmovilidad. Armour jadeaba, medio aplastado por los cuerpos de los tres hombres, encima de él.

Sintió un pinchazo en el brazo mientras se lo sujetaban fuertemente. Era una inyección, seguramente. No comprendía absolutamente nada de la conducta de aquellos hombres. No intentaban matarlo, tal creía, ni hacerle un daño violento, ya que se limitaron a defenderse sin golpearle cuando él les atacó. Lo que quisieran de él lo ignoraba. Tampoco comprendía de qué podría ser aquella inyección que le habían puesto. Tal vez de algún fuerte estupefaciente para inmovilizarlo y no tener que preocuparse de él durante unas horas.

Se levantaron los «gángsters», dejándole libre. Y le volvieron a coger, para trasladarlo a otra habitación, una alcoba con un ventana al exterior. Lo supuso cuando le echaron en una cama.

Intentó luchar de nuevo, cada vez más resentido y furioso por todo aquello, que no comprendía. Repartió unos cuantos manotazos al aire, porque sus guardianes ya estaban prevenidos. Finalmente, le cogieron por las muñecas y se las ataron a la cabecera de la cama, de tubo de hierro. Hicieron igual con los pies y quedó cómodamente tendido, pero sujeto sólidamente a la cama.

Oyó los pasos de los hombres que salían de la alcoba. Solamente uno estaba a su lado, sentado. Le oyó moverse y encender después un cigarrillo.

—Deme a mi otro —pidió Armour, con voz encorajinada—. ¡Bandidos...!

Se lo puso en la boca el «gángster» sin decir palabra. Lo encendió y el joven aspiró fuertemente el humo, dejando el cigarrillo colgando de un lado de la boca. Oyó los pasos de aquella persona que debía ser coja. El golpe del pie, carente de flexibilidad, al apoyarse sobre el «*parquet*» del piso.

Pasó un buen rato así, todo en silencio. Solamente se oía, tal vez por el pasillo, al que daba la alcoba, el ir y venir pausado de aquellos pasos extraños del cojo. Cuando el cigarrillo estuvo casi consumido, el guardián se lo quitó.

Armour pensaba sobre su situación, tan extraña. No dudaba que estaba en manos de unos «gángsters», y casi sabía por qué y quiénes

eran. Su mente razonaba ya con más tranquilidad, pasada la sorpresa de aquellos momentos emocionantes de su captura. Ya sabía que le habían secuestrado por ser agente especial del

F. B. I.,

y estar ocupado con aquel asunto del contrabando de piedras preciosas. Aquellos hombres eran los contrabandistas, evidentemente, y se habían propuesto alejarle del asunto hasta que diesen el golpe que tenían entre manos, y que él, Armour, estaba investigando. De ser así, los «gángsters» habían sido informados por alguien de que él llevaba tal misión y le tomaron la delantera. Faltaba saber si una vez realizado su negocio, inutilizado él, para actuar le dejarían en libertad o le asesinarían.

Los pasos del cojo, afuera, seguían sonando sordamente, haciendo rechinar el piso de madera. Armour sufría en su cerebro excitado un choque violento cada vez que el pie rígido de aquel hombre se asentaba sobre el suelo. Como martillazo en el cráneo, que le producía dolor, estremeciéndole. Tenía algo de pesadilla la continuidad de aquel paseo por el pasillo, a pasos iguales, como medidos, y el golpe del pie rígido, tan opuesto al del otro, flexible, más leve en la pisada. Y el silencio casi absoluto por doquier, como si aquella casa estuviese deshabitada, aparte los pasos de aquel hombre que cojeaba y de los leves movimientos de su guardián, sentado a su lado, a quién oía respirar levemente o moverse para cambiar de postura y encender un cigarrillo.

No tenía deseos de hablar con aquel hombre. Sabía que no le iba a contestar, o si lo hacía, sería con monosílabos, que nada le indicarían.

—¿Qué hora es? —preguntó a su guardián, intentando dejar de oír los pasos aquellos del cojo, que cada vez le enervaban más.

—No lo sé —contestó el «gángster»—. ¿Qué tal se encuentra?

—¿Por qué lo dice? —replicó duramente Armour—. Tengo los brazos dormidos por no circularme la sangre en esta postura. ¡Bestias! ¡Ya lo pagarán!

—Si me da su palabra de no hacer tonterías le desataré los brazos, buscando otra postura mejor. ¿Qué tal se encuentra de estado general? ¿Siente sueño, desmadejamiento o algo así?

—Quíteme los brazos de la cabecera. Me estaré quieto —contestó el joven, que, en efecto, sentía agudos dolores en los

brazos y un hormiguillo insoportable.

Entró un hombre, que debía estar cerca de la puerta, según supuso Armour, y le desataron las muñecas de los barrotes de la cabecera de la cama. Pero le esposaron de nuevo, aunque dejándole reposar las manos sobre el pecho. Armour movió los brazos varias veces, para restablecer la circulación de la sangre, y quedó más tranquilo después.

—¿Y este pañuelo sobre los ojos? ¿No me lo pueden quitar? —solicitó después—. Si va a ser lo mismo, imbéciles... Me podrán tener guardado aquí, pero yo solo no soy el encargado de ajustarles las cuentas. Otros lo harán, y sabrán ustedes lo que es bueno.

—No podemos quitárselo. No lo intente siquiera —le contestó su guardián, secamente—. Ya ve que no le tratamos mal. ¿Cómo se encuentra? ¿Siente algún malestar, sueño, flojedad mental?

—¡Narices! —contestó, iracundo, Armour—. ¡Póngase al alcance de mis manos y verá si me encuentro flojo! ¿Por qué me lo pregunta tantas veces? ¿De qué era la inyección que me han puesto?

—Para tranquilizar sus nervios —replicó, burlonamente, su guardián—. Debe pensar usted tranquilamente, sin irritarse, sin creer que le vamos a causar ningún daño si es buen chico. Armour sintió que el «gángster» le cogía una de las muñecas, tomándole el pulso. Le rechazó violentamente, pero otro hombre le sujetó fuertemente, y de nuevo buscaron en su muñeca los latidos de la sangre durante unos segundos.

—¿Se encuentra bien? —le volvió a preguntar su guardián—. Conteste, haga el favor. Es por su bien.

—Me encuentro satisfechísimo, encantado de conocerles... —rezongó el agente especial, en tono sarcástico.

En el pasillo, el hombre cojo reanudó su ir y venir casi metódico. Se había detenido para escuchar lo que decía Armour, y después siguió su deambular. El agente exclamó en tono colérico, volviéndose hacia su guardián:

—¿No se podría ir a otra parte ese hombre, ese cojo del demonio?

El joven oyó cómo su vigilante reprimía la risa, aunque no le contestó. Seguían los pasos del cojo, después de haberse detenido durante unos segundos, quizá para escuchar.

Otro largo rato, de silencio, aparte los alucinantes pasos del

cojo. Y Armour sintió de nuevo que le tomaba el pulso su guardián. No opuso resistencia ya. De todas maneras lo harían, pese a su negativa.

Se sentía desde hacía unos minutos un poco extraño. Su mente estaba como en creciente entorpecimiento. Como algo ofuscada por pensamientos extraños, raros. Tal que si soñare, sin estar dormido, en cosas inmateriales, como de mente recargada de recuerdos extravagantes, mal hilvanados y atropellados después de una buena borrachera. Aquello iba en aumento...

—¿Qué tal se encuentra? —le volvió a preguntar su vigilante—. ¿Siente malestar, desazón, como si despertase después de estar embriagado?

—Sí... —reconoció, con cierto asombro, Armour—. ¡Vaya a paseo!... Usted sabe lo que me han inyectado y, por tanto...

—No ha sido nada malo. Eso que siente es un poco de reacción. Se le pasará pronto.

Los pasos del cojo habían cesado. Y el agente oía una respiración más fuerte, además de la de su guardián. Seguramente era el cojo, que le estaba observando.

—Oiga, Armour —dijo con voz suave su guardián, inclinado sobre él—. Me gustaría que fuese usted muy sincero al contestarme. Ya ve que no le tratamos mal. Nada le haremos si nos habla con sinceridad. Por otra parte, usted solamente desea decir la verdad. No podría faltar a su hombría de bien, a su lealtad. Siempre ha sido sincero, lo sabemos. Ahora debe serlo, porque no podría dejar que la mentira le llevase a una mala situación.

—¡Palabras, palabras! —exclamó Armour, encogiéndose de hombros—. Soy sincero, siempre lo he sido. Pero ustedes son unos ganapanes, que prometen lo que no están dispuestos a cumplir. ¡Palabra de «gángster»! —exclamó, riendo nerviosamente—. Quien se fié de ustedes va listo...

—Debe ser sincero, sí. Nosotros no le haremos mal alguno, créame. Oiga, Armour... Usted está encargado de cierto asunto de introducción de piedras preciosas procedentes de Europa, ¿verdad?

—Eso ya lo saben ustedes. Por eso me han secuestrado. ¿Me cree tonto?

—No, no. Lo que quiero saber es cómo lleva usted ese asunto. ¿Ha conseguido saber, por ejemplo, cómo se introducen aquí las

piedras esas?

Armour se movió en la cama, inquieto. No contestó.

—Armour, usted no sabe mentir. Recuerde que ahora no puede engañarme. ¡No puede mentir, aunque lo desee! No torture su cerebro, su subconsciente, intentando inventar una historia. Solamente la verdad pueden pronunciar sus labios. No luche contra ella. Usted sabe cómo entran esas piedras, ¿verdad?

—Y ustedes, idiota... —rezongó el agente especial, con voz anhelante—. Lo que me falta es saber en qué barco es...

—¿No sabe en qué barco llegan? ¿De cuál tiene sospechas? —inquirió, con voz persuasiva, su guardián—. ¿Del «Hatteras»? ¿Del «Llandudno»? ¿De cuál? Recuerde que será un verdadero tormento para usted tratar de ocultar la verdad. ¿No nota que le es imposible hacerlo? ¿Cómo si sintiese una espantosa repugnancia a desviarla o escamotearla?

—Desde luego. Además, no me importa decir lo que ustedes ya saben. Por eso no crean que van a escapar. Sabemos que del «Hatteras» o del «Llandudno» salen las piedras. Y que es esta noche...

—¿Cuándo uno de los nuestros iba a recogerlas? ¿Saben ustedes eso? No mienta, Armour... Usted lo supone tan solo. Diga la verdad, sin hacer suposiciones. Recuerde que no puede mentir, aunque quiera. Su subconsciente no le deja, ¡no le deja! Le será tan fácil decir la verdad...

Armour se estremeció. Se movió en la cama, inquieto.

—Límpieme el sudor de la frente —pidió a su guardián.

Éste le pasó un pañuelo empapado de agua helada por la sudorosa frente. El joven suspiró, aliviado.

—¿Usted sabía cuándo íbamos a recogerlas? ¿Dice que esta noche? —insistió el hombre con su voz persuasiva, suave.

—¡Pues claro, hombre! Lo sé y lo saben... —Se llevó las esposadas manos a la boca.

—El

F. B. I.,

claro. Y habrán tomado sus medidas, ¿verdad? No, se torture, muchacho. No puede faltar a su honradez, a su sinceridad. Fíjese bien en la mente, que no puede ocultar la verdad.

—¡Pero si lo saben mejor que yo! —exclamó, airadamente

Armour—. ¿Por qué, entonces, me han cogido? Saben que esta noche mis camaradas establecerán una disimulada vigilancia en el muelle de la Transocean, alrededor de los dos barcos. Que esperan que baje un mulato, que será el que seguramente llevará el paquete con los diamantes...

—¿Seguramente? ¿No saben eso con certeza? —le interrumpió su guardián—. No divague, amigo. No puede hacerlo, aunque lo desee. ¡Siempre la verdad, sin rodeos!

—¡Pues eso es, hombre! No lo sabemos con certeza. Sabemos que en los dos barcos hay gente de color, mulatos, y eso es lo que nos desconcierta un poco...

—Pero haciendo un registro, quizá encontrasen la mercancía, ¿no?

—¡Registre usted un barco, o dos, de diez mil toneladas, ande! ¡Y busque un paquetito como el de media libra de bombones! Además, lo que nos interesa, ante todo, es dar con la organización y con su jefe. Sobre todo, con el jefe. Es un tío listo, desde luego.

—No es tonto, no. ¿Saben ustedes quién puede ser? Quiero decir si sospechan de alguien.

Armour se llevó de nuevo las manos a la boca, sobre al pañuelo negro.

—No luche en vano —la voz del guardián se hizo más autoritaria—. Porque sabe muy bien que eso no le producirá sino un sufrimiento moral muy grande, ¿no es eso?

—Sí. Es como si la persona más querida me preguntase algo que le interesase mucho y yo la quisiera traicionar, engañándola. Uno se avergüenza de hacerlo y al fin lo suelta.

—Exactamente. Por eso no debe imponerse ese sufrimiento. Sin contar con que resultaría inútil tratar de engañarme. ¡No puede hacerlo! Veamos, entonces... ¿Sospechan o saben con seguridad quién o quiénes pueden ser los que dirijan esa banda de contrabandistas de piedras preciosas?

—No. No lo sabemos aún.

—¿Conocen a alguno de los miembros de la banda, y por él, deductivamente, han logrado averiguar todo lo que saben respecto a ese asunto?

—Supusimos que era extraño que, a la llegada de esos barcos, la bolsa negra de diamantes y brillantes presentase más animación. Se

ofrecían piedras en abundancia...

—Esto lo saben ustedes por confidencias, claro...

—Sí. Pero eso sí que no me lo saca usted, ¡idiota! —rugió Armour, intentando saltar de la cama, presa de una terrible excitación—. ¡No quiero hablar más! ¡Me han inyectado el suero de la verdad! ¡El pentotal! ¡La escopolamina!

Saltó de la cama, luchando contra las esposas que sujetaban sus muñecas y contra tres hombres, que se le echaron encima, queriendo reducirlo y tumbarlo de nuevo sobre la cama. Peleó con inaudita fuerza, sin poderse quitar el pañuelo negro que cubría sus ojos, y por ello, dando golpes en el vacío.

Al fin, rendido, insultando a sus aprehensores y decidido a no despegar más los labios, quedó inmóvil de nuevo en la cama.

Un rato después, bajo el efecto de aquella extraña inyección que le pusieran, hablaba de nuevo, incapaz de ocultar cuánto sabía respecto a los planes del

F. B. I.,

para aniquilar aquel «gang» de contrabandistas de piedras preciosas.

Finalmente, terminado el interrogatorio, le pusieron otra inyección.

Y entraba en un profundo sueño, ya sin oír aquel alucinante paseo del cojo, que hacía retumbar el pasillo con su pie rígido, o quizá, la pata de palo al apoyarse sobre el «*parquet*».

Unas cuatro horas después, despertaba sobresaltado. Quiso separar sus manos, para apartar de sí la venda negra, pero no pudo. No se acordaba de que estaba atado a la cama con esposas.

Le dieron de comer bien, con café. Y le dejaron que fumase. Su guardián no volvió a interrogarle, ni le pusieron ninguna otra, inyección hasta que llegó la noche bien entrada. Entonces, tras otra lucha enconada, temeroso de que fuese de aquel terrible suero de la verdad, pincharon de nuevo su brazo.

No sabía la hora que sería, cuando cayó de nuevo en profundo sueño. Pensó durante unos momentos en la morfina, en algún estupefaciente. Después, en su madre, que estaría justamente alarmada al no verle en todo el día. En Iona Mackey, su alegre amiga, a quién quería sinceramente «para casarse». Y en sus camaradas del

F. B. I.

y en el inspector Pool. Todo en una zarabanda de rostros, gestos, signos de interrogación espantosos, retorcidos como serpientes encolerizadas. Siempre la Verdad, la Verdad, la Verdad...

Verdad...

En todos los buenos quioscos venden
AVENTURAS DEL F. B. I.
Los malos quioscos venden malos
cuadernos infantiles

II



RAN como las doce y cuarto de la noche cuando dos automóviles se detuvieron en Barrow Street, frente al número 245, casi esquina a Commerce Street y el Cherry Lane Theater, en Greenwich Village. De los coches se apearon diez hombres decentemente vestidos con trincheras y gabanes, cubiertas sus cabezas con sombreros flexibles, de ala bajada por delante.

Formaron parejas, que se distanciaron unas de otras como diez yardas, caminado con naturalidad, mientras hablaban como tranquilos ciudadanos, yendo hacia el Oeste siguiendo Barrow Street adelante.

Ya en la gran arteria de West Side Highway, a orillas del Hudson, con los inmensos muelles de las compañías de navegación, fueron casi a ocultarse tras unos tinglados, mal alumbrados,

desiertos.

—Aquí nos diseminamos —dijo uno de ellos quedamente a los demás, mirando desconfiadamente a su alrededor—. El punto de unión de nuevo es en Perry Street, ¿eh? Por allí estarán los del

F. B. I.,

esperando... Lo que les vamos a dar. Se habrán apostado seguramente frente al «Hatteras» y al «Llandudno». Esperarán a que baje un mulato... —rió burlonamente.

—Que no bajará, claro —dijo uno de los hombres, riendo igualmente.

—No será un mulato el que baje el paquete —prosiguió el que parecía el jefe de aquellos hombres—. Tontos seríamos en hacerlo. Lo hará uno de nosotros, conforme quedó acordado antes. Ya sabéis que los agentes especiales registran a todo aquel que sube o baja de los dos barcos, tanto si son hombres como mujeres. Esta noche zarpa el «Hatteras», que es dónde está el paquete de piedras. Hay que por él, bajarlo y llevárnoslo, quiera o no quiera el

F. B. I.

—Y ¿por qué no se marcha el «Hatteras» con el paquete y lo deja en otro puerto del recorrido, o lo deja para otra ocasión? Es ganas de que los del

F. B. I.,

que están sobre aviso, nos liquiden a todos ahora... —murmuró uno de los hombres con mal humor.

—¿No sabes que el «Hatteras» no toca en ningún puerto americano desde que zarpe de aquí? Va directamente a Europa, al Havre y Rotterdam. Y como comprenderás, tampoco vamos a dejar que las piedras regresen otra vez al punto de partida, expuestos a que nos las birlen entre idas y venidas. Y, por otra parte, Person, tú haces lo que te mandan —agregó el jefe secamente, metiendo la mano derecha en el bolsillo de la trinchera del mismo lado—. Si no te agrada este trabajo, estás a tiempo de irte...

—No es eso, Oakley —murmuró el aludido, en tono de voz más sumiso—. Yo hago lo que tú dispongas, naturalmente. Pero es que me ha tocado el tener que ir al barco y luego bajar con el paquete, y vamos... Con tal de que no caigamos todos en la talega del

F. B. I.

—¡Cuidado! Los de la Metropolitana se acercan... —avisó uno

de los hombres, acercándose presurosamente. Se había escondido tras unos grandes barriles de madera, vigilando—. Todo esto está cuajado de agentes...

—Es igual. No nos sorprenderán. Anda, Person. Camina hacia el barco y déjate registrar por las buenas. Llevas la documentación de la Compañía en regla y eres un camarero que vuelve al barco. De ahí no salgas, por mucho que te pregunten. Y cuando bajes, nada temas. Ya no estarán los del

F. B. I.

Te lo digo yo, y sabes que no me gusta alardear de valiente. No olvides que te ganarás cinco mil por ser el que va a ir por el paquete.

Person salió del barracón. Con paso un poco apresurado, a poco desapareció por entre los tinglados.

—Ahora, a lo nuestro, muchachos —dijo Oakey, animosamente—. ¿Las pistolas a punto? ¿Las bombas de mano? A ver cuándo llega el enlace...

Unos minutos después, otro hombre, igualmente bien vestido, apareció en el barracón. Hizo una seña a Oakey y ambos charlaron durante varios segundos. Después se marchó apresuradamente el recién llegado.

—Los otros camaradas ya están a punto —dijo Oakey, con acento satisfecho—. Solamente hay seis agentes del

F. B. I.,

acechando los dos barcos. Nosotros somos veinte, con la ventaja de que no nos esperan. Eso del suero de la verdad es una cosa estupenda para saber lo que piensan los enemigos.

Vieron a varios agentes de uniforme de M. P., vigilando los muelles, pero Oakey estimó que, eran los de siempre; es decir, que su número no había aumentado aquella noche, como había creído erróneamente el «gángster» que vigilara antes.

Los diez hombres, por parejas, fueron alejándose lentamente, escondidos tras los pabellones, barracones y montones de mercancías de los muelles, hasta llegar a la esquina con Perry Street. Estaba allí el gran «pier» o muelle de la Transocean Steamship, que hacía el servicio a Europa. A un lado del muelle estaba el «Hatteras», un buen transatlántico, con las luces apagadas aún, y al otro, el «Llandudno», de igual tipo y tonelaje. El «Hatteras»

zarparía casi de madrugada.

A un lado del muelle Este, detrás de un pabellón, estaban tres hombres, que parecían mirar atentamente al «Hatteras». Al otro lado, frente al «Llandudno», otros tres hombres hacían igual servicio.

Ninguno de los seis vigilantes, divididos en dos grupos, vieron llegar, a espaldas suyas, a unos diez hombres por cada lado. Caminaban con infinitas precauciones, dando pequeños saltos para salir de detrás de las mercancías apiladas o automóviles, esperando ser embarcados, acercándose a los agentes del

F. B. I.,
como sombras.

Oakey, que iba al frente de un grupo, levantó un brazo y seguidamente sus hombres sacaron del bolsillo de trincheras y gabanes cortos cuchillos, que esgrimieron fuertemente. La orden era emplear el arma blanca en tanto fuera posible, para evitar ruido de detonaciones por su parte.

Cayeron simultáneamente sobre los tres agentes del
F. B. I.,

que no esperaban ser agredidos. Por su parte, esperaban solamente que un mulato bajase de uno de los dos barcos para detenerle. Ni siquiera habían enviado agentes a bordo de los transatlánticos, para no levantar sospechas entre la dotación y que el paquete desapareciese.

La lucha fue corta, aunque terrible. Por valerosos que fuesen los
agentes del

F. B. I.,
y sabido es que lo son hasta puntos inconcebibles, no podían luchar ventajosamente contra diez hombres, que tenían a su favor la inmensa ventaja de la sorpresa, el no ser esperados.

Diez puñaladas, las primeras, dejaron a los tres agentes muertos o moribundos. Después, los cuchillos volvieron a bajar con inaudita rapidez y ferocidad, rematando la obra, que se consumó en cuatro o cinco segundos. Lucharon los agentes que pudieron darse cuenta de la agresión, y lo hicieron con arrojo, pero no les fue permitido siquiera esgrimir sus pistolas. La muerte les sorprendió con fulminante celeridad y quedaron tendidos en tierra, entre charcos de sangre.

—Quietos... —susurró Oakey a sus hombres, que jadeaban de emoción—. Esperemos al enlace. Debe de haber ocurrido lo mismo a los otros. No ha sonado ningún tiro.

Esperaron unos minutos, escondidos tras las pilas de mercancías. Y, al fin, apareció un hombre, que se acercó rápidamente a Oakey.

—Los nuestros, despachados —dijo, concisamente—. ¿Y vosotros?

Oakey señaló los cadáveres de los tres agentes especiales, escondidos detrás de unas grandes cajas de madera.

—Ha resultado estupendo —dijo alegremente, frotándose las manos—. Fue un gran acierto pescar a ese Armour y hacerle cantar.

Rieron todos quedamente, satisfechos del resultado de aquella aventura, en la que tan poco expusieron por su parte.

—Vamos ahora a buscar a Person, que estará ya para bajar del barco. Diseminados por el muelle, sin dar que sospechar a los vigilantes y a los de la Metropolitana. Estad atentos a lo que yo os quiera mandar. Os llamaré con el silbido de siempre.

Oakey se quedó solo con otro «gángster», escondidos tras la esquina de un tinglado. Estaban frente al «Hatteras», y podían ver perfectamente la rampa de bajada al muelle, que partía del costado del transatlántico.

Durante varios minutos esperaron que Person bajara. Estaban intranquilos e impacientes por verle aparecer. Oakey conocía sobradamente la astucia e inteligencia del

F. B. I.,

para confiarse absolutamente. Temía que algún agente, bien camuflado como marinero, oficial, camarero o algún otro empleo circunstancial estuviese vigilando dentro del barco y pescase a Person cuando el paquete fuera en su poder. Armour, el agente secuestrado por ellos, les había dicho que la operación la iba a llevar el

F. B. I.,

en absoluto silencio, sin mezclar a ninguna otra autoridad, ni aun siquiera dar cuenta al capitán del barco, dado que sospechaban que la primera autoridad del paquebote pudiera estar complicado en el contrabando. Por otra parte, las dudas del

F. B. I.,

aumentaban al no saber fijamente qué barco era el que transportaba

el contrabando de aquellos dos.

Una figura alta se recortó a la entrada de la pasarela, en el barco.

—¡Ya está ahí! —exclamó Oakey, dando un codazo a su compinche—. ¡Saca la pistola, y atención, por si ocurre algo!

Person bajaba la rampa tranquilamente, fumando un cigarrillo. Llevaba la mano derecha dentro del bolsillo del mismo lado de la trinchera.

Llegó a tierra y se encaminó hacia el tinglado donde estaban Oakey y el otro hombre. Nadie le salió al paso en el corto trayecto.

—¡Eh, Person! —le dijo quedamente el «gángster», saliendo un poco a su encuentro. El aludido rectificó la marcha y se detuvo ante él.

Sacó del bolsillo un paquetito envuelto en papel de seda, y se lo entregó sonriendo.

—Me lo dio el mulato Brown —dijo—. Todo ha salido bien. ¿Y vosotros?

—Estupendamente. El

F. B. I.,

tiene seis agentes menos en su plantilla. Vámonos cuanto antes.

Silbó fuertemente, y con sus dos hombres se dirigieron hacia Perry Street, cruzando West Side Highway. En el camino se les unieron los demás hombres, adoptando una marcha normal, por parejas, como si volviesen de algún espectáculo o de despedir a algún pasajero de los barcos.

Montaron en los coches en Morton Street y partieron a velocidad moderada hacia el Este.

Una hora después, uno de los vigilantes de los muelles, al hacer la ronda, en el de la Transocean, enfocando su linterna por entre las pilas de cajas, coches embalados y fardos, lanzó un terrible grito de espanto al divisar tres cadáveres juntos, en un enorme charco de sangre. Eran de hombres bien vestidos, y uno de ellos empuñaba una pistola.

Tembloroso, sacó su silbato y se puso a silbar furiosamente, dando la alarma mientras paseaba nerviosamente alrededor de las cajas, sin saber qué hacer.

Dos vigilantes más acudieron prestamente, y tras ellos varios «policemen» de la Metropolitana, gigantescos, esgrimiendo sus

porras de caucho.

El vigilante señaló silenciosamente el sitio donde estaban los cadáveres de los hombres. Uno de los agentes se arrodilló y los reconoció.

—Apuñalados bestialmente —dijo con voz entrecortada—. Muertos, claro...

—Regístrelos. Veamos quiénes son, si es posible —dijo otro agente. Y se inclinó para ayudar a su compañero.

—¡Son agentes especiales del

F. B. I.!

—exclamaron casi al unísono, contemplando atónitos las insignias encontradas en los cadáveres.

—Ésta sí que es buena... —dijo roncamente otro agente, espantado—. Haber podido matar a tres de estos muchachos sin meter ruido, con todo lo peligrosos que son...

—Hay que dar parte al

F. B. I.

—indicó otro agente—. Ve tú, Harris, y telefona al inspector de guardia. No sabemos qué habrá pasado para que ocurra esta catástrofe. Yo no he oído ni visto nada...

El «policeman» partió rápidamente hacia una de las oficinas de Aduanas, en las que se trabajaba de noche.

Antes de que llegase el inspector de guardia del

F. B. I.,

otro vigilante de los muelles, igualmente espantado, comenzó a esparcir la alarma con su agudo silbato y gritando desesperadamente.

Acudieron los agentes de la Metropolitana y quedaron doblemente atónitos y aterrados cuando el vigilante les señaló, con mano temblorosa, otros tres agentes especiales del

F. B. I.,

asesinados a cuchilladas.

—¡Dios mío, a ver si detrás de cada pila de mercancías vamos a encontrar asesinados a todos los agentes especiales del

F. B. I.!

—exclamó mientras se limpiaba con el dorso de la mano la sudorosa frente helada.

—Todos muertos a puñaladas... Y sin que al parecer se hayan

defendido. Las pistolas no han sido disparadas. Nada hemos oído. ¿Estarían los seis atontados con algún estupefaciente? —replicó otro dubitativamente.

—Parece como si los hubiesen reunido en otro lugar a los seis, matándolos, y los hayan arrojado por aquí —murmuró otro agente.

—Bobadas, Walker. Los han asesinado aquí, detrás de las cajas, igual que a los otros tres. De ser como tú dices los hubieran arrojado al río o tirado a una cuneta, lejos de aquí. Lo que no me cabe en la cabeza es que estos chicos se hayan dejado matar sin hacer resistencia. Los agentes especiales no se dejan engañar tan fácilmente y saben luchar mejor que nadie. Para eso les enseñan en una academia especial.

Un coche avanzaba a gran velocidad por West Side Highway, muy pegado al borde de los muelles. Detrás iba otro.

Un agente les salió al paso, y con el brazo les indicó que parasen. De los vehículos se apearon varios hombres de paisano. Uno de ellos, alto, vigoroso, aunque ya de edad, se puso a la cabeza de los demás.

—Soy el inspector Pool, del
F. B. I.

—dijo con voz alterada, impaciente—. ¿Dónde están...? ¿Qué ha ocurrido, agente?

Los de la Metropolitana guiaron a los del
F. B. I.,
hacia los dos sitios donde estaban los cadáveres de los agentes especiales asesinados.

Formaron corro, en tanto que el inspector Pool y el médico forense de Centre Street, de la Policía Metropolitana examinaban los cadáveres.

—Sí. Asesinados a puñaladas. Apenas si han luchado, señor —dijo el médico levantándose y contemplando el lívido rostro del inspector, que parecía fuese a sufrir un desvanecimiento.

—Vamos a ver a los otros tres —dijo después en tono débil, siguiendo a los agentes de uniforme—. ¿No oyeron nada, no vieron nada?

—Nada, señor. Han sido encontrados por los vigilantes de los almacenes al hacer su ronda. No hace **ni** media hora. No notamos que esta noche hubiese por aquí nada de particular. Muy extraño

todo, señor...

—¿Han registrado más tinglados y depósitos? —inquirió el inspector mientras caminaba rápidamente, nervioso, con el sombrero en la mano, jadeante de rabia.

—Lo están haciendo los vigilantes, señor. Ellos conocen bien todos los rincones. ¿Es que había más de seis agentes aquí?

—Tal vez siete... Veremos si está ahí Armour. Es un agente que ha desaparecido desde esta mañana. Veamos si está también asesinado, Dios mío...

Llegaron al otro extremo del muelle. Un grupo de agentes vigilaban los cadáveres. El inspector Pool apartó bruscamente a los hombres y examinó rápidamente a los agentes especiales asesinados. Sacó un pañuelo de un bolsillo y se limpió rabiosamente el sudor de la cara, poniéndose en pie.

—No está Armour —dijo a su lado un agente especial, muy pálido—. Nos la han jugado bien, señor...

—Sí. No comprendo cómo ha podido ser —replicó apenas sin voz el inspector—. Pero les ha salido bien, muy bien...

—Han sido informados por alguien de lo que íbamos a hacer. No se comprende si no cómo han podido ser sorprendidos así los pobres camaradas.

Un inspector de la Policía Metropolitana llegó en otro coche, saludó al del

F. B. I.,

en tono de pesadumbre y charlaron animadamente sobre aquel suceso, que suponía un grave hecho para el

F. B. I.

—Ordene, haga el favor, inspector Davies —dijo el del

F. B. I.,

que sea bloqueado este muelle por sus agentes. Que nadie entre ni salga de esos barcos. Que penetren en ellos y ordenen a los capitanes no zarpen hasta nuevo aviso.

—¿Era algo relacionado con esos paquebotes?

—Sí. Sabíamos que en uno de ellos viene contrabando de piedras preciosas. Esta noche se iba a desembarcar un paquete. Mis agentes iban a detener al que lo bajase. Pero algo ha ocurrido que lo ha desbaratado todo y me los han matado. Un confidente de ellos...

—Armour no está, señor —dijo un agente especial acercándose.

—Ya lo he visto. Ha desaparecido desde esta mañana —explicó al inspector de la Metropolitana Pool.

—¿Cree usted que ha podido ser... traidor? —Insinuó el inspector de la Metropolitana.

—En modo alguno. Armour es un muchacho de los buenos. Temo que también me lo hayan matado. Llevaba personalmente la investigación y fue él el que planeó conmigo este golpe para detener a los contrabandistas.

El inspector de la Metropolitana, que tenía ya a sus órdenes medio centenar de agentes uniformados y de paisano, llegados apresuradamente, ordenó bloquear el muelle donde estaban los dos paquebotes y seguidamente subió a bordo para prohibir a los capitanes zarpasen hasta que se les ordenase. Hubo de discutir fuertemente con los marineros, pero una docena de agentes de ambas organizaciones policíacas les impusieron respeto, y seguidamente dio comienzo en los buques un registro e interrogatorio riguroso en extremo.

El inspector Pool, en tierra, aislado de sus hombres, meditaba acongojadamente sobre la inmensidad del desastre que había caído sobre el

F. B. I.,

al ser asesinados seis de sus muchachos y desaparecer otro más, al que daba por muerto. Aparto de esto, el sólido prestigio de la organización sufría igualmente un rudo golpe, que se traduciría inevitablemente en una severa reacción por parte del Estado Mayor, en Washington, pidiendo responsabilidades por aquel fracaso, tan doloroso en vidas y prestigio.

III



UE un agente de uniforme de la Policía Metropolitana, que caminaba aburridamente haciendo su rutinaria ronda, el que se detuvo para contemplar sin gran asombro el cuerpo de un hombre, no mal vestido con una trinchera, que estaba tirado en el suelo en la escalinata de piedra de la estatua de Cristóbal Colón, en Columbus Circle, en la confluencia de la Octava Avenida, Broadway y la Puerta de Merchant's de Central Park.

No vaciló el gigante irlandés en dar un ligero puntapié a aquel borracho para que saliese de su letargo y dejase de dar aquel bochornoso espectáculo allí, marchándose a su casa.

—Vamos, amigo —dijo en tono regañón, pero sin mostrarse muy ofendido—. Es la hora de que se vaya, se lave y vaya a su empleo,

diablo...

El hombre no se movió. Tenía la trinchera manchada de «*whisky*», así como el cuello de la camisa, la misma camisa y hasta la cara y el pelo, pues su sombrero estaba a su lado, sobre el pavimento.

Sus ojos estaban obstinadamente cerrados y no pareció acusar el golpe que le dio en la cintura el pie del «jop».

—¡Arriba, hombre! —exclamó el agente inclinándose, cogiéndole con una sola mano y manteniéndole en pie—. ¡Buena la cogió, amigo!

El hombre no se tenía en pie. A no ser por el poderoso brazo del agente hubiera caído de nuevo a tierra. No abrió los ojos ni despegó los labios. Un sueño de plomo le invadía y no podía salir de él, no obstante ser zamarreado poco delicadamente por el agente. Éste hizo un gesto de fastidio, sin soltarlo, temeroso de que se estrellase contra el pavimento si no le sostenía.

—Está bien, tío tonto... —rezongó el policía mirando a su alrededor—. ¿Qué hago contigo? ¡Vamos, despierte usted, diablos! —Le sacudió de nuevo y con la mano izquierda le dio un par de cachetes en el rostro.

El hombre parecía un pelele, sumido en su sueño de plomo.

—Veamos si llevas documentación y puedo enviarte en un «taxi» a tu casa —rezongó el agente. Lo arrastró hasta una columna de señales del tráfico y lo dejó sentado, apoyado en ella. Le quitó una cantimplora achatada que aún tenía «*whisky*» y metió su manaza en el interior de la americana en el pecho, buscando la cartera. La sacó y la miró. Estaba muy abultada y vio con asombro que contenía billetes grandes de Banco.

—¡Diablos! Nueve mil... setecientos... treinta dólares —exclamó, y contempló a aquel joven de rostro simpático, varonil, anguloso, de pelo color castaño. Era un hombre de alta estatura, delgado, pero fuerte, nervudo—. Habrá imbécil... Para que se lo hubiesen robado, tal como se encuentra de borracho.

Miró el interior de la cartera. Sacó una cartulina que examinó intrigado. Se echó hacia atrás la gorra, perplejo, fruncido el ceño.

—De manera que agente especial del

F. B. I.,

y dando este triste ejemplo de educación... Stanley Armour —leyó

despacio, sonriendo irónicamente—. Pues te la vas a ganar, amiguito, para que aprendas a ser persona decente.

Guardó todo en la cartera y se la volvió a meter en el bolsillo interior de la americana al borracho. Olía que apestaba a «*whisky*» todo su cuerpo, su rostro y pelo.

El agente vio pasar un «taxi» libre y le hizo un imperativo gesto al chófer. Éste llevó su coche, dando un rodeo por la plaza, hasta colocarse ante el bordillo de la acera, al lado del agente y el borracho.

—Ayúdame a llevar este fardo al coche —le ordenó al chófer—. Cógelo de los pies y yo lo haré de los brazos. Está como una cuba.

—Si le aplican una cerilla, arde como un bidón de gasolina. Rezuma «*whisky*» —dijo riendo el chófer—. ¿A dónde le llevamos?

—A Centre Street, ya sabes. Le van a sentar las costuras para que aprenda a tener decencia siendo agente del

F. B. I.

—Todos tenemos derecho a ponernos un poco alegres de vez en cuando —dijo el chófer mientras metían trabajosamente el inerte cuerpo del agente especial en el interior del coche—. Yo le llevaría a su casa, si sabe dónde vive, y asunto concluido.

—Yo no —replicó secamente el agente, sentándose al lado del borracho—. Esto es una falta de disciplina, una porquería indigna de un agente de la autoridad. Cuando tengo ganas de beber fuerte, me quedo en casa, lo hago y es solamente mi mujer la que se entera... y me perdona. Tira hacia Centre Street y no te metas en lo que no te importa, amigo.

Arrancó el coche y partió velozmente hacia el Cuartel general de la Policía Metropolitana y sede de la División del

F. B. I.,

en Nueva York.

Dos agentes de la Metropolitana ayudaron al que llevó al borracho a sacarlo y lo metieron en un despacho de los pertenecientes al

F. B. I.

—Hay que dar parte al inspector de guardia del

F. B. I.

—dijo el agente que se había hecho cargo del fardo humano—. ¿Quién es?

—El inspector Pool —dijo otro de los agentes—. Precisamente esta noche ha andado de cabeza con no sé qué asunto de contrabandistas de piedras preciosas. Han matado a seis agentes especiales.

—Pues voy a decirle que aquí tiene a éste, por si lo necesita para que se le pase el mal humor dándole bofetadas.

Llamó el agente de la Metropolitana a la puerta de un despacho. Y pasó cuando una voz desabrida le ordenó lo hiciese.

—Buenos noches, señor. Hace media hora, estando de servicio en Columbus Circle, he encontrado en el suelo, en estado de embriaguez absoluta, a un agente del

F. B. I.

Lo he traído conmigo y está ahí... —dijo, con voz respetuosa, impresionado un tanto por la cara de ferocidad del inspector Pool, que, en pie, ante él, le miraba fijamente.

—¿Un agente del

F. B. I.?

¿Seguro? ¿Estaba borracho en la calle? —dijo secamente el inspector Pool, acentuando la dureza de su mirada de acero sobre el agente.

—Sí, jefe. Examiné su documentación. Es el agente Stanley Armour y...

—¿El agente Armour? ¿Ha dicho el agente Stanley Armour? —bramó el inspector, apretando los puños ferozmente—. ¿Borracho en la calle?

—Sí, jefe —replicó el agente, palideciendo, impresionado por la lividez retratada en el rostro del inspector Pool—. Si quiere verlo, podemos traerlo. Lleva mucho dinero en la cartera. Como diez mil dólares... Creí que debía traerlo aquí. La disciplina...

—¡Vamos! ¡Diga dónde está! —cortó casi brutalmente el inspector, empujando al empavorecido agente—. ¿Dónde está?

Entró como un huracán en el despacho, donde, rodeado de agentes de la Metropolitana y de agentes especiales del

F. B. I.,

tumbado en un sofá, estaba el agente especial Armour durmiendo pesadamente.

—¡Avisen al médico y que traiga algo para quitarle... eso! —exclamó el inspector al verle de lejos—. ¡Pueden marcharse ustedes!

Salieron los agentes apresuradamente, sonriendo burlonamente. Y el inspector Pool quedó solo ante el agente tendido en el sofá. Se acercó a él y cogió el frasco de bolsillo con «*whisky*». Se inclinó sobre el cuerpo del agente y vio las grandes manchas de licor por su traje, camisa y, rostro. Olía fuertemente a «*whisky*», incluso su aliento.

Se abrió la puerta y entró el doctor Sharkey, forense afecto a la Metropolitana, con un frasco y un vaso. Sonrió al ver al inspector y al agente borracho.

—La juventud, amigo —dijo, en tono exculpatorio—. Bueno; le daremos una generosa ración de esto y dentro de diez minutos estará bailando.

—Es Armour. Sharkey —dijo, lúgubrementes, Pool—. El que se nos había perdido desde ayer por la mañana.

—¿Eh? —Se inclinó el médico sobre el agente especial, examinándole el rostro—. ¡Caramba!... ¿No decía usted que si le habían asesinado esos contrabandistas? La estaba corriendo, que no es lo mismo. La juventud, querido amigo, la juventud... Vamos, tú, toma esto...

Le volvió la cabeza a Armour y vertió en sus entreabiertos labios el contenido del vaso. Se dirigió hacia el inspector, sonriendo:

—¿Le han encontrado en algún club de noche, debajo de alguna mesa?

—Tirado en la calle, en Columbus Circle. Lo trajo un agente. Mire su cartera. Casi diez mil dólares...

—Entonces es que ha estado jugando y luego se ha ido de juerga. Bueno; la cosa en sí... —sonrió compasivamente—. Una buena bronca, medio sueldo, y hasta otra. Es la juventud, se lo repito. Estos chicos, que se juegan la vida por menos de un cigarrillo, han de tener alguna pequeña compensación, no le demos vueltas.

—Muy ocurrente —repuso fríamente el inspector—. Pero ha faltado a su deber, mientras seis de sus camaradas morían esta noche cumpliendo el suyo. Tengo ganas de que me explique qué le ha pasado, para faltar todo el día de ayer y traérmelo ahora en este estado. Ser un juerguista y pertenecer al

F. B. I.,

es incompatible en absoluto. Y bien sabe usted, Sharkey, que

Armour no ha dado jamás ocasión a que se le reproche nada. Nunca se ha emborrachado. Esto es lo más extraño y lo que pienso cortarle de raíz.

—No tardará en despertar —se volvió para examinar el rostro del agente, que seguía impasible, aunque pálido, y durmiendo profundamente—. Por más que no parece que le haya hecho efecto lo que le he dado. Otro poco más, a ver si pega un salto que de con la cabeza en el techo.

Repitió la dosis y se la hizo tragar con trabajo. Éste no pestañeó siquiera y siguió inmóvil, durmiendo con toda su alma. El médico le tomó el pulso, mientras miraba su reloj de pulsera.

—Tiene algo de arritmia —dijo, con cierta extrañeza. Levantó uno de los párpados del joven, examinándole la pupila del ojo—. Como no sea que la dosis de «*whisky*» haya sido tan formidable... Estos que se emborrachan por primera vez las cogen sumamente pesadas. Desde luego, se ha bañado en licor. Esperaremos media hora más. No me atrevo a darle más de esta pócima, por ahora. Bueno; tengo algo que hacer, inspector. Nada, nada, es la juventud, querido Pool... Haga un poco la vista gorda después de la bronca. Yo no me atrevería a hacer ningún mal a estos muchachos, que luchan como fieras por eso que se llama el bien común, créame.

Pool se encogió de hombros, sonriendo apenas. Y cuando se quedó solo se sentó en un sillón al lado del dormido Armour. Lo miró con rencor y encendió un cigarrillo, abstraído.

Miró varias veces a su subordinado, nervioso, impaciente, porque no se despertaba. Se levantó, paseó de un extremo al otro de la estancia, examinando cada vez el rostro del agente especial, que seguía durmiendo tranquilamente. Por fin se sentó y cogió la cartera del joven, sacando de sus departamentos cuántos papeles contenía. Los fue dejando a un lado, después de leerlos. Contó los billetes de Banco, fruncido el ceño. Los dejó otra vez y desplegó un papel pequeño, doblado en cuatro. Tenía solamente un par de renglones, escritos a máquina. Lo leyó.

«Amigo Armour: Conforme quedamos, le adjunto los diez mil dólares. Y recuerde que, teniendo nosotros negocio con su ayuda, no le faltará a usted el dinero. Suyo amigo. —F. B.». »

Leyó varias veces el inspector Pool la corta y extraña misiva, que solamente tenía aquellas dos letras como firma, también escritas a máquina. Y en vez de volverla a la cartera, se la guardó en un bolsillo, mientras miraba a Armour con expresión de profundo rencor.

Pasaron dos horas largas, pese a los esfuerzos del doctor Sharkey para despertar al joven antes, cuando comenzó a dar señales de inquietud, bostezando, abriendo lentamente los ojos. Pool, en pie, a su lado, le miraba fijamente, adusto.

Se sentó en el sofá el joven agente especial, restregándose los ojos, y levantó la mirada, contemplando con asombro a su jefe. Se levantó, un poco vacilante, murmurando azoradamente:

—Dispense, jefe... No me doy cuenta de cómo estoy aquí. ¡Cómo tengo la cabeza! ¿Quiere decirme si he venido aquí por... mis propios medios, o...?

—Síntese, Armour —dijo el inspector, haciéndolo él también, mientras seguía contemplando a su subordinado severamente—. Hemos de hablar precisamente sobre eso. Le han traído aquí. Un agente de la Metropolitana le encontró en Columbus Circle tirado en el pavimento. Borracho perdido...

—¿Borracho yo? ¡No he probado el alcohol, de manera que...! —exclamó Armour secamente, pasándose una mano por la frente.

—Mírese la camisa, el cuello. Huela, huela, Armour. Mire también ese frasco de «*whisky*» que llevaba encima. Le aconsejo, muchacho, que no trate de confundirme con argumentaciones estúpidas acerca de cómo ha invertido las pasadas veinticuatro horas. Será mucho mejor para usted ser sincero.

—Nunca he dejado de serlo, jefe —respondió el agente, sorprendido por el acento francamente agresivo del inspector—. Creo que yo también tengo que hablarle. Estoy como atontado... Si me lo permite, voy a ir al lavabo a darme una ducha, para despejarme. Pero no he estado borracho, aunque ya veo que todo esto me denuncia —se señaló las ropas, manchas de «*whisky*», y el frasco.

—Vaya. Espere —se acercó a su mesa y tocó un timbre. Unos segundos después apareció un agente especial—. Oiga, Waltom, acompañe a Armour al lavabo y regrese con él —le guiñó un ojo y el agente comprendió que debía vigilar estrechamente a su

camarada.

Salieron los dos agentes y Pool encendió un cigarrillo con aire preocupado, mientras deambulaba por el despacho nerviosamente.

Regresó el agente especial, ya con una cara más despejada, los ojos brillantes y el ademán desenvuelto. No obstante, notábasele una grave preocupación y recelo. Quedó en pie ante su jefe, respetuoso.

Pool se sentó ante su mesa e hizo un gesto, para que su subordinado se sentase frente a él.

—Bueno, Armour... —dijo Pool con aire impaciente—. Ya sabe lo que le he dicho. Quiero que sea sincero, y quiero también decirle que se encuentra en una pésima situación. Pero tiene derecho a ser escuchado, y, por tanto, le oiré. Explíqueme por qué durante veinticuatro horas no se le ha visto ni hemos sabido nada de usted. Abandonó el servicio...

—Me lo hicieron abandonar, jefe —respondió el joven, con voz emocionada—. Me han secuestrado los «gángsters» que hacen el tráfico ilegal de piedras preciosas. Todo lo voy recordando...

—¿Secuestrado? ¿A usted? —dijo Pool, mirándole con gran asombro—. Juraría que usted no es de los que se dejan secuestrar, pero cuando lo dice... Siga, siga...

—Me secuestraron. Me han inyectado pentotal o escopolamina, el suero de la verdad, jefe, y por ese medio me hicieron declarar lo que sabía, todo lo que sabía respecto de nuestros planes contra ellos —murmuró Armour apagadamente, baja la mirada, muy pálido—. Todo esto parece como una fábula...

—Verdaderamente —dijo Pool, sin mostrar ahora asombro por aquella extraña declaración de su subordinado—: Parece una fábula. Parece también que usted me viera por primera vez y me creyera un... idiota o cosa parecida, ¿verdad? Saque su cartera, joven, y mírela. No falta en ella más que un papel, del que luego hablaremos. Mire su cartera...

Armour, azorado, la sacó del bolsillo interior de la americana y la examinó. Quedó lívido al ver el fajo de billetes.

—Hay cerca de diez mil dólares —dijo Pool—. Estaban ahí, en su poder. ¿Quiere decirme cómo llevaba esa cantidad encima? Usted no tiene fortuna, según mis informes. Muchas veces me ha hablado usted de su modestia, y sé que era cierto.

Explíquese, Armour. Le recuerdo que es su deber, como hombre decente y como agente del Gobierno, decir la verdad absoluta.

—No comprendo... —murmuró el joven, clavada su vista en los billetes de Banco—. Es decir, si comprendo —su rostro expresó una gran emoción, enrojeciéndose de ira—. Todo esto es producto de esos canallas. Me secuestran, me hacen declarar y luego me tiran a la calle con la cartera llena de billetes y con la apariencia de haberme emborrachado. Todo para enredarme en una supuesta complicidad con ellos. ¿No comprende lo que le digo, jefe?

Pool le contemplaba fijamente, como podría hacerlo a un maleante que intentase, en su declaración, confundirle tontamente con fábulas carentes de ingenio y poder convincente. Echado sobre el respaldo del sillón, repicaba con los dedos sobre la luna de la mesa. Finalmente sacó de un bolsillo el papel escrito a máquina encontrado en la cartera de su subordinado y se lo mostró, sin soltarlo.

—Lea, Armour. Lo llevaba también en la cartera. Qué infernales son esas gentes, ¿verdad?

El joven agente especial lo leyó. Sonrió, con gran asombro de Pool, y dijo serenamente:

—Eso es. Su finalidad está vista. Pretenden hundirme, deshonrándome como agente del

F. B. I.

Quieren presentarme ante sus ojos, jefe, como cómplice y encubridor, los muy canallas. Es muy burdo, aunque muy lamentable para mí. Ha de fiarse de mi palabra, jefe. Le referiré todo cuanto me ha sucedido y no dudo veré en ello la maldad de esas gentes y comprenderá lo imposible que me fue evitar el caer en su poder y declarar contra mi voluntad lo que no deseaba.

Pool hizo un gesto afirmativo, invitándole a que refiriese aquella historia, que, por lo que le había adelantado el agente, iba a ser tan fantástica como emocionante.

El agente especial relató seguidamente cómo fue secuestrado por aquellos «gángsters» a la salida del Child y llevado a un lugar desconocido, donde seguidamente le inyectaron el suero de la verdad, teniéndole después dormido largas horas con estupefacientes, hasta el momento en que lo dejaron en Columbus Circle con todas las muestras de estar embriagado, amén de meterle

en la cartera una gruesa suma de dinero y un papel acusador.

Armour relató todo con voz serena, como quien informa de un servicio que desgraciadamente no ha salido bien en su cumplimiento, pero no por propia culpa, sino por imponderables con más fuerza destructiva que la calculada. Había muy grandes lagunas en el relato, correspondientes a las muchas horas que pasó dormido bajo los efectos de los hipnóticos, pero afirmó que se dio perfecta cuenta de que estaba declarando los planes del

F. B. I.,

aunque sin poder evitarlo, bajo los extraños y terribles efectos del suero de la verdad, sometiendo su subconsciente a una lucha denodada, de la que salió la verdad desnuda, tan comprometedora.

El inspector Pool le escuchó atentamente y hasta tomó notas en un «blok», impasible, viéndose solamente en la expresión de su mirada un escepticismo absoluto ante las palabras de Armour. No le creía.

—Bien —dijo, cuando el joven terminó su declaración—. Yo no creo que este asunto me concierna ya únicamente. No se trata de recibir de usted una disculpa por haber sufrido un percance en la misión que se le encomendó. Esto es mucho más grave de lo que usted supone. No tengo duda de que, como resultado de lo que usted dijo a esos maleantes, seis camaradas suyos han perdido su vida la pasada noche. Por lo que usted les informó, Armour... a esos «gángsters».

El agente quedó lívido de horror, muy abiertos los ojos castaños. Parecía que su respiración fuese a acabar definitivamente y que la sangre hubiese huido de su cuerpo, dándole una palidez marmórea.

—Sí, es horrible —murmuró, hablando con dificultad, como agobiado por una angustia infinita—. No lo sabía, jefe. Pero no pude evitarlo. No pude escapar de ellos cuando me metieron en el coche. Nunca he estado desprevenido, pero todo hombre está siempre expuesto a ser asesinado, secuestrado, por muchas precauciones que tome para evitarlo. Pudieron asesinarme...

—Eso es lo más extraño —interrumpió Pool, con acento helado—. Que no le hayan asesinado. Que, según usted, le hayan regalado diez mil dólares y le dejen esa nota firmada por «F. B.». ¿Quién es? ¿Por qué no están los diez mil dólares completos? Una vez más, muchacho, le emplazo a que diga la verdad. Piense que tenemos

medios sobrados para saberla. Lo sabe usted mejor que nadie, ya que pertenece al

F. B. I.

—¡No me cree usted!... —exclamó Armour con acento desolado. Se encogió de hombros, como aceptando todo lo malo que le pudiera llegar de aquella terrible situación—. Lo lamento, jefe, pero cuánto he declarado es la verdad. Tratan de hundirme, que es peor que si me hubiesen asesinado. Ahora sería un héroe, o cosa parecida, del

F. B. I.

Así consiguen ellos minar nuestra organización. No puedo rectificar nada de cuánto he dicho, señor.

Pool contemplaba fijamente a su subordinado. Recordaba que siempre tuvo en él absoluta confianza: que había sido un muchacho leal, valeroso consciente de la responsabilidad que echaba sobre sus hombros, y no por ello dejó jamás de cumplir con el áspero deber de agente especial. Llevaba ya tres años en la organización y jamás hubo de sufrir amonestación por flaquear en el cumplimiento de su deber. Se jugó la vida en diferentes ocasiones, y no por ello su ánimo decayó ni deseó pasar a desempeñar cargos menos expuestos. Era, en fin, un agente especial tal y como deben serlo.

—Sí, es lamentable, joven —dijo, al fin, el inspector, con voz cansada—. Pero ya esto escapa a mis atribuciones. Hay responsabilidades que exigir y conductas que aclarar. Hemos sufrido un fracaso rotundo, y seis camaradas muertos exigen que se haga luz y justicia. Usted declaró aquello a los «gángsters», y como resultado de ello, sobrevino la catástrofe. Tal vez tenga razón al asegurar que hubiese preferido la muerte a hacer lo que ha hecho. Yo también. No le niego que la referencia que da de su actuación no la creo. Por ello, debo dar parte a Washington, para que sea encausado y se le pidan responsabilidades. Tengo razones para que creer que nos ha traicionado, que se ha vendido a esos hombres sin ley.

—Perfectamente, jefe —dijo fríamente Armour, llenos los ojos de lágrimas—. Deseo tanto como usted que se examine mi conducta y se me juzgue. No quiero hacer ahora historia, de mi actuación pasada. Nunca me llamó nadie traidor ni vendido a nuestros enemigos. Estas palabras no las olvidaré jamás, jefe, porque es usted

el que me las ha dicho; quien menos razones tiene para ello, porque me conoce mejor.

—Está usted arrestado y sin salir de esta casa, Armour —repuso fríamente Pool—. Daré inmediata cuenta a Washington de todo esto y que me envíen instrucciones. Queda abierto un expediente contra usted.

Tocó un timbre y al ordenanza le ordenó llamase a dos agentes especiales. Y cuando ambos llegaron y miraron con asombro al jefe y a su camarada, Pool les dijo:

—Armour queda arrestado. Llénenlo a una celda. Nadie podrá verlo sin autorización mía o del subinspector Groves. Vaya con ellos, Armour, y piense en la situación en que se ha metido; piense también que una confesión sincera puede beneficiarle.

Los dos agentes especiales, atónitos, abrieron paso a su camarada y éste, la cabeza inclinada, como los hombros, y a paso lento, salió del despacho de Pool.



Ha salido

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡DIBUJOS DE UN GRAN MAESTRO!

¡ARGUMENTOS EMOCIONANTES!

PRECIO: ¡1,25 ptas.!

IV



por el Estado Mayor del
F. B. I.,

RMOUR fue encausado

en Washington. En pocos días fue sometido a interrogatorios tan variados como severos por inspectores curtidos, que no pudieron hacerle rectificar ni un ápice a cuánto declaró ante el inspector Pool, en Nueva York. El joven decía la verdad, aunque no era creída por nadie; pero se le consideraba como un traidor a la organización y delincuente por complicidad en el asesinato de seis agentes especiales.

Tuvo cierta suerte, en medio de todo, al no poderle ser probada su culpabilidad de complicidad en el asesinato de aquellos agentes especiales. Pudo haber sido por su culpa, pero también como producto de un plan ya preconcebido por los «gángsters», y en esto

la Justicia no podía sentar una acusación tajante contra él. Lo mismo que idearon un plan inteligente para secuestrarle, según Armour, pudieron hacer para lo demás. No cabía, en suma, sino juzgarle por lo que declaró, vista la carencia de pruebas para demostrar su culpabilidad de complicidad y venalidad.

Lo que más hizo dudar a los técnicos del

F. B. I.,

respecto a la culpabilidad consciente del agente fue que, sometidos los billetes de Banco a un examen dactiloscópico, no fueron halladas huellas dactilares de Armour. Y lo mismo sucedió con la corta misiva encontrada en su poder. Tampoco, al parecer, la tocó él. Esto era sumamente extraño, pero demostrado. Y estando en Nueva York todavía, el inspector Pool ordenó, apenas detenido, que le fuesen analizados los jugos del estómago, orina y heces, para ver si en ellos había restos de «*whisky*» aún. No fueron encontrados. Y sí señales de haber admitido morfina por vía intramuscular.

El

F. B. I.,

consideró que tales cosas, aunque en apariencia le exculpaban grandemente, no podían ser tomadas absolutamente como un pleno descargo, por suponerse que, tanto el no tocar los billetes con sus manos como la carta, pudo haber sido hecho maliciosamente; es decir, para mostrar una coartada. En cuanto al no haber ingerido «*whisky*», pudo haberlo expulsado muchas horas antes, sin que quedasen ya restos cuando fueron analizados sus jugos y heces. Igualmente era creíble que voluntariamente se hubiese inyectado morfina.

Era un laberinto, del que Armour intentó sacarles, exponiendo que, aun en el caso de ser cómplice voluntario de los «gángsters», no tenía necesidad alguna de haber faltado aquellas fatales veinticuatro horas; que podía haber lanzado a la muerte a sus camaradas sin él dejar abandonado el servicio, cosa que suscitó las sospechas del inspector Pool, y, que de haber traicionado al

F. B. I.,

jamás se hubiera expuesto voluntariamente a ser encontrado narcotizado en la calle, con la cartera llena de billetes y con una carta comprometedor. Sería un infiltrado de los maleantes aquellos en el

F. B. I.,

sin que éste se hubiera dado cuenta de ello. Y si las cosas aparecieron acusadoras para él, no se debían achacar a torpeza suya, considerándosele como adicto a los «gángsters», sino a que su relato era fiel en todas sus partes y él inocente de tal imputación.

El Estado Mayor estudió largamente la acusación y la defensa. Encontró sensatas las alegaciones del agente, al parecer víctima de una conjura que no acababan de comprender por qué la encaminaron contra él. Pero la acusación esgrimía la razón de que Armour pretendía hacer creer que había sido víctima de aquellos «gángsters», y para ello compuso aquella comedia de la aplicación del suero de la verdad, del que no se encontró rastro al ser analizados sus jugos, orina y heces. Comedia, el que se le hallase en la calle, bajo los efectos de una inyección de morfina, voluntariamente puesta; comedia, el que se volcase «*whisky*» por las ropas, no habiendo entrado nada en su estómago. Y comedias el llevar el dinero encima y la carta, todo ello acusador, pero en plan de víctima. Consideró a Armour como muy astuto y peligroso enemigo en potencia, adicto tal vez a los «gángsters» aquéllos. Y como no podía ser declarado culpable de complicidad en el asesinato de sus camaradas, fue decretada su expulsión del Federal Bureau of Investigation por abandono del servicio, sin causa justificada, en ocasión en que seis camaradas suyos perecían en el cumplimiento de su deber.

No había transcurrido un mes desde aquella aventura con los «gángsters» y el joven se vio en la escalinata del edificio del

F. B. I.,

en Washington, arrojado de allí como traidor, cobarde y desleal.

Dos o tres camaradas suyos le contemplaban fríamente desde dentro, haciendo comentarios en voz baja. La sentencia del Estado Mayor pesaba hondamente sobre el ánimo de todos los afectos al

F. B. I.,

y no dudaban de que su camarada era culpable no sólo en lo manifestado por el alto organismo del

F. B. I.,

sino por la misma acusación del abogado que la llevó. Era, en suma, un indeseable.

Por la tarde, Armour tomó el avión para Nueva York, su lugar de

nacimiento. Ansiaba regresar, para estar al lado de su madre, a quién apenas si vio durante aquel mes en que estuvo arrestado y sujeto a expediente. Era ahora un hombre libre para ir donde se le antojase, aunque sabía que los ojos y los oídos del

F. B. I.,

jamás dejarían de vigilarle.

No avisó a su madre de la llegada, y por ello, cuando tocó tierra en el aeródromo de Laguardia, tomó un «taxi» y dio la dirección de su casa al chofer: Fletcher Street, 45, distrito de Wall Street.

Annie Armour era una anciana de unos setenta y dos o setenta y tres años, bajita, delgada, con el rostro muy arrugado, pero en él brillaban unos ojos azules claros, que expresaban elocuentemente la cantidad de vitalidad que aún poseía aquel cerebro, encerrado en una ancha frente, medio oculta por una cabellera blanca como la nieve. Era viuda del juez Armour, fallecido hacía unos diez años. Aquel hombre había dejado tras sí una estela de rectitud, honradez y amor a la justicia casi insuperables, pero tal vez precisamente por todo aquello no se halló en su cuenta corriente del Banco una cantidad que excediera del par de miles de dólares. Gloria... y pobreza, como buen administrador de la justicia y campeón del bien común. Su hijo Stanley pudo valerse del buen nombre de su padre para solicitar el ingreso en el

F. B. I.,

como agente especial, y lo consiguió, tras haber demostrado cumplidamente su aptitud para ello.

Ahora, Armour, ante la puerta de su casa, en el piso octavo, no se decidía a entrar allí. Le esperaba su madre, que le aseguró muchas veces, durante el proceso, que le creía inocente de las culpas que le achacaban. Él no estaba seguro de que ella dijera la verdad en eso. Era la madre y, por tanto, infinitamente bondadosa, clemente. Adoraba al hijo como adoró al padre, y a aquél le considera tan decente, honrado y leal a los buenos principios como lo fue su esposo. Lo probaba el que en el

F. B. I.,

era querido y respetado por aquellas dotes inculcadas del juez Armour.

Abrió al fin con la llave que llevaba en un bolsillo y penetró en el pequeño «*hall*». Al fondo de la casa se sentía el rumor de la

aspiradora de polvo sobre el suelo de madera. Colgó la trinchera y se adelantó, muy rápido, pasillo adentro.

Cesó el ruido del pequeño motor de la aspiradora. Unos pasos menuditos y la anciana apareció con su delantal blanco a la cintura, curiosa la mirada. Se abalanzó en los brazos de su hijo, que la oprimió contra el pecho, besándola reiteradamente.

—Ya volviste, hijo... —susurró la anciana, levantando la cabeza, para mirarlo detenidamente—. Bueno... Stan, bueno... Ya encontrarás otra cosa. Eres joven, decidido, honrado... muy honrado, pese a todo. No pierdas el valor ni la fe. Como siempre, hijo de mi alma. Y ¿has desayunado?

—No. Madre, ¿tú me crees inocente? ¿De veras? —exclamó el joven sin soltarla, mirándola fijamente, con ansiedad indescriptible.

—Absolutamente inocente. Estoy segura de que la maldad jamás podrá albergarse en tu corazón ni en tus sentimientos. ¿Cómo podría ser esto cuando fue tu padre el que te inculcó esas dotes, que parecen naturales en ti como lo era en tu padre? Anda, anda, ven a desayunar...

Stanley no vio una sola lágrima en los ojos de su madre. Era una mujer admirable, como lo fue su padre. Unos espíritus fuertes, sin dejar de ser hondamente sensibles. La adversidad les golpeó con rudeza en varias ocasiones, pero ellos, guarecidos el uno en el otro, estrechamente abrazados sus cuerpos y sus almas, afrontaron todo serenamente sin una queja. Ahora le tocaba a él imitarles, ya que también era blanco de la fatalidad.

Annie le preparó rápidamente el desayuno. Los huevos revueltos con tomate, las tostadas, el café bien cargado. Y se sentó frente a él, silenciosa, deseosa solamente de contemplarle, de tenerle allí con ella. Y el hijo, dos o tres veces, quiso explicarle todo aquello que le había conducido a la ruina, al descrédito y a llevar en adelante, como una marca de estigma, la orden de expulsión del

F. B. I.,

como indeseable, cobarde y desleal.

—Deja eso, Stan —rechazó la anciana, con disgusto, las explicaciones del hijo, que apenas si podía comer—. Saldrás adelante, pese a todo. Encontrarás trabajo y tendrás tiempo para hacer algo que es vital para ti.

Stanley la miró curiosamente, como si no comprendiera lo que

su madre le quería decir.

—Es natural, hijo. Puesto que eres inocente de la inculpación que te han hecho, tu deber es demostrarles su error... y que te vuelvan a admitir en el

F. B. I.

Esto solamente lo podrás conseguir llevando a esos canallas que te han hundido ante la justicia, para que sean, juzgados. Lo espero de ti, Stan —agregó, con voz extrañamente dura, imperativa—. ¿No pensabas tú hacer lo mismo? ¿O es que ibas a dar por terminado este asunto aceptando resignadamente la maldad de unos hombres y el error y el desprecio de otros, siendo inocente?

—No, madre —repuso Stanley, encendiendo un cigarrillo—. Ya sabes que no pararé hasta dar su merecido a esos «gángsters», Y entonces me llamarán de nuevo en el

F. B. I.

Ya veré si vuelvo...

—Otra cosa, Stan —dijo la madre después, cuando sentados ambos en un sofá del «*living room*» él la refería cómo se llevó a cabo su expediente en Washington—. Ha estado a preguntar por ti varias veces Iona. Hasta quiso darme dinero, suponiendo que yo andaría mal por faltarme tu paga. Me las he podido componer bien. Había ido ahorrando unos centenares de dólares desde hace tiempo y, afortunadamente, podremos resistir hasta que encuentres colocación.

—¿Crees que a un expulsado del

F. B. I.,

le admitirán en una oficina, madre? —preguntó tristemente Stanley—. Eso va a ser lo peor, me parece.

—Iona me dijo que si todo te salía mal, ella podría colocarte enseguida. Esa muchacha te tiene simpatía. ¿Hay algo entre tú y ella, hijo?

—Que me gusta, y nada más, Iona se gana muy bien la vida, mejor que yo, y no me he atrevido hasta ahora a decirle que si quería casarse conmigo. Claro es que todo se me ha puesto peor y habré de seguir callado con ella.

—Tal vez pueda ayudarte, como dijo. Ve a verla. Si es una muchacha sensata, y lo parece, estoy segura que esta desgracia tuya os acercará más en vez de desuniros. Cree en tu inocencia, me lo

dijo muchas veces. Ve a verla, Stan, y háblala sinceramente.

—¿Sigue en la oficina de Sienstahl, el judío?

—Sí. Muy contenta. Dice que es una persona excelente. Hasta creo que ya le ha hablado de ti, en vista de que las cosas se te iban poniendo mal en el F. B...

—Iona es buena, sí —dijo, pensativamente, Stanley—. Voy a verla a la oficina. Tal vez me coloque pronto, y ya con cierta independencia económica, podré dedicarme a los otros, a esos...

Iona Mackey trabajaba en las oficinas de Benjamín Sienstahl, en un edificio dedicado a viviendas y oficinas a la vez, sito en Delancey Street, en el célebre «Quarter Hebreo» del Bowery. No llevaba con Sienstahl sino tres o cuatro meses, como secretaria, y recibía una excelente paga por sus servicios, según dijera a Armour alguna vez.

A las siete vio el joven salir del ancho portal a la joven, elegantemente vestida con un traje sastre color ceniza, maravillosamente adaptado a su esbelto cuerpo. Un sombrero de forma tirolesa, inclinado a un lado, gris igualmente, y una capelina de zorros plateados completaban su atuendo, que Armour admiró.

—¡Stan! —gritó ella, avanzando hacia él, llenos de simpatía sus grandes ojos azules oscuros, inteligentes, vivaces.

Su rostro era muy bello, de facciones regulares, con unos labios un poco gruesos, excitantes. Frente espaciosa, enmarcada por la cabellera rubia, de suave tonalidad.

—Hola, Iona —dijo él, estrechando su mano con cierta cortedad—. No quisiera entretenerte, si ibas a algún lado. Quería saludarte y... me parece que nada más.

—Estás tonto, querido —dijo ella riendo, cogiéndole por un brazo y comenzando a caminar despacio—. Iba a ver a tu madre para saber de ti. Tu madre, que es admirable, Stan. Nuestros ancianos son, sin duda alguna, más valerosos que nosotros, los jóvenes. Pasaron tiempos peores que éstos, lucharon más. Bueno, Stan, no creo que debamos hablar de lo tuyo. En vez de lamentarnos busquemos una solución al problema que tendrás ahora. Debes colocarte...

—Sí... —murmuró Armour, encogiéndose de hombros—. Debo colocarme. No lo veo tan fácil como mi madre. No sé qué referencias habré de dar cuando me las pidan. Desempeñaré un oficio. Sé construir aparatos de radio, manejar coches, hacer análisis

de medicina. Puedo dar lecciones de idiomas...

—Me he preocupado de ti en ese respecto, Stan —dijo ella interrumpiéndole, sonriente—. Ya se lo dije a tu madre. El señor Sienstahl conoce tu situación y, en principio, le agradecería tenerte con él, dependiendo de tus conocimientos y las condiciones que fijas. Ya sabes que se dedica a un negocio de exportación de metales, aleaciones, maquinaria y no sé cuántas cosas más. ¿Quieres hablar con él?

—Desde luego. No puedo hacerme el remilgado en esta situación. ¿Qué tal es, Iona?

—Un hebreo sumamente culto. No tiene a nadie de familia y posee, según creo, una buena fortuna. Tiene cuarenta y dos años y es dinámico, atrevido, audaz en los negocios. Su trato es agradable, si es eso lo que te interesa saber. Ha recorrido el mundo varias veces, siempre buscando negocios. Creo que te agradecerá.

Mientras charlaban, habían llegado a City Hall Park, atravesando las oscuras callejas del *Ghetto* hebreo por New Bowery, plagadas de establecimientos de todas clases, con escaparates abigarrados de mercancías de todo el mundo. Ya en el parque, por Park Row Street, donde aún daba un rayo de sol, se sentaron en un banco y contemplaron durante unos minutos, silenciosos, cómo los niños hebreos jugaban entre los jardines o se deslizaban rápidamente sobre el cemento del «*skating*» con sus patines de ruedas. Les vigilaban sus padres o «*nurses*» de la misma raza, que hablaban vertiginosamente en polaco, alemán, rumano, búlgaro, ruso.

Armour no se atrevía a hablar a Iona de su afecto hacia ella. Consideraba inadecuado el momento. Habría de esperar a tener algo aceptable que ofrecerla, si lo lograba. No sabía si ella, realmente, le amaba o era un fuerte afecto el que por él sentía, pero solamente afecto, amistad. Sobre esto, Iona se había mostrado siempre un poco esquiva a los avances verbales de él. Tal vez indecisión por parte de ella, o quizá carencia de verdadero cariño.

Ya cerca de las nueve de la noche tomaron un autobús, que les condujo, en un viaje casi interminable, a Greenwich Village, el «*quarter*» latino y bohemio de Nueva York, donde ella vivía, en Vandam Street, en el 76.

—Mañana, a las once, ve a mi oficina, Stan —le dijo ella,

mirándole con ternura mientras apretaba las manos de él entre las suyas—. Me encantará tenerte de compañero. Te presentaré a Sienstahl y creo que te quedarás.

—Gracias, Iona. Por lo que me... estimas, a pesar de todo, y por tu interés en aliviar mi situación. Si todo me saliese regular, quisiera hablarte de otra forma...

—De acuerdo —interrumpió ella, riendo y entrando lentamente en el portal—. Ahora no pensemos sino en que salgas adelante, en que te emplees bien, de una forma estable. Olvida lo pasado, Stan.

—No todo —murmuró él, adquiriendo su rostro una dureza extraña—. Ésos me las pagarán, y bien.

—Y correrías nuevos y peores peligros, ahora sin el apoyo del F. B. I.

Olvida todo, todo, Stan, si realmente quieres vivir para que... seamos felices. Ellos recibirán su castigo, no lo dudes.

Armour no quiso insistir en aquel tema. Tenía ya tomada su decisión y la llevaría a cabo, le agradase o no a Iona, que tanto temía por él. Su misma madre le había dicho que era su deber rehabilitarse.

Andando lentamente, sumido en reflexiones sobre todo aquello que ocupaba en forma casi delirante su cerebro, pasó por Houston Street, en la Pequeña Italia, tan conocida de él. Vio el pequeño restaurante Child, donde había desayunado diferentes veces. Recordó a aquella muchacha, tan linda, que le sirviera los emparedados de queso de Parma y las tostadas con miel dorada de la «campagna» italiana, mientras le sonreía, mirándole profundamente con sus enormes y bellísimos ojos negros.

Llevaba diez dólares y unos níqueles en el bolsillo. Tenía ganas de tomar una taza de buen café como el que servían allí. Tal vez, y esto le hizo sonrojarse un poco, también deseaba ver de nuevo a aquella joven camarera de dulce voz, con su encantador ceceo italiano, que embellecía el tosco inglés americano, tamizado de palabras soeces de «slang».

Penetró y se sentó, casi con timidez, a la mesita en que acostumbraba hacerlo aquellas mañanas anteriores. Vio avanzar a la camarera, ya sonriéndole, enseñando su blanquísima dentadura, sus labios finos, con un pliegue entre las mejillas sumamente gracioso. Y pensó que era no una muchachita, apenas una niña, sino una

mujer, que, aunque no alta, sí bien modelada, esbelta, de cuerpo elástico, con su uniforme azul claro y la cofia blanca, de materia plástica, que parecía como una diadema sobre su negra cabellera, ondulada naturalmente.

—¡Oh señor!... —exclamó, ruborizándose levemente, en pie ante él, que sonrió, mientras la hacía un gesto amistoso—. Ha estado mucho tiempo sin venir por aquí. Tal vez ha estado enfermo...

—Buenas noches, Bettina —él sabía que se llamaba así porque sus compañeras la llamaban con aquel dulce nombre—. No, no he estado enfermo. Asuntos fuera de aquí me han tenido alejado. ¿Quiere darme una taza de café, por favor?

—Sí, señor. ¿Sin nada más? Está más delgado, más pálido —dijo ella, baja la mirada, mientras parecía no decidirse a marcharse.

Armour estaba también un poco confuso. No sabía qué estaba notando en aquella joven... La intensidad de su mirada, su rubor al hablarle, cómo su pecho, maravillosamente formado, denotaba una agitación extraña. Y hubo de pensar, pese a ser un hombre absolutamente desprovisto de vanidad en cuanto a su arte de atracción sobre las mujeres, en que aquella italianita tal vez le admirase, sintiese por él un vivo afecto, quizá algo más que eso.

La joven partió hacia el mostrador. Un hombre, italiano a todas luces, bajito, grueso, con grandes bigotes retorcidos, a lo Garibaldi; grandes ojos negros y rostro afable, recibió el encargo de la joven y la entregó la bandeja. Habló con ella quedamente, sonriéndola maliciosamente.

Otra vez fue Bettina ante Armour, dejando la taza sobre la mesa, con un mantelillo de materia plástica. Puso un paquete de cigarrillos al lado de la taza.

—Mi padre se alegra de verle de nuevo por aquí y le ruega acepte este obsequio, señor.

—¿Es su padre aquel que está en el mostrador? —dijo Armour, echando azúcar en la taza—. Sí, realmente se parecen. Es muy amable, Bettina. Y Usted también.

—No lo crea, señor. Estábamos... un poco inquietos por usted desde aquella mañana en que tomó el coche con aquellos hombres. Hubiera jurado que eran unos «gángsters». Mi padre dice igual. Se lo contó, de la extraña forma en que le hicieron entrar en el «auto». No quiero ofenderle, señor, al calificar así a esos señores, que serán

sus amigos tal vez.

Armour la contempló, con la taza a medio camino hacia sus labios, atónito. Pestañeó, como si lo que le estaba diciendo la bella camarera no tuviese nada que ver con él. Después bebió de un solo trago el café y se encaró con ella, fruncido el ceño, lleno de curiosidad el rostro.

—Oiga, oiga, Bettina... Eso que dice usted es sumamente interesante. ¿Usted me vio entrar en aquel coche, hace un poco más de un mes, aquella mañana?

—Sí, señor. Desde entonces no ha vuelto por aquí. Discúlpeme si he ofendido a sus amigos. Seguramente no quería usted que le viesen tomar aquel coche. Lo hice sin... querer. Salí detrás de usted y lo vi todo.

—Bien, bien. Eso no tiene nada de particular. No son mis amigos esos hombres. ¡Rayos, daría algo por tenerlos de nuevo al alcance de mi mano! Usted notó que...

—Que le hacían entrar a la fuerza en el coche. Vi los bultos de sus pistolas en los bolsillos de las trincheras. Pero las películas me han enseñado que todo eso es fantasía, y me burlé de mi misma, al hacerme ver cosas que no eran reales. ¿Dice usted que se lo llevaron a la fuerza?

—Completamente a la fuerza, hija mía. Por eso no he venido. Me han ocurrido muy malas cosas, Bettina.

Ella estaba pálida y no dejaba en paz la servilleta que tenía entre las manos, de delicada forma. Armour la examinaba como agente policíaco, críticamente, aunque un tanto conmovido por la expresión de afecto que ella demostraba por él.

—Señor...: el caso es que esos hombres, los dos, han vuelto por aquí. Vinieron antes de hacer eso con usted, lo del coche. Después han vuelto.

Armour se estremeció. También palideció su rostro, de rasgos angulosos y mirada ahora dura, penetrante.

—¿Cuándo han estado aquí, Bettina? ¿Eran ellos, con toda seguridad?

—Eran ellos. Hace dos días vinieron. Hablan siempre en voz baja y miran como los «gángsters» de las películas. Se lo dije a mi padre, pero me dijo que nada podíamos hacer con sólo lo que yo sabía. Me sentía... inquieta por usted. No debiera decirlo. Somos

supersticiosos, señor, los italianos, ya lo sabrá usted, y tenía el palpito de que a usted le había sucedido algo muy malo, que nunca se sabría. Que le habían dado el «paseo».

Armour sonrió, conmovido. Aquella muchacha era encantadora. Y lista.

—No me lo dieron, Bettina —murmuró Armour sonriendo penosamente—. Fue algo peor. Pero esto no hace ahora al caso. ¿Usted quiere ayudarme a capturar a esos hombres? No sé cómo agradecerle su interés por mí, pero la ruego me ayude un poco más, muy poco...

—Lo haré, señor. Todo cuanto sea preciso. ¿Quiere usted que cuando vengan esos hombres, sí vienen, le avise? —repuso ella, brillante la mirada de entusiasmo—. ¡Cuenta con ello!

—¿No la reñirá su padre por eso, Bettina? —insinuó Armour, mientras contemplaba al dueño del Child, muy ocupado en atender a las demás camareras y a los clientes sentados en los taburetes ante la barra.

—Todo lo contrario. Los meridionales somos especiales, señor.

—Me llamo Stanley Armour, Bettina. Hasta hace un mes agente especial del

F. B. I.

¿Ha oído hablar de los

«G-Men»

alguna vez?

—¡Oh, sí! Pero veo que ustedes son hombres como otros cualquiera... —dijo la joven, riendo—. Y, entonces, ¿es que le han... jubilado por algo extraño?

—Como consecuencia del secuestro de que fui objeto por parte de esos «gángsters». Me inyectaron el suero de la verdad y me sacaron lo que les interesaba sobre cierto contrabando. Asesinaron a seis camaradas míos por darles yo, sin poderlo evitar, datos e informes. ¡Figúrese si tendré deseos de echármelos a la cara!

—¡Es... espantoso! —murmuró Bettina, mirándole con infinito asombro y compasión—. Se lo diré a mi padre, ya lo creo. Y no nos negaremos a ayudarle. ¡Ojalá vengan esos malditos «condottieros»...!

¡DIBUJOS ESTUPENDOS!
¡ARGUMENTOS EMOCIONANTES!
Sólo en
AVENTURAS DEL F. B. I.

V



ARMOUR, nada dijo a su madre, a su regreso, de todo cuanto había logrado averiguar respecto a sus secuestradores. Pensaba hacerlo todo silenciosamente. No debía alarmar a la anciana comunicándole que ya estaba en acción y que su vida iba a correr nuevos y quizá graves peligros. Durante sus ausencias, la viuda del juez Armour permanecería angustiada, y esto era lo que quería evitar, a ser posible.

Durmió mal el joven, planeando ya lo que haría con aquellos hombres que le habían llevado a la deshonra y a la ruina. Hubiera sido mucho mejor, desde luego, que le hubiesen asesinado. El ser enjuiciado como lo había hecho el

F. B. I.,

no podía soportarlo con tranquilidad. Mucho menos, cuando era

totalmente inocente de la inculpación de traidor, cobarde y desleal.

A las once de la mañana siguiente llamaba ante la puerta, en la que una placa de bronce indicaba que el señor Benjamín Sienstahl era exportador, donde Iona trabajaba. Un «botones» le abrió la puerta, y cuando Stanley preguntó por la joven, le hizo pasar a una especie de «*hall*» lujosamente amueblado con amplios sillones de cuero y un sofá. Sobre una mesa, revistas profesionales, de información sobre mercados de maquinarias, de exportación, etc. A poco sintió unos rápidos pasos femeninos, e Iona apareció en la puerta, sonriéndole, mientras le tendía la mano.

—Hola, Stan —le dijo, invitándole a levantarse del sillón—. Ya hablé con el jefe. Quiere verte, informarse... Está muy propicio a admitirte. ¡Y no te dará menos de mil dólares al mes, para empezar! ¿No es estupendo?

Stanley abrió la boca, asombrado, encantado por la solicitud de aquella estupenda muchacha. Si esto era cierto, podría hablarla como él deseaba.

Sintió deseos de referir a Iona lo que sabía respecto a los «gángsters», pero pensó que la joven sufriría, igual que su madre, una gran inquietud por él, sabiéndole entregado a nuevos peligros. Guardaría silencio también con la joven. Ya se enteraría, si tenía suerte.

Pasaron ambos a un amplio despacho, amueblado y adornado con un lujo extraordinario. Muebles de caoba, brillantes, de forma moderna. Tresillo de piel de cerdo, de un claro color, sobre una alfombra persa auténtica.

Ante una mesa, en pie, un hombre sonriente, con el brazo extendido, en amistoso gesto. Era de mediana estatura, fuerte, con cuello de toro.

Su rostro tenía ese color especial, lechoso, de los hebreos, cuyos rasgos tenía bastante marcados.

Nariz prominente, gruesa al final, ojos negros, astutos, y boca sensual.

—Adelante, señor Armour —estrechó vigorosamente la mano del joven—. Bien; ya me ha hablado Iona de usted largamente —le invitó a sentarse frente a él, al otro lado de la mesa.

—Yo tengo mucho que hacer, señor Sienstahl —dijo la joven, ruborosa, y salió del despacho, dejando a los dos hombres solos.

Se miraron ambos con cortés curiosidad sonriendo.

—Fume, Armour —dijo el hebreo, alargándole una caja de plata, de la que el joven cogió un cigarrillo.

Él tomó otro y lo encendieron.

—Iona desea ver si es posible ocupe usted aquí una plaza —expuso Sienstahl, sonriendo—. Yo no sé oponerme a un ruego de esa muchacha. Creo que usted me valdrá, Armour. Conozco su historia. Necesito un hombre enérgico, de acción, con cierta dosis de valor. Un hombre que, cuando uno o dos hombres le conminen, aunque sea con pistolas, a entrar en un coche, se revuelva como un verdadero hombre y les haga tragarse las pistolas...

El tono de voz de Sienstahl se había vuelto abrupto, agresivo, como entusiasmado por sus palabras viriles. Armour, atónito, le contemplaba con una mezcla de admiración e indignación.

Aquel hombre le estaba llamando cobarde, en toda la extensión de la palabra, y esto era lo que menos esperaba de él. Iba a pretender un puesto de contable, de corredor en plaza o viajante, de jefe de correspondencia, pero no suponía que el judío le solicitase como guardaespaldas o quién sabía qué.

—No comprendo bien, señor Sienstahl —dijo el joven cuando consiguió salir de su asombro, mirándole el hebreo fijamente, como si quisiera analizar el efecto de sus palabras en el rostro de Stanley —, sus condiciones para ser admitido. Iona me habló de ocupar una plaza en sus oficinas... ¿Cree usted que hace falta ser pistolero, boxeador o héroe para eso?

Sienstahl rompió a reír, mostrando una dentadura muy blanca y cuidada.

—Iona no sabe una palabra de lo nuestro, Armour —replicó, en tono extrañamente seguro, firme—. Y creo que será mejor que hablemos claramente. Yo no retrocedo ante nada, ¿me comprende? cuando me propongo lograr un fin. Le conozco a usted muy bien, aunque usted me vea por primera vez ahora. No ponga esa cara de asombro, joven...

La ponía, en efecto, Armour, lleno de sorpresa por las palabras de aquel hombre, que parecía un demente o un excéntrico, Iona nada le había dicho de cómo era el carácter de Sienstahl, a no ser que era amable y culto.

—Le conozco hace tiempo, sí —se echó hacia atrás el judío,

sonriendo fríamente—. Usted me echó a perder hace un año un buen negocio de... exportación de armas para mis hermanos de Palestina. ¿Lo recuerda? Usted estuvo a punto entonces de pescarme con las manos en la masa. Mis muchachos y yo tuvimos que agazaparnos y estar con los brazos cruzados hasta que usted, creyéndonos aniquilados, se ocupó de otro asunto en el

F. B. I.

Armour, muy pálido, se levantó de la silla, apretadas las mandíbulas.

—No sea bobo y siéntese, Armour —dijo Sienstahl—. Vamos a ser amigos. ¡Socios, muchacho, socios! ¿Cree usted que yo debiera tenerle un rencor mortal y haber aprovechado la primera ocasión que se me ofreció para liquidarlo? ¡No, hombre, no! Yo no soy tan idiota como todo eso. Cuando veo que un hombre vale, aunque sea mi enemigo, me hago con él, cueste lo que cueste. Hago... lo que he hecho con usted. No me negará que ha sido un golpe maestro, ¿eh? Usted me zurró una vez, pero lo mío no se ha quedado atrás. Hoy es usted un... pelele sin honra, sin crédito, despreciado por esas gentes que se llaman «de bien». ¡Lo que yo quería, joven!

Se dejó caer sobre la silla de Armour, lívido. Ante él estaba el causante de todo aquello que había enumerado con acento tan despectivo, insultante, pleno de humillación. Y era demasiado fuerte, sorprendente, para poder recobrarse del asombro y de la sensación de rotundo aplastamiento que sentía.

—Ahora, Armour, ha encontrado usted su amo. Y su verdadero camino. Va a trabajar conmigo, codo a codo, y a ser rico, todo cuanto quiera. Un agente especial del

F. B. I.,

dedicado a burlar la ley es algo portentoso, y si a ello se une su inteligencia, su valor, su astucia... Sí, Armour. Juzgando por el daño que usted me hizo, saqué la consecuencia de lo útil que me podría ser estando a mis órdenes. ¿Qué le parece, joven?

—Que... me alegro yo también de saber quién es usted... —murmuró Stanley, con la voz quebrada por la rabia, mirándole con tremenda ferocidad— y que si piensa que me tiene en sus manos, le sacaré muy pronto de su error. Le volveré a zurrar, como hace un año, y además le enviaré a la «silla», ya sabe... Para empezar...

Se levantó de un salto y fue a rodear la mesa, para echársele

encima a su interlocutor. Éste, sin dejar de sonreír, le mostró una pistola, bien empuñada, con la que le apuntó.

—No haga tonterías indignas de un agente del

F. B. I.

—le dijo, glacialmente.

Armour se detuvo. No llevaba encima arma alguna y, por tanto, estaba a merced de su enemigo.

—Siéntese, insensato. Esperaba su reacción. Todos los que comienzan un género de vida distinto al que llevaban, como por ejemplo, de ser decentes a canallas, luchan un poco por cumplir el trámite. Usted será un perfecto canalla, como nos llaman los que se creen decentes. Sabemos que todo hombre tiene un precio, Armour. Eso de la conciencia es palabrería. Ahora, apréndase bien esto de una vez para siempre: de su obediencia me responde la vida de su propia madre, tan buena... Y la de Iona, a quién usted quiere y ella le corresponde. Lo sé muy bien. Una desviación en la línea que le trace, y esas vidas queridas de usted terminan trágica y rápidamente. Otra advertencia: usted habla como una cotorra cuando se le aplica la escopolamina o el pentotal. Pues bien: cuando lo crea oportuno, cuando vea en su rostro las intenciones de traicionarme, se lo inyectaré y sabré si me es adicto o no. No pienso matarle, no. Pero su madre o Iona morirán o sufrirán por usted horrorosamente. Esto es todo, Armour. No puede discutir mis órdenes, sépalo. En el

F. B. I.,

no le harán caso si pretende denunciarme. Yo lo evitaría, además. Un día puede ser asesinado el inspector Pool, y todos los datos que se hallen sobre él le acusarán a usted. Se verá acosado, y mis brazos serán los únicos que le ampararán.

Salió de detrás de la mesa Sienstahl, y Armour, aterrado, oyó aquel extraño paso de cojo que oyera cuando hacía más de un mes estuvo secuestrado por aquel hombre. Le miró a los pies.

Tenía el pie del lado derecho pequeño, pero con aquella forma especial de casco de caballo, de animal de la raza equina. Una bota, con un alza, casi redonda, que al pisar sobre el suelo producía aquel ruido como de golpe seco. No había duda. Sienstahl era aquel hombre de alucinante paso.

Todavía recordaba, cuando estaba en la cama, en aquella casa,

sometido a los efectos del suero de la verdad, el ruido aquel del pie sonando sobre el entarimado, en un incesante ir y venir por el pasillo. Como un martillazo sobre su cerebro... Y aquel hombre era este Sienstahl diabólico, que tenía frente a él, amenazándole con una pistola mientras sonreía con aire de supremo dominio de la situación.

Se sentó de nuevo, como vencido. Armour era hombre de ágil percepción mental y elaboraba sobre la marcha aquello que mejor podía cuadrar a su conveniencia del momento. Se dio perfecta cuenta de que estaba en poder de aquel hombre, quizá más inteligente que él, y que para combatirle había que emplear medios de refinada astucia y paciente espera hasta descargarle el golpe mortal que le habría de dejar eliminado.

Sienstahl le estaba contemplando cual si quisiera leer en sus pensamientos más íntimos. Armour, pasándose una mano por la sudorosa frente, angustiado el gesto, tomó un cigarrillo del estuche y lo encendió nerviosamente, sin mirar al judío. Y siguió un silencio pesado, largo...

Lo rompió Sienstahl, con su voz meliflua, irónica, como de aquel que se sabe triunfador y quiere llevar a su enemigo el absoluto convencimiento de que debe aceptar la paz que le propone, por muy humillante y brutal que sea, o el aniquilamiento total, si se niega a aceptarla.

—¿Qué dice, Armour? Ya ve que me interesa su opinión, cuando, en realidad, usted no tiene opción para elegir. Pero prefiero que lo haga de la mejor voluntad posible. No puede enmendar el pasado, créame. Tendré en cuenta el que me sirva fielmente o que lo haga pensando solamente en la venganza, deseando traicionarme. Ello le costaría muy caro. Hable, joven...

Armour guardó silencio, apoyado de codos sobre la mesa y con ambas manos oprimiendo sus sienes, mientras le miraba desvaídamente.

—¿Podré tener... mucho dinero si me entrego a este género de vida? —preguntó, mientras su mirada cobraba más animación—. Es lo único que podrá hacerme aceptar esta situación. Siempre he sido honrado... ¡Yo quiero dinero, mucho dinero!

—Tendrá mucho dinero, sí —afirmó Sienstahl, sonriendo. Creía haber descubierto ya el punto vulnerable de aquel hombre honrado.

Tenía ambición, y era lógico, siendo un hombre joven, que deseaba casarse con Iona, gastar abundantemente con ella, divertirse, tener coches, viajar, frecuentar los lugares de lujo...—. Tendrá mucho dinero, y le aseguro que ganado sin excesivas dificultades ni peligros, Armour. Usted es listo, posee una formación especial de policía, y empleada ahora en estos negocios, será mi segundo, mi brazo derecho. Mire, muchacho, yo no le tengo rencor. Pude haberle matado, y no quise, ya se lo dije antes. Vi lo que valía y cómo usted podría encumbrarse a mi lado, con sólo olvidar eso de la decencia, la honradez, el bien común. ¿No sabemos cómo muchos de los servidores de la Ley y de la Justicia se mofan de esas cosas y, desde sus altos puestos, sirven a aquellos que dicen somos la hez de la sociedad? Seamos sinceros y vayamos a aquello que más nos interesa en este mundo. El bienestar material, el poder, la influencia, la lucha emocionante por la existencia, viendo cómo los débiles son aplastados y sobre ellos nos elevamos más y más.

Armour se levantó de la silla. Sienstahl también lo hizo. Se dirigió hacia el centro de la estancia. Su pie en forma de casco de caballo sonó sordamente sobre la gruesa alfombra. Cojeaba un poco, inclinando el cuerpo al caminar. Frente a frente, se miraron profundamente. El judío había dejado la pistola sobre la mesa. Ambos volvieron la cabeza para mirarla. Armour sonrió. Era más veloz que Sienstahl y podría cogerla antes que él...

Tendió su mano al judío, que había visto cómo miraba el arma.

—Acepto. No me será fácil olvidar el procedimiento que ha empleado para conducirme a esta situación. Lo ha hecho de la peor manera posible. Si me hubiese hablado antes... quizá nos hubiéramos puesto de acuerdo. Es muy cierto que toda conciencia tiene su precio, y yo siempre he aborrecido la miseria, esta honrada modestia, que no le evita a uno morir de hambre, sin poder pasar de los sueños de felicidad a la realidad. Cuente conmigo, jefe.

Siensthal sonrió mientras zarandeaba la mano del joven.

—Todavía dudo de que sus palabras sean sinceras, aunque usted ahora intenta sumirse en esta nueva vida. Sé lo que ha de luchar un hombre honrado hasta que deja de serlo. Pero el dinero le allanará el camino. Tome...

De un bolsillo sacó un faje de billetes. Armour contó tres mil dólares.

—Y diez mil que le di hace un mes —dijo, riendo, el judío—. Gaste, gaste sin temor... Vista bien a Iona, cuide a su madre. Gaste en vestirse bien usted. Tendrá un coche, que pongo a su disposición.

—¿Sabe Iona la realidad de cómo son sus negocios? —preguntó Armour.

—No. Una mujer como ella no debe saberlo. Es honrada y eso hace que sea incompatible con nuestras actividades. La tengo conmigo, porque es inteligente, fiel y porque, en caso de que las autoridades pretendan alguna vez investigar, ella será mi mejor defensora, hablándoles de mis exportaciones de maquinaria, herramientas, productos químicos y otras cosas legales al extranjero... Yo exporto todo eso, en efecto, pero también envié ametralladoras, fusiles, aviones, bombas de mano, municiones, a varias naciones. Mis exportaciones legales encubren lo otro, y ella no lo sabe. Cuide de no decírselo usted. Ella sabrá que le nombro inspector de ventas, con un buen sueldo y comisión sobre los beneficios. No podrá extrañarle que tenga grandes ingresos, porque mi negocio legal va bien, aunque es el otro el que me da millones rápidamente. Ahora, Armour, voy a llamarla. Deseará saber si nos hemos entendido. Recuerde que siendo mi amigo, todo le irá bien. Pero recuerde que la vida de esa muchacha y la de la señora Armour garantizan su obediencia, su absoluta sumisión a mis deseos.

Fue hasta su mesa, guardó la pistola en un cajón y oprimió el botón de un timbre.

—Siéntese, muchacho. Ponga esa cara alegre... Usted está encantado de conocerme, entusiasmado por mi oferta de ser jefe de ventas. Mil quinientos dólares mensuales... el dos por ciento sobre los beneficios; viajes, coche, dietas. Todo esto se lo dice usted lleno de felicidad. Que viene... Sonría, Armour, sonría...

Iona entró en el despacho. Se detuvo un poco, contemplando con curiosidad el rostro de Armour, que aparecía sonriente, optimista.

—Bueno, Iona, se salió con la suya —dijo Sienstahl, adoptando un tono gruñón, placentero en el fondo—. Armour me ha engañado en toda la línea. Lo sabe todo, todo...: contabilidad, correspondencia, sistemas de ventas, publicidad, dotes de psicología para convencer a clientes duros de roer...

—Ya se lo decía yo, jefe —dijo la joven, sonriendo felizmente. Stan es de lo mejor que pueda usted tener aquí. Entonces, ¿se queda?

—¡Y qué remedio, hija, si el primer engañado soy yo! Será jefe de ventas, para empezar. Yo tengo demasiadas cosas sobre mí, ya lo sabe, Iona, y si es la mitad de útil de lo que asegura, yo descansaré mucho sobre él, y esto tiene su premio. Me indigna que digan por ahí que los hebreos somos tacaños, además de otras cosas. ¿Lo soy yo, Iona?

—Desde luego que no, jefe. No sé lo que le dará a Stan. El vale mucho...

—Dígaselo usted, Armour. Y conste que, por ahora, no me sacan ustedes ni un dólar más.

—Mil quinientos al mes, el dos por ciento sobre los beneficios, dietas, coche, viajes —dijo, sonriendo, Armour—. No está mal, y le agradezco su esplendidez, jefe.

—Está muy bien, señor Sienstahl —murmuró la joven, mirándole agradecidamente—. Stan cumplirá, no lo dude. Es encantador...

—Bien, bien —dijo Sienstahl, como asustado—. Váyanse, hagan el favor. Hagan sus cuentas, y que... eso sea cuanto antes. Ya me entienden, ¿verdad?

Salieron los dos jóvenes riendo. Armour volvió la cabeza para mirar al judío. Éste le hizo un gesto imperioso, duro, amenazador. Le recordaba aquella tremenda amenaza si le hacía traición.

—¿Estás contento, Stan? —le preguntó Iona, mientras bajaban en el ascensor.

—Mucho, querida. Ha sido algo que no esperaba, desde luego —murmuró él con un extraño tono de voz, que ella no notó—. Tengo que agradeceréte a ti...

—Estoy encantada por haberte podido demostrar mi amistad —dijo Iona, sonriéndole dulcemente—. Sienstahl es un buen hombre...

—Mucho, mucho —afirmó Armour con fingido entusiasmo, y apretó las mandíbulas con mal disimulada rabia—. Bien; creo que debo invitarte a comer, para celebrar esto. ¿Dónde quieres que vayamos?

—Pero supongo que hasta que cobres el sábado no tendrás, no

debes hacer gastos extraordinarios, Stan —murmuró ella, confusamente—. Si me permites que yo te lo adelante... —Fue a abrir su bolso, pero él detuvo su gesto.

—Me ha adelantado una suma, Iona. Suponía que yo andaría algo apurado. Es un hombre encantador, sí —volvió a apretar las mandíbulas, y sus puños se crisparon.

Ella le miró con algo de extrañeza al notar su tono irónico.

—Vamos, entonces, a un restaurante donde nos den platos extranjeros. Algo de cocina francesa, ¿quieres? Podemos ir al Crillon, en Park Avenue.

—De acuerdo. Cojamos un «taxi».

Llegaron al restaurante francés, uno de los mejores de tal nacionalidad en Nueva York, tanto por su elegancia como por sus selectos menús y servicios a la carta.

Con champaña —dijo Armour al camarero, que tomaba nota de los platos elegidos—. Tráiganos ahora unos «martinis».

—Siempre he deseado —dijo la joven, mirando discretamente a su alrededor, como con envidia— poder frecuentar estos sitios, Stan. Llevamos latente la vanidad, el deseo de gozar lo más posible los bienes materiales, y esto, aunque parezca deleznable desde un punto de vista elevado, creo que se dice por hipocresía. La pobreza nunca aconseja bien, ¿verdad?

—Es cierto. El más feliz de los hombres que viva modestamente, será mucho más dichoso si se ve un buen día con la cartera bien repleta. Y ninguna persona que haya tenido fortuna y se arruine dejará jamás de echarla de menos. Somos materialistas, pese a todo. Y me parece que los americanos más que nadie.

El camarero les llevó los «martinis» y, poco después, el almuerzo, todo él compuesto de platos de la exquisita cocina francesa.

Armour no escatimó ni los vinos ni, al final, el espumoso y delicioso champaña. Una locuacidad risueña se apoderó de ellos y comenzaron, cogidos de las manos, a hacer proyectos, mirándose amorosamente, basados en la fortuna, que ahora les sonreía plenamente. Notaron, no obstante, que se habían quedado solos en la gran sala. Todos los clientes habían ido desfilando y solamente los camareros, ocupados en dejar vacías las mesas, iban y venían rápidamente.

—Me parece que debemos marcharnos, Iona —dijo al fin Armour, como pesaroso—. Debes volver a la oficina...

—¿Y tú? —inquirió ella con voz pastosa, mientras sus ojos revelaban, casi cerrados los párpados, la somnolencia que la invadía—. ¿Será posible que me abandones, alma mía? ¿Es eso todo lo que me quieres, di? ¿Me vas a dejar con ese tipo asqueroso de judío?

El joven la miró, mientras sonreía maliciosamente.

—¡Iona! ¿Cómo dices que el señor Sienstahl es asqueroso? Es tan bueno como papá Noel. Y me extraña que le insultes...

—Tú déjame, no seas tonto. Yo sé lo que me digo, ¿sabes? —La joven, al ponerse en pie, hubo de buscar el apoyo de Stanley, que la sujetó.

Sonrió ella torpemente, llevándose ambas manos a las sienes. Mientras él pagaba la cuenta volvió a sentarse Iona, riendo quedamente.

—Estoy un poco... achispadita, Stan. Esto no se nota hasta que una se... levanta. Se ven muchos Stan... muchos camareros con la misma cara. ¡No te rías de mí, majadero, o yo también me reiré de ti... por otra cosa!

La cogió de un brazo y salieron del restaurante. Armour no se sentía mareado.

—¿Por qué otra cosa, cariño? —le preguntó, mientras caminaban lentamente, cogidos del brazo Park Avenue abajo, hacia el Central Park—. ¡Si ya sé por qué es!

—¿Por lo del tío ese, judío asqueroso? —preguntó ella, pugnando por mantener los ojos abiertos—. ¿Qué te ha dicho que me dijeras, Stan? Cree él que dos personas que se... aman, como tú y yo, íbamos a dejar de decírnos todo lo que nos interesa, aunque él no quiera. ¡Idiota! ¡Majadero!

Armour sonrió de nuevo, arrugado el ceño.

—Me dijo que no te dijera nada de qué sabes lo del contrabando, Iona —insinuó suavemente él, cogiéndola dulcemente una mano—. ¿Verdad que lo sabías ya? ¡Con lo lista que tú eres!

Rompió ella a reír, hipando. Se detuvo para contemplar con turbia mirada a Armour.

—Todo me da vueltas, hijo. ¡No me llesves a la oficina! ¡Vamos a que se me despeje la cabeza a... Central Park! Allí te contaré unas cosas, que te harán reír sobre... ese majadero de judío. ¡«Taxi»! —

extendió el brazo, llamando a un «taxi» que pasaba lentamente.

Armour repitió la orden y el coche se detuvo ante la acera.

—Al Central Park. Entre por la puerta de la Quinta Avenida. Vaya despacio.

—Que se fastidie, Stan. Estoy harta de sus... ¿no tendrás celitos, cariño? —dijo ella, acercando su cara a la de Armour—. Mira, yo a quién quiero ante todo es a ti. La elección no es dudosa... Pero la vida... Ya me entiendes, ¿eh? Con tu sueldo del

F. B. I.,

yo no hubiera tenido ni para pagar a la peluquera, si nos llegamos a casar. Esto es terrible, pero inevitable.

Sombrío, Armour la escuchaba, con repugnancia. Todo iba saliendo como él se figuraba. La había hecho beber con exceso precisamente para que hablase, hablase...

—Me duermo, almita mía —murmuró ella, apoyando ahora su cabeza en un hombro de él—. No sé qué es lo que te estaba diciendo... ¡Ya! ¿Qué si sé lo del contrabando? ¡Bueno, bueno!... —rió forzosamente, torciendo los labios cómicamente—. Lo del contrabando y también cómo te enredó...

—¿Qué me enredó? —inquirió él, distraídamente—. Querrás decir cómo me hizo saltar del

F. B. I.

¿Y eso lo sabías tú? ¡Qué pareja de granujas! —rió, sarcásticamente, mientras la miraba con infinito rencor.

—Ha sido por tu bien, Stan —murmuró ella, adoptando un aire grave—. Eras muy decente... muy honrado, pero ¿y qué? Sin un centavo en el bolsillo, y queriéndonos como para casarnos. ¡Muy bonito! Tenía razón en eso ese tío judío. En lo de que a él también debía de quererle, ¡narices! Lo finjo, pero solamente a ti te amo, te adoro. Que me compre lo que quiera, que eso no tiene importancia.

VI



N Central Park, sentados sobre el césped a orillas del New Lake, cuyas aguas se veían surcadas por piraguas tripuladas por niños, ella siguió su parloteo de embriagada. Y Armour supo cómo entre Sienstahl y aquella mujer planearon su hundimiento moral para llevarle a las filas del «gansterismo» y de los negocios de contrabando de armas, de piedras preciosas. No vacilaron en hacerle víctima de aquella terrible jugarreta del suero de la verdad, empujándole por derivación al juicio ante el Estado Mayor del

F. B. I.,

y su expulsión por cobarde, desleal y traidor. Ahora, ambos, ella y el judío, le tenían en sus manos, Iona, entregándose a aquel hombre, aunque sin dejar de sentirse encaprichada por Armour. Sienstahl, con tal de contar con la ayuda de Armour, con su valor

desesperado, su juventud y pujanza, consentiría en que Iona y Stanley se amasen, clandestina o descaradamente.

Todo lo veía ahora muy claro el joven, Iona le fue comunicando al judío cómo era Stanley y lo que hacía en el

F. B. I.

Y estuvieron de acuerdo en que sería para ellos de inapreciable valor utilizarle como elemento activo en el contrabando de armas con Palestina, Guatemala, Honduras, los rebeldes del Vient Mihn, de Malaca, pidiendo todos armas y pagando al contado. Y en el contrabando de piedras preciosas, que requería hombres templados, audaces y también astutos, calculadores. Pero consideraron, asimismo, que Armour jamás se prestaría a ser un «gángster», un contrabandista, ni aun ofreciéndole sumas cuantiosas. Era incorruptible. No había sino obligarle, y lo hicieron de la manera más cruel y humillante, para que odiase a aquellos que le expulsaron de su seno injustamente. Buscaron la reacción casi natural. Que se pasara al enemigo, que le tendía la mano, aunque sucia y sangrienta, pero llena de oro, de brillantes. Todo ello misteriosamente, pretendiendo incluso hacerle creer que Iona nada sabía de tales planes y resultados, para que con su influencia de fingida honradez y virtud, él obedeciese, temeroso de que fuera asesinada, como lo sería su propia madre si se rebelase.

La dejó en el portal de su casa, en Greenwich Village. Antes, había telefoneado a Sienstahl que no irían a la oficina porque estaban celebrando lo mejor posible su entrada en el «gang». El judío, riendo sarcásticamente, les había deseado pasasen una buena tarde, aunque no dejó de recomendar a Armour no se fuese de la lengua al hablar a Iona. La joven nada sabía ni debía saber de todo aquello. Las mujeres todo lo charlan...

Se encontró Armour, aplastado por una inmensa angustia, caminando lentamente por Houston Street. Le costaba un enorme trabajo admitir que Iona fuese como ahora veía era. Todo cuanto en él quedaba de hombre de buena fe, de espíritu inclinado hacia la humana comprensión, pensando de todos que eran personas honorables, mientras no demostrasen lo contrario, se venía ruidosamente abajo. Estaba acumulando pruebas terribles, que demostrarían ahora su inocencia: pero con ello dejaría al descubierto una charca de inmundas pasiones y vicios execrables. Y

no sabía qué era peor: sí que le juzgasen desleal, traidor y cobarde o que demostrase que aquella mujer, de quien siempre habló respetuosamente, como prototipo de muchacha leal, honrada, decente, con quién pensaba casarse, era precisamente todo lo contrario.

Pasó ante el «Child» italiano, donde estaba aquella deliciosa Bettina.

Era curioso lo que sucedía con aquellas dos mujeres, hubo de pensar mientras seguía su camino sin rumbo fijo, deseoso de encontrar en el paseo un antídoto a su agitación. Iona, traidora, falsa, corrupta. Fingió quererle para engañarle. Deseaba, ante todo, que él fuese rico, para explotarlo, como explotaba a Sienstahl, aunque a éste, odiándole, repugnándole físicamente. Y aquella Bettina, humilde, sencilla, que luchaba por él sin esperar tal vez otra cosa que una amistad, que le habría de ser muy dolorosa, porque le amaba.

Volvió sobre sus pasos, ya con el pensamiento de entrar en el establecimiento. Su alma dolorida deseaba encontrar un alivio en la contemplación de un ser que le fuese simpático, que le hablase sin falsía y con un tono amistoso, cariñoso y leal.

Abrió la puerta y penetró. Bettina, con su uniforme azul claro, muy bella, casi infantil su rostro, le miró con sorpresa. Después, aquella depresión cambió instantáneamente, trocándose en alarmada, angustiosa.

Armour comprendió el mudo mensaje de los ojos negros, inmensos, muy abiertos, llenos de espanto, de la joven. Le señalaba un peligro inmediato. Una intimación a que se fuese, a que huyese...

Sonrió, alentándola, haciéndola un gesto para que disimulase su inquietud. Ella movió la cabeza, aún más aterrorizada, clavada en medio del pasillo, entre las mesas. Señaló con un ademán un rincón, que no podía ver Armour, y con los dedos de la mano indicó un dos.

Stanley sonrió de nuevo. Un poco pálido, avanzó, metida la mano derecha en el bolsillo del mismo lado de la trinchera. Bettina se cubrió la boca con una mano para no gritar de terror.

Sentados a una mesita, charlando y fumando, estaban los dos «gángsters» que secuestraron a Armour aquella mañana, hacia un poco más de un mes.

—Hola, amigos —dijo el joven risueñamente, a tres pasos de ellos, que volvieron la cabeza con asombro—. Mirad, mirad lo que tengo en este bolsillo... —Solamente tenía el dedo índice rígido, como si fuese el cañón de una automática—. Las manos sobre la mesa, y quietos, o arden vuestras cabezas. Bettina: ¿quiere hacer el favor de telefonear a Centre Street, al

F. B. I.,

y decirles que venga el inspector Pool de mi parte, o si no está, unos agentes especiales?

—¿No eres tú de los nuestros? —preguntó uno de los «gángsters», atónito.

—Eso es. ¿No eres tú uno de los nuestros? —inquirió el otro con rabia—. Eso nos dijo el jefe hace muy poco. ¡Déjate de bromas!

—¡Quietos o disparo! —Gruñó Armour, moviendo el dedo dentro del bolsillo—. ¿Está telefoneando, Bettina?

Oyó el ruido del disco al ser movido. Los dos «gángsters» palidecieron.

Y ambos se levantaron, metiendo sus diestras en el interior de sus trincheras, sobre el pecho, buscando las pistolas. Armour se puso lívido. Estaba desarmado totalmente. Pero tenía sus puños y una inmensa desesperación.

—¡Quietos! —rugió, haciendo ademán de disparar dentro del bolsillo de la trinchera—. ¡Esas manos, abajo!

Se acercó a ellos. Y cuando, temerosos, bajaban las manos, sacó la mano vacía y se lanzó a un ataque terrible, a puñetazos, sobre los no muy convencidos «gángsters» de que él tuviese una pistola. No le quedaba otro recurso que aquél para salvar su vida.

Las cuatro camareras gritaron, horrorizadas. La voz aflautada del padre de Bettina, que acudía presuroso, blandiendo valientemente un largo cuchillo de cortar embutidos, ahogaron momentáneamente el ruido de las sillas al caer al suelo, empujadas por los «gángsters» y Armour en aquella lucha encarnizada.

No podía permitir el joven que sus enemigos llegasen a sacar sus pistolas de las fundas, en la axila izquierda. Ello significaría su muerte y quizá la de algunas de aquellas personas que estaban presenciando su desigual lucha a brazo partido con ellos. Por ello, consciente del gran peligro que estaba corriendo, pero también con una inenarrable alegría por poder ir rehabilitándose ante los ojos

del

F. B. I.,

mediante pruebas aplastantes de su inocencia, arremetía contra aquellos dos terribles hombres de acción con un ímpetu escalofriante.

El padre de Bettina, tembloroso de emoción, iba tras él, haciendo regates, gritando desahogado, intentando entregarle su largo cuchillo para que se defendiese mejor. Y Armour no podía hacerle caso. Si durante un solo segundo abandonase su ofensiva arrolladora, ellos sacarían sus pistolas y todo habría acabado funestamente para él y los demás. Érale preciso golpear sin descanso, enzarzándose a la vez con los dos, impedir que escapasen a su directa acción, confundirse en un solo grupo con ellos, estrechamente, repartiendo feroces puñetazos, empujones, puntapiés, tanto a uno como a otro, como si fuese un demente en pleno ataque furioso.

—¡«Forte» «Forte»! —aullaba el italiano, esgrimiendo su cuchillo y tratando de hacerse un hueco para herir, a su vez, a los «gángsters»—. ¡«Banditos» «Forte, mío caro» «A morte, a morte»!

Armour pegaba ferozmente, acorralando a sus enemigos, que no podían soslayar aquella avalancha de golpes. Estaban en un rincón ya, estorbándose el uno al otro en sus movimientos para esgrimir sus pistolas. Intentaban reaccionar, devolviendo algunos golpes a Armour, pero volvían a ser acorralados por el ímpetu irresistible del joven.

Súbitamente, Stanley se vio cogiendo el cuchillo, que el italiano había conseguido ponerle en la mano derecha.

—¡«A morte, a morte»! —chilló el hombrecillo, esgrimiendo ahora una silla, que más que nada le estorbaba, pues no encontraba resquicio para estrellarla contra alguno de los bandoleros. Éstos, al ver armado con el cuchillo a Armour, se vieron perdidos. Estaban terriblemente impresionados por los gritos agudos de las camareras, que animaban con latino entusiasmo al joven y al padre de Bettina.

Optaron por salir de allí como les fuera posible. Armour no parecía decidirse a apuñalarlos y les intimaba a rendirse, amenazándoles con el largo cuchillo. Procedía con una nobleza que ellos no entendían, que despreciaban.

Y cada uno dio un salto, golpeando ciegamente con pies y

manos, para evadirse en direcciones opuestas, para que Armour no les pudiera seguir a la vez. Sacarían entonces las pistolas y serían los amos del terreno.

Pero Armour les vio las intenciones a tiempo.

Y entonces su coraje se duplicó. Alzó el brazo armado y lo bajó rápidamente sobre el pecho de uno de ellos, que opuso sus codos como única defensa.

Sintió el joven cómo la estrecha y aguda hoja penetraba, con un siseo estremecedor, cortando la carne como si fuese un lienzo al ser rasgado, hundiéndose en el pecho del «gángster», que lanzó un terrible grito de espanto, y cayó al suelo lentamente, mientras su traje se inundaba de sangre.

Un grito unánime de espanto coreó aquella acción de Armour, que, muy pálido, se precipitó contra el forajido que quedaba en pie, esgrimiendo el cuchillo manchado de sangre.

Pero el «gángster» había sacado ya su pistola.

El padre de Bettina, con un coraje inconcebible, vio el gran peligro que iba a correr Armour, y aun él mismo, y se le echó encima, gritando ensordecedoramente, colgándose con todo su peso del brazo armado, con la intención de no dejarle fijar la puntería.

Sonó el disparo, no obstante, y el obeso dueño del Child recibió en el pecho la bala destinada a Armour. Éste ya estaba descargando de nuevo su cuchillo...

Se hundió el acero en la garganta del «gángster» con fuerza enorme... Abrió los ojos con espanto el forajido, soltando la pistola, y un siniestro estertor salió no por su boca, sino por la horrenda herida, de la que el joven había retirado el cuchillo.

—¡Mi pobre padre! —gritó Bettina, tratando de retirar de allí al italiano, que, muy pálido, con los ojos cerrados, jadeaba penosamente.

Armour miró a los dos «gángsters». Estaban muertos. Entonces se volvió hacia el pobre Benedetto, el padre de la joven, que era llevado en volandas por las camareras, siempre gritando histéricamente.

—¡Déjenme que vea lo que tiene! —gritó Armour, atontado por los gritos y gestos teatrales de las muchachas.

Bettina lloraba, besando apasionadamente a su padre.

Le quitó el mandil blanco, el jersey, la camisa, dejando su torso,

grueso, con enormes opulencias velludas, al descubierto. Vio la herida de bala bajo la tetilla derecha, pero de refilón. Le dio un poco la vuelta, buscando si había orificio de salida. Lo había, casi debajo de la axila. No era muy grande la hemorragia.

—Me parece que no es nada grave —dijo a Bettina, sonriéndola animadoramente—. Avise a un médico. Traigan agua fresca, y si tienen algodón, gasa y esparadrapo le taponaré las dos bocas. Ande, Bettina, no llore...

La joven partió rápidamente hacia la trastienda. Las otras tres camareras le llevaron agua y una fuente, mientras charlaban incansablemente, hipando de terror y sollozando al ver a su patrón herido.

El ruido de varios coches que frenaban en la calle les hizo callar, mirando hacia la puerta.

Se abrió ésta. La alta figura del inspector Pool, seguido de cuatro agentes especiales, se recortó durante un momento. Miró con asombro a Armour; a Benedetto, en el suelo, rodeado de las camareras, que gritaban de nuevo dolorosamente, y, finalmente, al rincón donde estaban los dos «gángsters» muertos, con un gran charco de sangre rodeándoles.

—¿Qué ha pasado, Armour? —le preguntó severamente—. Me mandó llamar, pero me parece que he llegado un poco tarde. ¿Ha hecho usted todo esto?

—Siento no haya venido antes, en efecto —contestó fríamente el joven—. Hubiera querido entregarle vivos a estos dos hombres —señaló a los «gángsters»—. Fueron los que me llevaron al coche, secuestrado.

—¿Está seguro? —inquirió el inspector, mirándole fijamente.

—Sí, señor —dijo Bettina, que estaba taponando las heridas a su padre—. Ellos fueron. Yo le dije al señor Armour que venían aquí.

—Y ¿cómo sabe usted que esos dos hombres secuestraron a Armour, muchacha? —preguntó Pool, con cierto asombro.

—Porque vi cómo aquella mañana le secuestraban, señor. Esos hombres venían con frecuencia por aquí. Aquella mañana, yo salí detrás del señor Armour —siguió la joven, ruborizándose— para... verle alejarse.

—¿Son ustedes amigos, entonces? —dijo Pool, mirándola con malicia.

Bettina hizo un gesto de impaciencia.

—El señor Armour es cliente nuestro. Hablé con él; nos fuimos simpáticos. ¿No es esto natural, señor? Cuando regresó de su viaje, le dije que venían algunas tardes aquéllos, esos hombres, que me parecían eran unos «gángsters». El señor Armour me contó su historia, diciéndome que ellos le habían secuestrado aquella mañana, y que tenía deseos de encararse con estos bandidos. Esta tarde vino, y ellos estaban ahí, en esa mesa. Intentó detenerlos, pero estaba desarmado. Mi padre le dio un cuchillo...

El inspector Pool, rascándose la prominente mandíbula, se acercó silenciosamente a los muertos forajidos.

—Venga, Armour —llamó al joven, que se acercó—. ¿Usted no conocía de antes a estos hombres? Quiero decir de antes de que le secuestraran. Admitamos eso; por ahora, de que le secuestraron.

—No los conocía. Ya dije eso antes. Puede usted creerlo o no —repuso agriamente Armour—. Le llamé y, mientras tanto, luché como pude para reducirles. Como se me iban a escapar y me amenazaban con sus pistolas, hube de hacerles frente. Hubiera deseado servírselos vivos...

—También me hubiera gustado a mí eso —refunfuñó el inspector, mientras se pasaba la mano por el mentón preocupadamente—. Hay quienes desean deshacerse de sus antiguos compinches, Armour... Saben demasiado, estorban, y se busca una escena... como ésta, por ejemplo, para eliminarlos, quedando uno bien, muy bien. Un muerto no habla...

Armour apretó los labios y su mirada se endureció.

—Nosotros vimos que no eran amigos, señor —indicó Bettina con evidente enojo—. Ellos le dijeron al señor Armour que él era de los suyos y que no gastase bromas, pero...

—¿Cómo? Repita eso, muchacha —saltó Pool, encarándose con Bettina, que enrojeció, mirando asustadamente a Armour, el cual se había puesto lívido—. ¿Ellos le dijeron a Armour que él era de los suyos? ¿Dijeron eso? ¡Contesta, muchacha! ¿Y que no gastase bromas?

—Todo tiene su explicación, señor Pool —dijo con voz vacilante Armour, mediando—. Cuando me secuestraron me hicieron ofertas para entrar en su banda...

—Deje, deje, Armour —rechazó el inspector en tono despectivo

—. Lo que es indudable es que ellos le consideraban a usted como un... camarada, y se vieron sorprendidos por su actitud agresiva. Le dijeron que no les gastase esas bromas. ¿No es así, muchacha? ¡Usted lo ha dicho y todos lo hemos oído!

Bettina bajó la cabeza. De sus ojos bajaron dos grandes lágrimas de pesadumbre.

—Mientras luchaba con ellos, señor Pool —dijo Armour con voz concentrada, a punto de dar rienda suelta a su coraje—, le dije a Bettina que les llamase. Ella, lo hizo. ¿Cree usted que si hubiera querido matarlos, habría buscado este sitio y ordenado a esta joven que les avisasen urgentemente? Ellos creían que yo podía aceptar la situación que me impusieron, y como estaba por entonces en sus manos y fingí...

—Siempre fingiendo, Armour —murmuró, sonriendo desdeñosamente, el inspector—. Tanto ha fingido, que ya no es posible creerle, aunque diga la verdad, y puede ser que ahora la diga. El hecho es que ha matado usted a dos «gángsters» de cuidado. Los conocía a los dos y hace tiempo deseaba echarles la mano encima. Esto le salva, muchacho. Me figuro que no va a querer decirme si anda detrás de los otros de la banda, o la banda anda detrás de usted...

Armour sonrió levemente, sosteniendo la aguda mirada de Pool.

—Es usted desconcertante, joven —murmuró el inspector, encogiéndose de hombros—. Creo que podría jurar que lleva un propósito siniestro...

—Entonces, ¿usted admite ya que esos hombres eran mis enemigos, y que mi siniestro propósito es exterminar toda la banda? —preguntó Armour, zumbonamente—. ¿Ya no soy un bandolero como ellos, que mata a sus compinches para que no digan cosas que me perjudicarían?

El inspector Pool le miró de reojo, mientras daba la vuelta, como disponiéndose a salir.

—Ordenaré que se lleven esos cadáveres —dijo, secamente—. Y Armour, yo sería el primero en tenderle mi mano si hiciera por... quedar bien con el

F. B. I.

Creo que lleva tal camino, y por eso admito que haya eliminado a esos rufianes. Será verdad lo que ha dicho. Pero no olvide que,

como agente del

F. B. I.,

que fue, tenemos la vista muy larga y el brazo aún más.

Salió el inspector, seguido de los agentes especiales, que miraron curiosamente a su antiguo compañero del

F. B. I.

Había llegado el médico, en tanto, y Benedetto fue llevado a su cama, donde fue curado ya definitivamente. No se había engañado Armour al presumir que la herida del italiano no revestía gravedad, aunque de momento era dolorosa. Bettina, más tranquila, quedó al lado de su padre.

—Voy a telefonar —dijo el joven—. Hoy no he ido a mi casa a almorzar y mi madre tal vez esté intranquila.

Llamó seguidamente, usando el aparato de la cabina del establecimiento. El aparato dio la señal de estar sonando el timbre, pero nadie acudía a la llamada. Armour, con el aparato al oído, esperaba que su madre se pusiese al habla con él.

Pensó que habría salido quizá a la calle, a algún recado. Pero también podría haber ocurrido otra cosa.

Colgó y volvió a marcar otro número. Era el de una vecina, que vivía en el departamento izquierda, frente al suyo, en el mismo piso.

—Perdone, señora Watkins —dijo a la mujer que se puso al aparato—. ¿Sabe si mi madre está en casa? La he llamado y no contesta...

—Está, sí, Stanley —repuso la vecina—. No hace ni cinco minutos que tiene visita. Tres hombres llamaron a mi casa, por haberse confundido de mano. Llamaron en la de usted y Annie les abrió.

—¿Tres hombres? ¿Cómo eran? —inquirió Armour, palideciendo.

—Pues... tres hombres. No sé cómo decirle. Bueno; uno cojeaba, me parece. Sonaba uno de sus pies como si fuese de madera, al andar.

—¡Señora Watkins!... ¡Voy allá ahora mismo! ¡A mi madre le ha pasado algo muy grave! ¡Llame a la estación de Policía de Wall Street y que fueren la puerta!

—Dios mío, Stanley, ¿cómo sabe...?

Colgó el aparato Armour, pálido como un muerto. Bettina le salió al encuentro. Sonriendo dulcemente. Al ver el rostro lleno de angustia del joven, en un movimiento impulsivo de ternura, le echó las manos a los hombros.

—¿Qué le pasa ahora, señor Armour?

—No sé si a mi madre... la habrán asesinado —replicó roncamente él.



Pidan los inigualables cuadernos de
AVENTURAS DEL F. B. I.

A
EDITORIAL ROLLAN
SAN BERNARDO, 68.—MADRID

VII



UNCA un «taxi» recorrió más velozmente las calles de Manhattan, desobedeciendo tan flagrantemente las ordenanzas de circulación, como aquel que llevaba a Armour a su domicilio. Bien es verdad que fue conducido por él, en tanto que el chófer, con cien dólares en billetes, guardados en la cartera, sonreía a su lado como si no le importase nada lo que hacía aquel hombre desesperado que había tomado el volante.

Paró el coche ante el 45 de Fletcher Street. Y Armour vio, un poco más allá, dos coches de la Policía Metropolitana, vacíos. En el portal, un agente, que extendió su largo brazo para impedirle pasar.

—¿Es usted vecino de esta casa? —le preguntó el gigante irlandés, bronceado—. Si no lo es, no moleste.

—¿Han asesinado a la señora Armour? —preguntó Armour en

un hilo de voz, temblándole las piernas de terror.

—Sí... —Se fijó el «jou» en el rostro del joven y arrugó el ceño. ¿Es usted de la familia? Caramba, siento haberle dado así la noticia...

Después extendió los dos brazos, para sujetar el desfallecido cuerpo de Armour, que se desplomaba, cerrados los ojos, respirando dificultosamente.

—¡Caramba...! —rezongó el agente, apretándole contra su enorme pecho, azorado—. Lo siento de veras. Estas cosas no se tragan bien nunca. Solamente le queda a uno el tomarse el desquite lo más cumplidamente que se pueda.

Armour se recuperó prontamente. Con un tremendo esfuerzo de voluntad quedó en pie, firmemente asentado en sus piernas. Y se dirigió a las cabinas de los ascensores. No estaban los «botones», pero lo puso en marcha él.

Otro agente estaba a la puerta del piso. En el pasillo, los especialistas en huellas, inclinados sobre el suelo; los fotógrafos, enfocando ángulos y primeros planos. Un inspector de uniforme de la Metropolitana, más agentes y detectives de paisano hablando casi a gritos.

Se abrió paso, sin contestar a nadie. Dejaron un espacio libre, en el gabinete, del que habían retirado, ensangrentada, la alfombra. Sobre una camilla, el cuerpo de Annie Armour sin vida.

—Es su hijo —murmuró la señora Watkins, dirigiéndose al inspector de la Metropolitana—. Por lo visto sabía que la iban a asesinar. Me dijo que a su madre le había pasado algo muy grave y que les avisase a ustedes. ¡Qué raro! ¡Ah, y me dijo que forzasen ustedes la puerta! Suponía eso, que la iban a asesinar.

Cayó de rodillas Armour ante la camilla. Contempló como idiotizado el cadáver de su madre, sin tocarlo. Vio la herida en el pecho, de cuchillo, en la parte izquierda, sobre el corazón.

—... es un agente expulsado del

F. B. I.

—seguida diciendo quedamente la señora Watkins al inspector—. La pobre mujer trataba de disculparle, pero él es un bala perdida. Por algo le expulsaron, digo yo... Sabía que la iban a matar. Llamó a mí «telé» precisamente cuando estaban ellos. O se acababan de marchar, que yo no les oí... Desde luego, yo no oí nada, nada. Si él

no llama, ¡Dios sabe las horas que estaría aquí la pobrecita, asesinada, sola...!

Armour se volvió un poco cuando sintió la pesada mano del inspector sobre su hombro derecho.

—¿Querría hacer el favor, Armour? —le dijo suavemente—. Comprendo... pero quisiera hacerle unas preguntas.

—Llamen al inspector Pool, hagan el favor —dijo el joven, mirando extraviadamente a su alrededor—. Es del

F. B. I.

A un gesto del inspector de la M. P., un agente fue al aparato a cumplir el encargo de Armour. Y, cogido de un brazo, delicadamente, fue llevado a su alcoba.

—Siéntese, Armour.

Ambos lo hicieron sobre la cama. El inspector miraba fijamente al joven, casi con admiración, al no verle llorar ni adoptar gestos ni aptitudes desesperadas. Hubo de pensar que los agentes del

F. B. I.,

no eran como el resto de los mortales, a juzgar por su terrible serenidad y entereza.

—¿Quiere tomar algo? ¿Tiene usted algún licor? ¿Un cigarrillo?

Armour, seguido por el inspector y otro agente, fue al comedor, y de un pequeño mueble-bar sacó una botella de «*whisky*» y copas. Se sentó pesadamente ante la mesa, bebiendo con ansiedad.

—¿Tenía usted algún indicio de que su madre pudiera correr un peligro grave, como éste? —preguntó el inspector, alargándole un cigarrillo; el agente de paisano sacó una agenda y un lapicero, y se dispuso a tomar nota—. Crea que si usted nos informa lo mejor que sepa, podremos quizá atrapar a los asesinos. Bueno, si usted ha pertenecido al

F. B. I.,

ya sabe lo importante que es poder operar cuando se recibe una información adecuada.

Armour contempló dubitativamente a su interlocutor. Parecía estar totalmente ausente de la realidad del terrible momento aquél. Era el típico embotamiento mental consiguiente a una desgracia irreparable, que el dolor, cada vez más agudo, iría desplazando rápidamente.

El inspector, hombre de unos sesenta años, de rostro afable,

comprensivo, miró al agente y se encogió de hombros resignadamente.

El grupo de agentes de paisano y de uniforme dejó paso al inspector del

F. B. I.

Pool, que llegaba agitadamente. Lanzó una mirada de águila sobre el cadáver de la señora Armour, de quien había sido amigo, y se acercó al joven, sentándose a su lado. Cogió una copa, la llenó de «*whisky*» y la vació de un rápido trago.

—Bueno, Armour —dijo, con voz contristada, poniendo una mano sobre uno de los brazos del joven, encima de la mesa—, esto ha sido una venganza de los dos que despachó usted hace un rato, ¿eh?

—El caso es que este muchacho debía tener como la presunción de que iban a asesinar a su madre. ¿No es así, Armour? —dijo el inspector de la M. P., con voz firme, haciendo un gesto de inteligencia a Pool.

—Sí; este muchacho nos está queriendo ocultar algo grave, y quizá si hubiera sido más explícito con nosotros, se habría evitado este golpe terrible —murmuró Pool, severamente—. Vamos, hijo, ya que la cosa no tenga remedio, al menos, que podamos hacer pagar caro esto a esos rufianes. ¿Quiénes son esos asesinos?

—No lo sé —murmuró, débilmente, Armour, encogiéndose de hombros, baja la cabeza, mientras movía maquinalmente una copa vacía.

—No lo sabe... —farfulló el inspector Pool, en tono despectivo—. ¡Es usted incomprensible, muchacho! Han matado a su madre y se queda así, como resignado... o lleno de miedo, por si le toca ahora la vez.

—Usted sabía que su madre corría un peligro mortal —gruñó el inspector de la M. P., dando un puñetazo sobre la mesa—. ¡Preguntó por teléfono a la vecina, y la dijo que su madre corría un grave peligro! ¡Que nos avisase y forzásemos la puerta! ¡Luego usted sabía lo que iba a pasar! ¡Lo sabía usted!

Los agentes rodeaban la mesa, curiosos, clavando sus miradas hostiles sobre Armour, que seguía moviendo la copa maquinalmente, fija su mirada en lo que hacía. Uno de los agentes alargó el brazo y se la arrebató con un gesto brusco, casi brutal.

—No sea absurdo, Armour —dijo Pool, con acento de impaciencia—, y explíquenos todo eso. Si usted no puede, o lo teme, deshacerse de esos canallas, pónganos en antecedentes para hacerlo nosotros.

—La cosa no es por ahí —dijo el inspector de la M. P., perdida su paciencia—. Lo que le ocurre es que le están extorsionando. Que ha cometido algo muy fuerte contra nosotros, contra la ley, y no puede hablar. Una cobardía, cuando no una complicidad infame, aunque le hayan matado la pobre madre. ¡Un renegado del

F. B. I.,

no puede hacer más que eso! ¡Tiene la culpa de ese crimen! ¡Pool, llevémosle a Centre Street y le daremos masaje a la lengua!

El Inspector Pool les ordenó callar con un gesto adusto. Los agentes se separaron de la mesa, ante la mirada del hombre del F. B. I.

—Ya ve Stanley —dijo suavemente al joven, que parecía no haber oído aquella rociada de acusaciones terribles de que le hizo objeto el inspector de la M. P.—, que la cosa se le pone muy fea. Si no quiere que creamos que está metido en un lío, del que no se puede salir, con esos tipos, o no quiere salir, díganos quiénes son para meterlos mano nosotros. ¡No tiene derecho a querer dejar esto impune!

Armour levantó la cabeza. Miró fijamente a Pool, como compadeciéndole, y, al fin, murmuró, con voz ronca:

—Yo no pertenezco al

F. B. I.

Hagan ustedes lo que les parezca. Yo haré lo mismo. No sé quiénes han matado a mi madre. Y le pido, señor Pool, que me dejen tranquilo, que trabajen como sepan y puedan, sin ocuparse de mí. ¿Usted cree que he sido yo culpable, directa o indirectamente, del asesinato de mi madre?

—Tanto como eso, no. Sus padres eran mis amigos, y usted también... hasta hace poco. Pero temo que usted está encubriendo, por lo que sea, a esos rufianes del demonio, y eso es lo que no puede ser.

—Quiero demostrarle que eso no es cierto, señor Pool —dijo Armour, con acento seco, trémulo de rabia—. Déjeme que lo pueda hacer. ¡Déjenme en paz! No soy del

F. B. I.,
y no tengo por qué obedecerles...

Estuvieron con él hasta que la ambulancia fue a recoger el cadáver de Annie Armour. Stanley se levantó de la silla y volvió a arrodillarse junto a ella, contemplándola largamente. Después la besó en la frente y se levantó, viendo partir a los hombres que se la llevaban. Estaba impasible, con una serenidad espantosa, apretadas las mandíbulas, como tallado en piedra su rostro.

El inspector Pool se acercó a él y le puso una de sus grandes manos sobre un hombro. Le contempló fijamente, conmovido:

—Sí necesita algo de mí, Armour, dígalo. A cualquier hora del día o de la noche. Yo voy a ayudarle cuanto pueda para exterminar a esos rufianes.

—Gracias, señor Pool —murmuró Armour, concisamente.

—Creo que todos hemos procedido ligeramente con usted. Me doy cuenta ahora, aunque creo que no es tarde para rectificar. Estoy a su lado, y hasta encuentro razonable que desee hacer usted sólo esta tarea. Pero si necesita ayuda, pídala antes de fracasar o dejar las cosas sin terminar... porque ello le cueste la vida.

—Gracias, señor Pool —volvió a repetir Armour, secamente.

El inspector se encogió de hombros, como desalentado. Se volvió hacia uno de los agentes especiales, que estaba cerca de ellos.

—Pender, deme su pistola y las municiones que lleva encima.

El agente especial obedeció. Pool lo dejó encima de la mesa y se lo señaló a Armour:

—Está desarmado, ¿verdad? Si se ve obligado a usarla en legítima defensa, hágalo como si fuese un agente especial, como antes. No seré yo el que le pida cuentas por ello.

Salieron todos lentamente. Y Armour se quedó solo, en pie, la cabeza inclinada sobre el pecho, como convertido en una estatua.

Salió de aquella agobiadora situación de inmenso dolor y cogió la «German Lugger», contemplándola durante unos segundos. La acarició suavemente, como si fuese un ser querido o un objeto digno de su veneración, y finalmente, la guardó en el bolsillo trasero del pantalón, no sin cerciorarse de que estaba cargada y con una bala en la recámara. Fue después al «hall», cogió el sombrero y la trinchera y salió de allí lentamente.

Ya en la calle, tomó un «taxi» y dio la dirección al chófer:

Vandam Street, 76, en Greenwich Village.

Comenzaba a anochecer y Manhattan se iba cubriendo de luces de todos los colores del iris. Las grandes arterias refulgían, como incendiados los gigantescos edificios por los anuncios luminosos: «Galety, Norma Belle, el ídolo de Broadway». «Siempre Gillete». «Truman, aunque no fuma, dice que el aroma de los cigarrillos Henley es delicioso». «Ríase en el Christofer con Nambo».

En Greenwich Village reinaba como una dulce paz, comparado con las turbulentas Quinta Avenida y Broadway. El «taxi» podía ahora correr más por aquellas calles anchas, con edificios sin anuncios de neón, de bellas arquitecturas italianas, francesas, españolas, griegas.

Se detuvo el coche ante el número 76. Armour se bajó del coche y quedó como sorprendido al ver salir de su casa a Iona, que portaba una ligera maleta y llevaba un elegante traje de viaje.

Sufrió un sorprendente estremecimiento la joven al ver a Armour, palideciendo densamente, inmóvil, confusa.

—¿Te marchabas, Iona? —preguntó Armour, mirándola de pies a cabeza, fríamente—. ¿De viaje?

Ella abrió la boca, para contestar, sin que de sus labios saliese otra cosa que un murmullo apagado ininteligible.

—Entra —dijo Armour, señalándola el «taxi». Abrió la portezuela y la señaló el interior con un gesto imperioso—. Te llevo hasta la estación...

—Gra... cias —murmuró ella, palidísima, sin moverse—. Iba a... a tu casa, a decirte que me ausento durante dos o tres días.

—Sube —repitió Armour, con voz glacial.

Ella cogió de un brazo, que temblaba, y la empujó hasta el interior del coche.

—A Delancey Street, al noventa y dos, en el Bowery —dijo al chofer.

—¿A la oficina de Sienstahl? —exclamó ella, con voz trémula. ¿Para... qué, Stan? Yo no iba allí... ¡Déjame, Stan! ¡Estás loco, o no sé qué te pasa!— hizo ademán de abrir la portezuela del coche, pero él la dio un terrible empujón hacia atrás.

—¡Calla, Iona! ¡Te meto una bala en la cabeza si intentas gritar o salir de aquí! —Sacó la pistola y la esgrimió, apuntándola al pecho.

—¡Stan! ¡Tú no sabes, querido! ¡Yo no he sido! ¿Cómo crees que yo, con lo que quería a tu madre, podría haber mediado en eso? ¡Ha, sido él, que es un monstruo, Stan! ¡Créeme, Stan!

Armour, impasible, apuntándola con la pistola, no despegó los labios. La volvió a rechazar brutalmente cuando ella quiso echarle los brazos al cuello, sollozando de terror espantoso.

—¡Calla, te digo! —rugió, al verla más enloquecida, conforme el «taxi» se acercaba al Bowery.

Ella se tapó la boca con ambas manos, mirándole como si fuese un demente homicida.

El coche se detuvo al fin ante el 92 de Delancey Street.

—¡Te mato si haces un gesto, si gritas o intentas huir! —murmuró a su oído, con voz reconcentrada, Armour, metiendo la pistola en el bolsillo de la trinchera—. Sal y ve delante...

Iona, como una autómatas, saltó a la acera. Se le doblaron las piernas y él la sujetó con mano férrea, empujándola suave, pero firmemente. Tomaron el ascensor y ante la puerta del piso, dijo Armour:

—Saca la llave que tienes y abre. ¿Está ahí Sienstahl?

—No. No sé dónde estará...

—Ya lo dirás —contestó él, sonriendo extrañamente—. Pasa... y ten en cuenta que tú caerás la primera si intentas algo contra mí. ¡Pasa!

Abrió ella con una llave, que sacó del bolso. Empujó la puerta y Armour colocó la boca del cañón de la «Lugger» contra su espalda. Avanzaron así por el «*hall*», mirando rápidamente a su alrededor el joven.

La obligó a recorrer todos los despachos, vacíos ya. Finalmente entraron en el de Sienstahl.

—Abre esos armarios. Tú sabrás dónde guarda los documentos referentes al contrabando de armas y piedras preciosas. ¡Aprisa! —dijo Armour, con su voz glacial, sin expresión, llena su mirada de deseos de matar.

Ella, temblando su mentón a impulsos del pánico insuperable, fue a un lado del despacho, separando un poco la gruesa alfombra. Quedó el «*parquet*» encerado. Con ambas manos hizo una leve presión y la madera se levantó silenciosamente en una extensión de dos pies cuadrados, dejando al descubierto como un recipiente de

aluminio con su tapa redonda. Lo hizo girar a rosca y sacó varias carpetas abultadas, cajas de varios tamaños, todos reducidos.

—Deja eso ahí. Ve al sofá y échate en él boca abajo, con los brazos a la espalda. Si te mueves te mato de una paliza...

Ella obedeció sumisamente. Veía en los ojos de él, como ribeteados de sangre, una feroz expresión, un deseo apenas reprimido de destruirla a golpes, de estrangularla. No sabía ya intentar someterlo por la persuasión, la dulzura, ni menos por la fuerza.

Armour cogió las carpetas y las cajas y las llevó a la mesa de despacho de Sienstahl. Examinó ligeramente los documentos falsos de embarque de maquinaria. Las anotaciones de Sienstahl sobre pedidos de armas; las relaciones de intermediarios en diferentes países; las de agentes en Estados Unidos y el negocio de piedras preciosas.

No cesaba de observar, en tanto, a la inmóvil Iona, que gemía de terror, aunque no osaba moverse de la postura que le indicara el joven. Finalmente, abrió algunas de las cajas de cartón y otra metálica, niquelada.

Eran de pentotal, del siniestro «suero de la verdad». Y la caja metálica, con dos jeringuillas y agujas para inyectarlas. Había seis ampollas en cada caja.

Sonrió diabólicamente Armour, contemplándola largamente, Iona lanzó un grito de espanto cuando vio después que él estaba preparando una inyección del suero, introduciéndolo en la jeringuilla.

Se levantó él, llevando en la mano izquierda la jeringuilla y en la diestra la pistola. Avanzó hacia ella, que se cubrió el rostro con las manos, muda de horror.

—Extiende el brazo, Iona —la dijo quedamente, mirándola con infinita dureza—. Póntela tú misma. Si fallas te dejo sin sentido de un puñetazo y te la pongo yo...

—Te diré todo lo que sepa, Stan —suplicó ella, lívida de terror. No hace falta... Pregúntame y yo...

—¡Póntela! —Gruñó Armour, cogiendo la pistola por la culata y amenazándola a la cabeza—. ¡Vamos...!

Ella se clavó la aguja, bajo la inquisitiva mirada de Armour. Hizo penetrar todo el líquido y cayó desmayada, vencida por la

emoción.

Armour se sentó en un sillón, a su lado, con la pistola en la mano, espiándola el rostro y atento el oído, por si entraba alguien en la oficina.

Iona seguía desmayada. Él la golpeó las mejillas, totalmente desprovisto de compasión hacia aquella mujer, a la que había querido sinceramente.

Pasó como media hora. Ahora, Iona estaba atada con los cordones de seda de los cortinajes del despacho. El paseaba nerviosamente, fumando incansablemente, esperando la extraña reacción, ya experimentada por él, del suero.

—Iona, vas a decirme todo cuanto sepas. No intentes luchar contra esa maldita droga, porque no podrás hacerlo. No creo que haya poder humano que resista a decir la verdad. Yo no pude evitarlo —dijo Armour, después de pasado otro rato, encarándose con la bella joven, que seguía aterrorizada.

—Yo te lo hubiera dicho todo sin necesidad de recurrir a esto —murmuró Iona débilmente—. Me has de perdonar, Stan. Sienstahl me tenía...

—Estás mintiendo. No te das cuenta de que no puedes hacerlo —interrumpió él coléricamente—. ¡Te mato, te mato, Iona, si ese suero fracasa contigo! ¡Cállate!

Dejó pasar otro buen rato, sin dejar de recorrer agudamente el rectángulo alfombrado, Iona parecía un poco adormecida. La tomó el pulso.

—¿Dónde está ahora Sienstahl, Iona? —preguntó de nuevo Armour, sentándose al lado del sofá—. ¡Contesta pronto, pronto!

—¡Vete, vete, idiota, que ya te ajustarán las cuentas! —exclamó ella, sonriendo con inaudita crueldad—. ¡Eres un pobrecito «pipiolo», que ni siquiera has sabido aprovechar una ocasión de hacerte rico, de tener contigo a una mujer como yo! Creías que las amenazas de Siensthal eran solamente palabras para atemorizarte, ¿eh? ¡Mira dónde está tu madre! Se lo dije yo a Benjamín: «Esa vieja, llena de estúpida moralidad, será un obstáculo para que entre el bobo de su hijo en nuestra vida de negocios. Debes enviarla al lado de su maridito, Ben». Y Ben me hizo caso...

Armour se dobló, como aquejado de un irresistible dolor de estómago, Iona se estaba acusando como instigadora del asesinato

de aquella anciana, que tuvo hacia la joven una profunda estimación.

—¿Dónde está ahora Siensthal? —volvió a preguntarla—. Responde únicamente a mis preguntas, Iona.

Ella apretó las mandíbulas, los labios furiosamente, luchando contra la droga. Lanzó a Armour una terrible mirada de odio y murmuró algunas palabras apenas audibles.

—Más fuerte, Iona. No intentes luchar. No podrás hacerlo. Yo tampoco pude y con ello ocasioné la muerte de seis camaradas míos. ¡Habla, di la verdad, Iona! ¿Dónde está Sienstahl?

—Dónde está... —dijo ella, sonriendo cruelmente—. Vete, vete, que allí te espera tu merecido. ¡Traidor! Sí, te lo voy a decir. Ben me dijo que allí me esperaba para embarcar, en Terminal Street, en el ciento ochenta y uno. Y que si me era posible, que te llevase conmigo. Si aún no te hubieras dado cuenta de que tu madre había ido con tu papáito o...

Armour apuntó la dirección en un sobre viejo que sacó de un bolsillo.

—¡Cómo me gustaría verte con lo «heroicos» que sois los del F. B. I., frente a frente de Siensthal y sus quince hombres! ¡Llévame contigo, Stan, aunque no sea más que para reírme un rato!

Armour fue al teléfono rápidamente. Marcó en el disco.

—Haga el favor de decir al inspector Pool que quiero hablarle —dijo al agente que se puso al aparato—. Soy Armour.

Unos segundos después, la voz sonora, un poco fatigosa del inspector, dijo, con vehemencia:

—Hola, Armour. ¿Qué hay, hijo?

—Estoy en el noventa y dos de Delancey Street, señor Pool. Oficinas de Benjamín Siensthal, un maldito judío, causante de todo...

—Voy a tomar nota. Delancey Street, noventa y dos. ¿Bowery? Sí, en el «quarter» hebreo, lo recuerdo. ¿Es el «boss», Armour?

—Sí. Bueno; aquí le dejo a su secretaria, una tal Iona Mackey...

—Pero ¿no era su... novia, muchacho?

—Lo era. Está aquí, atada y bajo los efectos del suero de la verdad. Venga enseguida y podrá interrogarla. «Canta» como un ruiseñor, jefe.

—Pero ¡nosotros no podemos emplear ese método, Armour! —
exclamó, con asombro, Pool.

—Lo he empleado yo, que no soy del

F. B. I.

Ellos me lo aplicaron y me hundieron. Ahora les imito y les voy a hacer trizas. ¡Venga pronto! Oiga, dejo la llave del piso debajo de la ranura de la puerta. Yo voy a buscar a Sienstahl. Adiós, Pool...

VIII



ARMOUR, cuando colgó el aparato, cogió otra ampolla de pentotal y preparó a toda prisa una nueva inyección, Iona, como adormecida, dio un grito cuando sintió el pinchazo en su brazo.

—Para que sigas hablando, maldita... —rugió Armour, conteniendo los deseos que sentía de destrozarla a golpes. Ahora se lo contarás todo al

F. B. I.,

y después te sentarás en la «silla» más curiosa que hayas visto en tu vida, quemándote tu lindo cuerpecito.

Buscó en los cajones de la mesa de Siensthal por si hubiera armas, más armas y municiones para aquella lucha que iba a trabar con aquellos hombres.

En uno de ellos, detrás de varias carpetas, halló lo que deseaba.

Una «*Parabellum*», con diez o doce largos cargadores y cajas de municiones. Se guardó entre el cinturón y la americana la pistola ametralladora y repartió en sus bolsillos los cargadores y cajas de balas. Ahora no temía el que la Policía le detuviera si le sorprendía con armas encima. Pool le protegía.

Bajó las escaleras rápidamente. Deseaba no encontrar en su camino al inspector y sus antiguos camaradas. No quería su ayuda. Un extraño rencor, mezclado con cierta ternura, le atenazaba el corazón cuando pensaba en el

F. B. I.

Ellos le habían echado, llamándole traidor, cobarde, desleal...

Tomó un «taxi» apenas inició la detención del coche el chófer.

—Terminal Street, ciento ochenta y uno. Gashouse. ¿Sabe dónde está? —le dijo al conductor.

—Buen sitio para mostrar a un turista nuestros más selectos «slums» —replicó, sonriendo, el hombre—. Ni aun de día me gusta ir.

—Pues ahora lo ha de hacer a toda marcha, amigo. Doble tarifa.

—Gracias. Esperaré después a que vuelva usted en una espuerta, hecho picadillo.

El «taxi» bajó hasta Houston Street East y tomó rectamente el litoral del East River, por South Street, hacia el Norte, y East Street.

Al llegar al 176 de Terminal Street, Armour ordenó al taxista se detuviese, bajando del vehículo.

—¿Le espero? Oiga: si es forastero y no conoce esto, déjeme decirle seriamente que aquí ha de mirar mucho dónde se mete. La peor calaña de toda Nueva York se esconde en este distrito. Ahora, de noche, mucho peor.

Armour caminaba ya apresuradamente, mirando aquellos edificios ruines, con las fachadas ennegrecidas por el hollín de las grandes fábricas de los alrededores y de los barcos de carga de los muelles. Multitud de siniestras callejuelas nacían allí y se perdían de vista, apenas alumbradas por débiles reverberos. Los «bloques» de edificios, casi uniformes, como cuarteles, al otro lado de la calle, con ventanas que tenían ropas a secar, bajando por las fachadas las escaleras de incendios, por las que subían y trepaban, como monos harapientos, muchachos, gritando y blasfemando. En las esquinas, grupos de hombres charlando, como tramando siniestros «golpes»

contra vidas y haciendas. Extraños tipos, de achulados portes, con el cigarrillo colgando del labio inferior, y la gorra ladeada, metidas las manos en los bolsillos del pantalón; de mirada insolente, desafiadora...

Quedó como clavado contemplando el 181, frente casi a los grandes «piers» o muelles de las compañías de navegación. Era una casa de solamente dos plantas, con un estrecho portal y al lado una taberna. No sabía, en qué parte del edificio podría estar el judío Sienstahl, y esto era indispensable para él. Iona le había dicho que el «boss» tenía quince hombres, que le estarían aguardando. ¿Qué podía hacer él contra quince «gángsters» avezados a la lucha y, al parecer, en espera ya de que la Policía les buscara?

Pero tenía que darse prisa en actuar. El inspector Pool estaría ya interrogando a Iona y seguramente sabría dónde se escondía Sienstahl, declarado por la joven. Era de esperar, por tanto, que hubiese cursado ya las órdenes a sus especiales y la Policía Metropolitana para dar de aquellas terribles batidas y aniquilar a aquel «gang». Le iban a tomar la delantera y esto no lo quería él.

Con paso rápido, subiéndose el cuello de la trinchera, cruzó la calle y, oprimiendo nerviosamente la culata de la pistola ametralladora «*Parabellum*», entró en la taberna.

Penumbra, humo de tabaco flotando en la viciada atmósfera. Era un local espacioso, teniendo al fondo el mostrador. A ambos lados de un estrecho pasillo, a todo lo largo del salón, desde la entrada, filas de mesas y sillas, casi todas ocupadas por bebedores y jugadores, que hablaban a gritos, cantaban y vociferaban. Había, junto al mostrador, varias máquinas tragaperras, ante las que algunos hombres probaban su suerte.

Armour se sentó casi junto al mostrador. Desde allí podía examinar los rostros de aquellos hombres y algunas mujeres de pésima catadura.

—Ginebra —pidió al camarero que se le acercó.

No vio a Sienstahl. Era de presumir. Y como no conocía a ninguno de los «gángsters», excepto a aquellos dos a quienes había matado, no podía saber si los secuaces del judío estaban allí o no.

Sí vio un rostro, que le llamó la atención. Quiso recordar, haciendo un poderoso esfuerzo mental, de qué conocía a aquel hombre. Antes de ahora lo había visto. Era buen fisonomista y su

memoria no solía fallar.

Lo recordó, estremeciéndose de alegría. Aquel hombre era el que conducía el coche en el que fue secuestrado aquella mañana. Estaba seguro de ello. Era chato, con los ojos saltones y largas patillas. Como un prototipo de maleante, asesino.

Lo difícil era abordarle y tratar de sacarle dónde estaba Sienstahl. Si sus acólitos sabían ya que el «boss» y tres de sus hombres habían asesinado a su madre, y quizá uno de los asesinos fuese aquel mismo hombre, era como entregarse a ellos para ser asesinado también. Posiblemente los quince hombres del judío estuviesen allí, en aquel local, con el chófer a quién había reconocido.

Tenía que darse prisa. Los agentes del F. B. I.,

podían de un momento a otro irrumpir, con los de la Metropolitana en avalancha y adelantársele.

Irresoluto, miró a su alrededor. Había como cuarenta hombres, aproximadamente de la misma catadura. No podía dudar de que serían otros tantos enemigos suyos si promovía algo que significase fuerza o agresión. Imposible tratar de detener al chato chófer sin trabar lucha con los demás.

No había observado hasta ahora que a un lado del mostrador, en un rincón, había una escalera de caracol que daba al piso de arriba. Quizá a otro salón donde se jugase o hubiese reservados. Pero si la casa no tenía más que la planta baja y el piso aquel al que se subía por la escalera de caracol, Sienstahl se encontraría arriba.

Dejó unas monedas sobre la mesa, haciendo un gesto al camarero, y sin vacilación, se dirigió a la escalerilla de hierro en espiral. Uno de los dependientes del mostrador le vio subir y no le dijo nada.

Se encontró ante una puerta, de vaivén, con dos cristales en óvalo. Empujó una de las hojas.

—¿Qué quieres? —le dijo un hombre, saliendo a detenerle de detrás de una mesita donde había un periódico y una silla.

—Ver al jefe. Me espera.

—¿Sí? No te conozco. ¿Quién eres? —preguntó el otro, alto, corpulento, con la mano derecha metida, entre la camisa y la americana, a la altura del pecho.

—¿Está acaso? Iona me dijo que viniese aquí.

—Te pregunto quién eres. No sé si está o no —refunfuñó el guardián, mirándole desconfiadamente—. ¿Por qué no ha venido ella?

Armour oyó claramente, a través de una puerta, al otro lado de aquel local, la mitad más pequeño que el de la taberna, el choque de un pie sobre el pavimento de madera. Como si un cojo con una pata de palo o con el pie rígido, caminase lentamente.

—Está —dijo Armour, haciendo un gesto con la mano el «gángster» para que escuchase el extraño caminar de Sienstahl—. Anda, dile que Armour quiere verle enseguida.

El «gángster» le miró con infinito asombro, que no pudo disimular. Tal que si fuese un aparecido, un muerto resucitado. Entonces, el joven, sin esperar a que el guardaespaldas fuese a llevar el recado, avanzó rápidamente, abrió la puerta y penetró en una pequeña estancia, mal amueblada. Una cama, una mesa pequeña, varias sillas y un armario de comedor. Sienstahl iba y venía, cojeando, de la puerta a la ventana, produciendo con el pie en forma de casco de caballo aquel ruido alucinante.

—Jefe: éste quiere verle —dijo el «gángster», que no pudo impedir el que Armour entrase.

Se volvió sorprendidamente Sienstahl. Su rostro de cetrino color, lechoso, del que colgaba la judaica nariz, se volvió ceniciento, y sus negros ojos saltones se abrieron desmesuradamente, reflejando el terror.

—¡Jefe, hay que largarse de aquí ahora mismo! —exclamó Armour, con precipitación—. He visto a Iona. Por lo visto, conoce a un agente de la Metropolitana y le dijo que le habían seguido a usted hasta aquí. Que lo había hecho él, ese mismo agente, aunque no había dado cuenta aún a sus jefes. Ella está procurando entretenerle...

—¿Has estado en tu casa? —dijo con voz temblona Sienstahl, mirándole con terrible fijeza.

Armour movió negativamente la cabeza. Se sentía muy enfermo a causa de los esfuerzos que hacía para disimular, para no acribillar a balazos a aquel hombre, que había asesinado a su madre pocas horas antes. Pero el

F. B. I.,

y la M. P., estarían al llegar y quería ser él solo, solo, quien ajustase las cuentas a Sienstahl.

—No. ¡Vámonos ahora mismo, jefe! Donde usted quiera...

Siensthal se pasó una temblona mano por la sudorosa y helada frente. Le parecía inconcebible que Armour aún no supiese que su madre había muerto asesinada por él... Y no lo debía de saber, porque, de saberlo, su actitud no sería la que ahora observaba.

—¿Cómo no ha venido Iona contigo? ¿Dónde la has visto? —inquirió el judío, un poco más tranquilo.

—Me había citado en el Child, de Houston Street, Oeste, en Greenwich Village...

—Allí van dos de mis hombres. ¿Los has visto? —interrumpió Sienstahl, con extrañeza.

—Pero ¡vámonos, jefe! —exclamó Armour, fingiendo sobresalto—. Si Iona no consiguió disuadir a aquel agente, se nos vendrán encima.

Como confirmación a sus palabras, un hombre se precipitó en la estancia, jadeando.

—¡Están en la calle varios autocares de la Metropolitana, Jefe! —gritó—. No sabemos si vendrán aquí, pero conviene que se marche.

—¡No pudo Iona engatusarle a aquel imbécil agente! —exclamó, rabiosamente, Sienstahl—. Vamos, Armour, venga. Afortunadamente soy listo...

Salieron de la alcoba. El judío caminaba rápidamente, haciendo sonar su bota con alza sordamente, como un martillo sobre el piso de madera.

—¡Que vengan Oakey, Walton, Stark, tú, Bruce! —gritó el judío, mientras avanzaba con rara celeridad—. ¡Que se marchen los demás!

Bruce partió a la carrera para cumplimentar la orden del «boss».

Armour ahogó una exclamación de rabia. Cinco hombres, contando con el judío, eran todavía muchos para enfrentarse a ellos estando él solo.

Salieron al descansillo de la escalera de la casa.

Siensthal la bajó cojeando, pero rapidísimamente, llevando ya en la diestra una pistola automática. Abajo, en la calle, se oían voces autoritarias, y de la taberna subía un confuso ruido de pasos

precipitados. Bruce le seguía, pistola en mano, empujándole para que corriese más.

Al final de la escalera, Siensthal dio la vuelta y penetró en lo que parecía un cuchitril como para portero o carbonera. Bajaban ya la escalera los «gángsters» llamados por el judío.

—¡Aprisa, jefe! —exclamó uno de ellos, volviendo la cabeza hacia el portal, mientras conservaba en la mano una «Thompson»—. ¡Van a venir aquí! Están interrogando a los otros...

En el extremo opuesto del cuchitril, en el suelo, había una trampa, cubierta por su tapa, de igual madera que el piso, y ésta, a su vez, obstruida, por trastos viejos y botes de conservas vacíos, todo sucio, empolvado.

—Abrid ahí, vosotros —ordenó Sienstahl a sus hombres—. Gracias, Armour. Te has portado... —dijo después al joven, dándole un leve golpe en un hombro.

Éste sonrió débilmente. Estaba rodeado de hombres armados. Le matarían si intentaba algo contra ellos. Tal vez eliminase al judío, pero él también caería.

Quedó al descubierto una escalera oscura, húmeda, que se hundía, al parecer, bajo los cimientos de la casa. Olía a alcantarilla, a agua putrefacta.

—Pasa, Armour —dijo el judío, haciéndole un gesto imperioso—. ¡Aprisa, muchacho! ¡Cierre bien el último, dejándolo todo bien disimulado!

Los «gángsters» se movían rápida y eficazmente, como si no fuese aquélla la primera vez que empleaban aquel medio para burlar a la Policía.

Se encontraron en un pasadizo, que iluminaron dos «gángsters» al encender lámparas eléctricas de mano, que cogieron en el cuchitril.

Las paredes y el techo de aquel pasadizo casi tubular rezumaban humedad por todas partes. El piso, de cemento, estaba encharcado y la bota del judío sonaba lúgubremente.

—Vamos hacia el río, pasando por una alcantarilla —dijo Sienstahl a Armour—. Iremos a dar a la Veintiséis th Street, debajo del «pier» setenta y uno, de la Wander Union Fruit. Tengo allí una canoa-yate estupenda. ¡Y esa idiota de Iona, que se ha quedado sin venir!

—No desconfíen de ella, jefe —dijo Armour—. Ella, cuando entré en el Child, me hizo una seña para que fuese a los lavabos. La entendí. Poco después fue ella y me dijo eso del policía. Por lo visto, apenas si pudo entretenerle, pero ha sido suficiente para que yo le avisase a usted.

—Eres un gran chico. Lo malo es que no vas a poder ver a tu madre durante algunos días. Hemos de retirarnos de la circulación ahora. Hasta que yo hable con mi abogado y lo solvente todo. Entonces regresaré a la oficina tranquilamente. No hay quien me coja con las manos en la masa. ¿Y dices que no viste a mis hombres? Eran los mismos, los dos que te llevaron en el coche cuando te secuestramos.

—No los vi. Es cierto que Iona me hizo apenas llegué el gesto, que fui a los lavabos y de allí salí a la calle a toda velocidad. No me fijé en si estaban o no. Me figuro que Iona, de haber estado ellos, les hubiera dado el aviso antes que llegara yo.

—Es extraño... —murmuró Sienstahl, mientras caminaban por el pasadizo—. Y que no hayan venido ellos a la taberna...

—Ya sabe, jefe, que nunca me he fiado de esos dos —murmuró Bruce, a espaldas de Armour—. No sé a qué tenían que ir a ese Child... Andaban detrás de una de las camareras, pero, aparte de eso, siempre me parecieron poco fieles a usted. Veremos si no han sido ellos los que han dado el soplo a ese agente... Si no aparecen, no hay duda de ello.

Gruñó amenazadoramente el judío. A poco entraron en una bifurcación de las alcantarillas, que eran ahora mucho más anchas y de techo más elevado. Por el centro corría un agua negruzca, fétida, con rumor sordo. Tomaron por la de la izquierda sin vacilar.

—Estamos en la alcantarilla del Bellvue Hospital, muchacho —dijo el judío—. ¡Ah! Supongo que cuando le dijera Iona que la Policía andaba detrás de mí se quedaría asombrado, ¿no? Creo que le debo una explicación sobre lo que le parecerá una contradicción. Yo le dije a usted que la chica no sabía nada acerca del contrabando...

—Eso creía yo. Pero, por lo visto, o usted me engañó o ella lo averiguó por su cuenta —repuso Armour, que se estaba viendo y deseando para hacer que el astuto Sienstahl no desconfiase de él.

—En realidad, ella no lo sabe todo —aclaró el judío, sonriendo

maliciosamente—. No es posible, siendo secretaria, y de confianza, ocultar ciertas cosas. Pero ella debe de creer que son asuntos de poca importancia. Nunca le he dado cuenta de la envergadura de mis negocios.

—No obstante, es fiel. Lo ha demostrado bien —afirmó Armour, sonriendo extrañamente—. Por otra parte, el que ella ande metida en esto y nos favorezca no me parece mal. Peor, sería que tuviese excesivos escrúpulos.

Sienstahl miró de reojo al joven. No acababa de convencerse de que aquel hombre hubiese aceptado tan de lleno la situación como para no demostrar siquiera extrañeza por todo cuanto veía, incluso el que Iona estuviese complicada en aquellos negocios al margen de la ley. Solamente le parecía comprensible el que Armour aceptase todo tan de pronto y sin vacilar debido a que se le hubiese desatado una ambición y un ansia de dinero insaciables. De todas formas, había que eliminarlo cuanto antes. Llegaría el momento en que supiese que su madre había sido asesinada por él y entonces se volvería sumamente peligroso. Había que matarle antes de que lo llegase a saber. Ahora aún no desconfiaba ni sabía nada...

Durante unos minutos más continuaron recorriendo la cloaca, que parecía como una catacumba. Llegaron, al fin, ante una bifurcación, de la que arrancaba como un pasillo estrecho, por el que no corría el agua. Al término del pasillo se encontraba una puerta de hierro. El judío sacó una llave y abrió, rechinando la hoja de hierro.

—Vamos a subir —dijo Sienstahl—. Pero no será conveniente que lo hagamos todos, Armour. Puede estar la Policía y pescarnos como a conejos en la madriguera. Yo subiré y me acompañarán Walton y Stark. Si no hay entorpecimientos, Stark bajará a decirnos que podéis subir.

Armour comprendió lo que el judío deseaba. Le iban a matar allí, en la cloaca, entre Bruce y el otro. Al fin podría él, con un poco de suerte, eliminar a dos de aquellos bandoleros. Después quedarían Sienstahl y dos de sus hombres. Más fácil para vencerle.

—Bien, jefe —dijo Armour, aprobando con un gesto la propuesta del ladino hebreo—. Aquí esperaremos.

Sienstahl hizo una seña a Stark. El «gángster» le contestó con otra, mirando de reojo al distraído Armour, que estaba encendiendo

un cigarrillo tranquilamente.

Partió el «boss» con sus dos hombres, sonando su pie retumbantemente en la galería. Los dos «gángsters», apoyados contra la pared, esperaban a que su jefe se alejase más para dar cumplimiento a la orden de matar a Armour.

El joven paseaba lentamente mientras fumaba, escuchando aquel sordo ruido del pie del judío, que se alejaba lentamente. Y poco a, poco, dando la espalda a los dos «gángsters», sacó de la cintura la «*Parabellum*».

El ruido de la bota de Sienstahl cesó por completo. Y se volvió repentinamente hacia los rufianes, empuñando la pistola ametralladora.

Ellos estaban sacando, a su vez, las pistolas automáticas de las funda del pecho. Al verle ya prevenido, Stark arrojó al suelo la linterna eléctrica, que rodó un trecho, quedando encendida.

Disparó una ráfaga corta Armour, casi arrodillado en el suelo. Inmediatamente cambió de posición, dando un salto mientras retrocedía hacia la cloaca, cuya agua corriente sonaba sordamente. Estaba en tinieblas, esparciendo una débil claridad la linterna eléctrica, en el suelo.

Dispararon ellos varias veces mientras le perseguían. Uno de ellos cogió la linterna. Armour lanzó otra ráfaga sobre la blanca luz, arriba y abajo de ella.

Un grito como de fiera herida llenó de ecos la abovedada alcantarilla y la linterna cayó al suelo de nuevo, pero encendida todavía. Retrocedió más, llegando el recodo entre el pasillo y la cloaca. Se arrodilló allí, esperando la llegada del otro «gángster». Pero no llegaba, temeroso quizá de la encerrona que le podía esperar si doblaba la esquina.

Asomó la cabeza Armour. Y ahogó un grito de rabia al ver cómo la linterna, blandida por el «gángster», se alejaba por el pasillo rápidamente. Huía el asesino hacia la salida al exterior, en vez de dar cumplimiento a la orden del judío, dejando además a su compañero quizá solamente herido.

Se precipitó el joven en su seguimiento, disparando la pistola ametralladora repetidamente.

Más corría el otro, que no se atrevía a apagar la linterna por no quedarse a oscuras y perderse.

Iba a pasar Armour por dónde estaba la puerta de hierro. La hoja estaba solamente entornada, quedando un resquicio como de medio pie. Refrenó su marcha a tiempo. Podía suceder que el bandido estuviese tras la puerta, agazapado, esperando a que él pasase para meterle un balazo en el cuerpo. Escuchó un momento, preparado a disparar...

No se oían los pasos del «gángster», alejándose, como sucedería si fuese huyendo. Estaba, pues, detrás de la puerta, esperándole.

Lentamente, sin producir el más leve roce, se fue inclinando hasta quedar de rodillas frente a la puerta de hierro. Y pegándose a la pared, con el brazo izquierdo la empujó con gran fuerza.

Dos disparos sonaron casi simultáneamente, mientras la hoja chocaba contra algo blando y volvía a ser empujada por el «gángster». Sonaron sus pasos precipitados, alejándose. Había apagado la linterna eléctrica y Armour le oyó chocar contra la pared, lanzando un juramento, y dar un traspie.

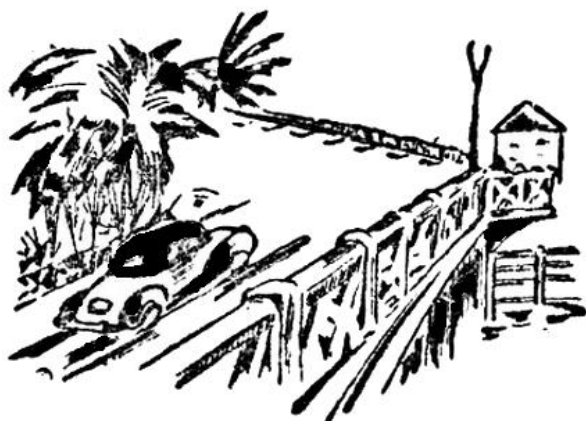
Disparó todo un cargador, haciendo abanico, a una altura correspondiente a la cintura del hombre. Y se lanzó en su persecución cuando oyó el sordo ruido de la caída del asesino.

Jadeaba el «gángster» cuando estuvo a su lado, rozando Armour la pared y sin producir ruido. Estaba a un par de yardas del caído. Era el estertor de la agonía lo que salía de la garganta y la boca del hombre.

Siguió entonces adelantando hacia él. Podía ser un truco del «gángster» para atraerle y matarlo. Finalmente, cayó sobre él con todo su peso, golpeándole con la mano izquierda el rastro.

No se movía el «gángster». Buscó Armour la linterna y la encendió. Vio que era ya cadáver. Un balazo en la espina dorsal. Otro en la espalda, pero a la altura del corazón.

Se puso en pie y, alumbrándose con la linterna de bolsillo, se dio a correr en seguimiento de Sienstahl y los dos hombres que le quedaban.



PADRE:

No consientas que tu hijo vea cuadernos propios para chicas.

COMPRALE

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡Cuaderno infantil de dibujos.

IX



L pasadizo no era muy largo, después de pasada la puerta. Pero Armour, al ver el final, con el comienzo de unos escalones de ladrillo, moderó de nuevo su marcha. El astuto Sienstahl podía jugarle otra nueva trastada y tenía que preverlo.

Apagó la luz de la linterna y comenzó a subir los escalones. No sabía adónde podían conducir, ni lo que había allí detrás. Contó quince y después un descansillo. Siguió adelante, lleno de aprensión, porque ante él se abría un misterio, al final del cual podía encontrar una muerte, tan segura como estúpida, de un balazo o un golpe de los «gángsters». Y, lo peor, que el judío se le escapase definitivamente.

—¿Habéis terminado? ¿Vienes solo? ¿Quién eres? —le preguntó, de repente, una voz desde bastante adentro, ante una puerta de

madera abierta.

Se veía luz al fondo, como en una habitación o sótano.

Armour tosió, no queriendo hablar, temeroso de que le reconociesen.

Se dibujó la silueta de Bruce en el umbral de la puerta. Armour bajó la cabeza, para que el otro no le viese el rostro.

—Habéis tenido un tiroteo de los buenos. ¿Le ha costado la vida a Spark? ¿Cómo vienes solo? ¡Oye, tú eres...! —rugió el «gángster», dando dos pasos atrás y llevándose la mano al pecho.

Armour se le fue encima como una pantera. No quería matarlo. Tenía que sacarle dónde estaba Sienstahl, que se habría vuelto a esconder. No creía que se refugiase en aquella lancha de que habló antes el judío.

Le golpeó con inaudita violencia con la culata de la pistola en pleno rostro, en la frente, dándole un terrible rodillazo en el bajo vientre, acosándole implacable, para inutilizarlo rápidamente.

Bruce retrocedía siempre, metida la mano en el pecho, buscando la pistola de debajo de la axila. Y Armour, sin dejarle sacar la mano de allí, le golpeaba salvajemente, deseando vengar en él todos sus sufrimientos.

Medio exánime, Bruce cayó al suelo de un terrible directo al mentón, aplicado con la culata de la «*Parabellum*» esgrimida, por Armour. Éste apoyó una de sus rodillas sobre su pecho, le quitó la pistola y aplicó su arma sobre la frente del «gángster».

—¿Dónde ha ido Sienstahl? ¡Aprende o te lleno la cabeza de balas!

—Al barco —repuso, débilmente, Bruce.

—¡Mentira! No es tan idiota que ahora se embarque, sabiendo que la Policía vigilará el río. ¡Dilo o te mato, Bruce! ¡Te mato!

—Al final de esa habitación hay una escalera. Va a dar a una caseta de guardas del «pier», sobornados por el jefe. Está esperando allí nuestro regreso. No el tuyo, claro...

—¿Y dónde irá después? ¡Habla sin pensar en lo que vas a inventar, perro! —Le atizó un terrible puñetazo en la nariz, contestando el bandolero con un agudo grito de dolor.

—Quiere hablar con su abogado y ponerle en antecedentes para que la Policía le deje en paz por falta de pruebas. Esto lo ha hecho varias veces con éxito —replicó el aterrado rufián.

Armour le miró pensativamente. No sabía qué hacer con aquel

asesino. Si se dejaba llevar de su odio, debía matarlo sin compasión, como no la tuvieron con su madre ni con él.

Estaba perdiendo el tiempo en escuchar la voz de su conciencia, y mientras tanto, Sienstahl podía escapar. Un disparo sobre la frente del canalla y la Humanidad tendría un enemigo menos. Solamente apretar el gatillo de la «*Parabellum*»...

—No intervine yo en la muerte de tu madre, Armour —dijo suplicantemente Bruce, leyendo en el rostro del joven la lucha que sostenían sus encontrados sentimientos—. La instigadora fue Iona. Le dijo al jefe que había que matar a tu madre porque ella sabía lo que tú tramabas para destruir nuestro «gang». Que si tú te doblegabas a nosotros, tu madre nos denunciaría al

F. B. I.,

al inspector Pool, amigo vuestro. Le llenó de miedo al jefe y entonces la mataron. Pero yo no intervine, Armour... No he sido nunca capaz de matar a una mujer, y menos a una vieja.

Armour sonrió. Y propinó un tremendo culatazo en la sien izquierda a Bruce, que se estremeció de pies a cabeza, perdiendo el sentido. El «gángster» había ganado, aunque tal vez la silla eléctrica fuese con él.

Entró en la habitación y vio la puertecilla, de la que arrancaba otra escalera de ladrillo, estrecha. Una débil luz se veía al final de ella y oyó que varios hombres hablaban. Destacaba, la voz de Sienstahl, que parecía estar hablando por teléfono.

—... no me ponga obstáculos, David. Necesito volver a mis asuntos lo antes posible. No habrá contra mi pruebas que merezcan la pena. Y aunque así sea, ¿para qué le pago?

—...

—¡Tonterías! yo puedo probar que esta tarde he estado en Albany o en Schenectady. Iré con hombres que lo atestigüen así. Ahora voy a su casa.

—...

—¿No? ¿Adónde? ¿A Gracie Square, al trece? Y ¿qué hay allí?

—...

—¡Ah! El restaurante alemán de... Schultze. Bien, bien. Voy ahora para allá. Y no deje de pensar en cómo me va a sacar de este atolladero, David, porque si no, ya sabe que me cobro las malas intenciones que se tengan conmigo. Le daré cinco mil; dos mil más

que otras veces. Adiós, que su querido Jehová le ilumine.

Armour estaba otra vez inmovilizado. Arriba había varios hombres adictos a aquel poderoso «boss», que no le permitirían a él capturarlo. Tan pronto asomase la cabeza por el final de la escalera le acribillarían a balazos, sin darle tiempo siquiera a luchar. Era desesperante tenerlo desde hacía varias horas casi a su disposición y, sin embargo, no le fue posible detenerlo como deseaba. No quería matarlo. A Sienstahl y a Iona los destinaba a ser interrogados por el F. B. I.,

para que aquellos que lo echaron humillantemente escucharan de labios de aquella mujer y del judío toda la historia de la intriga en que lo envolvieron para presentarlo como cobarde, traidor y desleal.

Hablaba ahora de nuevo Sienstahl, mientras iba de un lado a otro de la habitación, sonando lúgubrementes su bota de forma de pezuña de caballo sobre el pavimento de madera. Armour lo sentía sobre su cráneo casi, haciéndolo estremecer.

—Voy a ir solo. Me buscas un «taxi». David me ayudará, ya lo creo... Sabe que si no lo hace me las paga, aunque esté dentro de la cárcel. Por otra parte, cinco mil dólares le hacen bailar a ese judío asqueroso —rió malignamente— como una peonza. Anda, búscame un «taxi». Oye, y ¿qué hacen esos hombres allá abajo, en la alcantarilla? No regresa ninguno...

—No sé, jefe —respondió otra voz—. A ver si Armour se los ha «cargado» a todos...

—Baja a ver, Oakey —murmuró Sienstahl, y Armour notó en su voz una inflexión temerosa—. Yo me voy. Ya sabes dónde estoy. Adiós.

Le despidieron dos o tres hombres más, y el joven supuso que, con Oakey, habría unos cuatro hombres arriba. Los suficientes para hacerle perder la partida, si todos se le echaban encima.

Sintió que una puerta se abría y vio más claridad al final de la escalera. Una luz se encendió sobre él y dio varios pasos precipitados hacia atrás.

Oakey bajaba a su encuentro. Detrás, otro hombre. Sonó la puerta al cerrarse sobre ellos.

—Yo no sé qué harán ahí esos idiotas —decía Oakey, mientras bajaba la escalera.

Armour retrocedía, volviendo a la oscuridad, buscando un lugar donde esconderse y acometer a los dos «gángsters» con probabilidades de éxito.

—Yo te espero aquí —dijo el que iba con Oakey, en tono de voz fingidamente natural—. Vuelve pronto.

—¡Tú vienes conmigo! —exclamó Oakey, invitadamente—. ¿Es que tienes miedo? Lo que les ha pasado a éstos es que, si han perdido la linterna eléctrica, se habrán extraviado por las cloacas. Anda, King, no te hagas el remolón.

—Pues si es para eso, basta que vayas tú —insistió el llamado King.

—Oye, ¿no sabes que yo soy el segundo del «boss»? —murmuró amenazadoramente Oakey—. ¿Qué no estando el jefe, el que manda soy yo? ¡Marcha delante de mí o te hago ir a patadas...!

Armour había ido retrocediendo lentamente. Estaba al lado de la puerta de hierro nuevamente. Se colocó detrás de ella, dejándola entornada, y quedó agazapado, esperándoles. Estaba satisfecho con que aquellos dos bravucones demostrasen un respetable pánico por avanzar en busca de sus cómplices.

Sonaron los pasos de los dos hombres y se vio el reflejo de la luz de la linterna, que llevaba King.

—¡Mira! —gritó el «gángster», con voz ahogada—. ¡Bruce muerto!

—¡La madre de Belcebú! —exclamó Oakey, con voz apagada, asombrada—. Se los ha «cargado» Armour seguramente...

—Ha debido hacer igual con los otros —dijo King—. Oye, camarada...

—Ya sé lo que vas a decir —gruñó Oakey—. Que demos media vuelta y no nos metamos en líos, ¿verdad?

—Naturalmente. ¿No has visto cómo el jefe lo ha hecho? Se figuraba que la tardanza en regresar éstos era porque los había despenado ese Armour. ¿Y vamos nosotros a meternos en la boca del lobo para que nos fría a tiros ese condenado del

F. B. I.?

¡Quién sabe si nos estará acechando...!

—Y ¿qué vamos a decir al «boss» cuando nos presentemos ante él y nos pregunte por los camaradas? ¿No sabes que una vez mató a un muchacho de los nuestros porque no le obedeció? Le dio una

patada con ese pie que tiene de elefante y le dejó tendido, vomitando sangre. Le debió aplastar los intestinos.

—Le decimos que no hemos visto nada... A éste lo tiramos a la corriente, y nada más.

—Si me das tu palabra de que ante el jefe has de decir siempre la misma mentira, de acuerdo. Yo diré que no hemos visto ni rastro de los compañeros.

—Vamos a arrojarle ahí, a la cloaca, y aprista de aquí —murmuró King.

—Cógele de los pies. Yo lo haré de los brazos —dijo Oakey—. Espera que pueda llevar también la linterna.

Avanzaban hacia Armour despacio, cargados con el cadáver de Bruce. La luz blanca de la linterna oscilaba fantásticamente, movida por Oakey al caminar difícilmente con aquella impedimenta. Llegaban ya ante la puerta...

Armour tenía en la mano la llave de la puerta de hierro, que había dejado puesta antes Sienstahl, y que Bruce no debió ver cuando huía. Ahora, si podía estar escondido detrás de la hoja de hierro cuando ellos pasaran, y no le vieran... De todas formas, cargados con el cadáver, no ofrecían un gran peligro. Mientras quisieran soltar a Bruce y echar mano a sus armas, él los enviaría al infierno con una ráfaga de su «*Parabellum*».

Empujó Oakey la puerta con violencia y fue a chocar contra el cuerpo de Armour, que estaba detrás. Éste la retuvo levemente, aminorando el choque y evitando el que la hoja de hierro volviese a cerrarse.

Pasaron los dos «gángsters» sin haber notado que estaba Armour detrás de la puerta. Fueron alejándose lentamente, desconfiados, escuchando, hacia la gran corriente de agua pestilente de la cloaca. Jadeaban ambos, y la luz de la linterna bailaba, iluminando el camino caprichosamente.

Cuando estuvieron algo lejos, Armour, sigilosamente, pasó al otro lado del umbral de la puerta y la cerró lentamente. Rechinó, no obstante...

—¡Estaba ahí! —aulló King, con voz estrangulada por un pánico insuperable—. ¡Te lo estaba diciendo!

—¡Dispara, imbécil! —gritó Oakey, arrojando la lámpara al suelo. Ésta se apagó y sonó ruido de cristales. Su foco debió hacerse

añicos—. ¡Dispara, te digo! ¡Que nos va a cerrar la puerta y estamos a oscuras!

Armour, con la llave puesta en la cerradura, asomaba su cabeza por el resquicio que había dejado. Dio las dos vueltas a la llave, sonriendo infernalmente.

—¡Nos ha dejado aislados y sin una luz! —gritó roncamente King, golpeando frenéticamente la hoja de hierro.

Armour se alejó vivamente al sentir cómo disparaba locamente King sobre la puerta, mientras aullaba de terror. Supuso que tal vez tuvieran cerillas o encendedor, y ellas les ayudarían para guiarse hacia la salida lejana de Terminal Street, si sabían el camino. Allí estaría la Policía esperándoles...

Volvió a subir por la escalera de ladrillos, debajo de la caseta de los vigilantes del muelle. Había dejado atrás dos enemigos.

Escuchó. Hablaban dos hombres.

—... como si se los hubiera tragado la tierra. Hace casi media hora que bajaron.

—Y ¿qué se te ocurre que hagamos, vamos a ver? Ya subirán. Y si no suben, peor para ellos. Nosotros no somos del «gang». Nos gratifica, ese judío, pero no vamos a exponer nuestro pellejo por él. Si quieres bajar tú, puedes hacerlo.

—Dicen que, a veces, los miasmas de las cloacas marean a los que bajan y si no se dan prisa a correr, se exponen a morir asfixiados. A ver si a éstos les ha ocurrido algo de eso...

Armour se decidió. Aquellos hombres, ya lo habían dicho, no eran del «gang» de Sienstahl, y, por tanto, no estarían nada dispuestos a poner en peligro su vida por detenerle cuando le vieran aparecer con la pistola ametralladora.

Terminó de subir la escalera, ya iluminada por una bombilla, en el techo, y empujó la puerta, baja, de madera.

Estaba en el fondo de una trampilla, como las de las bodegas o sótanos. Subió el escalón y se halló en un pequeño cuarto sucio, con fardos y cajas. En la habitación inmediata seguían hablando los dos hombres.

Franqueó el umbral y se presentó ante los dos individuos. Eran guardas de los muelles, con su uniforme verdoso y la gorra de plato. Del cinturón pendía la pistola automática.

—¡Levanten los brazos y no hagan resistencia! —Les intimó

Armour, apuntándoles con su «*Parabellum*»—. Soy agente especial del

F. B. I.,

y ya saben que tenemos las manos muy listas. ¡De cara a la pared y las manos arriba!

Los dos guardas, aterrados, sin deseo alguno de luchar, le obedecieron matemáticamente.

—Nosotros no somos bandoleros —murmuró uno de ellos en tono de protesta.

Armour les despojó de las pistolas rápidamente. Antes de salir a la calle les dijo, irónicamente:

—Vayan a buscar sus armas a Centre Street. Si no van serán perseguidos como secuaces del «boss» Sienstahl. Voy a dar parte de ustedes ahora mismo.

Se encontraba en Cuarenta y
Tres-rd.

Street, casi frente a Belmont Island, cuyo faro giraba lentamente, iluminando el río y después la ciudad, los «docks». Buscó un «taxi» en la confluencia de Cuarenta y
Tres-rd.

Street y Prospect Place.

Vio un «jop» uniformado, paseando lentamente, de vigilancia. Se acercó a él y le tendió las dos pistolas de los guardas.

—Soy del

F. B. I.

Estas armas pertenecen a dos guardas de aquel «pier» —señaló el pabellón con la mano—. Telefonee a Centre Street, una vez que los tenga detenidos, diciéndole al inspector de guardia que esos hombres ayudan al «boss» Sienstahl y que busquen en las cloacas a varios hombres de ese «gángster». En Centre Street ya saben lo que deben hacer. La bajaba a las cloacas nace dentro del pabellón ése.

El gigante de la Policía Metropolitana le miraba como si estuviese loco. Miró las pistolas y luego a Armour.

—¡Hágalo ahora mismo! —le gritó el joven, imperiosamente—. ¡Vaya al pabellón y deténgalos! ¡Telefonee a Centre Street!

Partió el irlandés, abriendo rápidamente sus enormes piernas. Armour fue al aparcadero de «taxis» y subió a uno.

—A Gracie Square, trece. En el distrito de Yorkville. Lo más

aprisa que pueda, amigo.

Miró su reloj de pulsera. Eran cerca de las once de la noche. Sentía ahora un hambre canina, después de las pasadas emociones durante aquel día espantoso.

Rumbo al Norte, el «taxi» tomó por York Avenue, casi al lado del East River durante largo trecho, y al llegar al Instituto Médico Rockefeller, con sus gigantescas edificaciones, emparejadas al New York Hospital y la Cornell University Medical, tomó a la derecha, yendo rectamente por la Marie Curie Avenue Exterior y la East End Avenue.

Gracie Square tenía a su espalda, al Norte, el encantador Carl Schurz Park, a la orilla misma del río, entre dos malecones que avanzaban en la corriente de agua, destinados a embarcaciones de recreo y «ferrys».

Armour despidió el «taxi» en la misma plaza. Después entró en un bar alemán, para apaciguar su apetito y beber una taza de café. Tomó rápidamente varios «sándwiches» con embutidos bávaros y el café con crema. Encendió un cigarrillo y salió del establecimiento, oprimiendo, debajo de la trinchera, entre el cinturón y la camisa, su pistola «*Parabellum*». En el bolsillo de la trinchera llevaba la pistola automática como una reserva para caso de que se agotasen las municiones de la pequeña ametralladora.

La plaza de Gracie era rectangular y en todos los edificios que la rodeaban habían cervecerías y restaurantes alemanes. Yorkville es una gran colonia teutónica y en ella imperan los alemanes, que tienen allí sus moradas, sus iglesias, sus tiendas, sus cafés-conciertos y sus escuelas. Durante la pasada contienda mundial se trabaron allí feroces encuentros entre los nazis americanos y los alemanes demócratas, partidarios de los aliados, que tenían sus respectivos periódicos de propaganda y combate.

El restaurante de *Herr* Schultze, Die Lorelei, era magnífico. En la puerta, de estilo gótico alemán, figuraba la clásica muestra de hierro forjado, anunciadora de los platos y bebidas que se servían. «Delikatessen», embutidos «mettwurst», «streichwurst», además de la cerveza de Baviera y la célebre «Pilsen». Las ventanas, anchas, con cristalerías como las de las catedrales, de estilo gótico, permitían ver el interior del establecimiento, lleno de bebedores de cerveza dorada o negra.

Entró allí Armour. Había al fondo, sobre un tablado, una orquesta de unos doce o quince músicos, interpretando un «lied» melancólico. Y una mujer, de anchas caderas, pecho prominente, rubia y con rostro de muñeca barata, cantaba con voz engolada, según la escuela clásica teutónica, una canción de Schubert, teniendo ante ella un micrófono. Los clientes, de cabezas rapadas, como cinceladas a golpes, escuchaban religiosamente, mientras de, cuando en cuando, se llevaban a los labios sensuales la jarra de cerveza, para vaciarla rápidamente, o fumaban en largas pipas historiadas.

No vio a Sienstahl en ninguna mesa. En el mostrador, un alemán de unos cincuenta y cinco años, elegantemente vestido, pero cubierta su cabeza con un verde sombrero bávaro de las montañas alpinas, vigilaba celosamente el movimiento de camareros y muchachas en su constante ir y venir, llevando jarras de cerveza y embutidos. Llevaba un gran brillante en la corbata y sortijas relumbrantes en los dedos gordiflones. Era muy grueso y su rostro tenía gran parecido al de un hermoso cerdo, con los carnosos labios y ojos saltones, azules.

El joven se acercó al mostrador, de caoba, que parecía un altar sacado de alguna vieja catedral alemana, a juzgar por sus relieves, sus arcos góticos y floreados adornos.

El obeso *Herr* Schultze, sonriéndole empalagosamente, se inclinó sobre el mostrador.

—¿Desea tomar, señor?...

—Quiero ver al señor Siensthal. Acaba de llegar aquí... Me ha citado.

—¿*Herr* Sienstahl? ¿Sienstahl? —El germano puso cara de asombro, sacando aún más sus labios en forma de morro porcuno—. No conozco a ese señor... ¿Hebreo, tal vez? —arrugó el ceño ostensiblemente—. «Nein, nein», señor. No tengo tratos con hebreos.

Armour contuvo un suspiro de desaliento. O aquel bávaro mentía con gran habilidad o Sienstahl habló de Schultze como podría haber mencionado a Hitler, cuando le estaban escuchando sus secuaces, para despistarlos. Tal vez conociera el establecimiento aquel, y lo citó con aquel objeto, mientras seguramente iba a esconderse en Brooklyn, Queens o Nueva Jersey.

—¿No conoce usted a un abogado llamado David? —murmuró Armour, mirándole fijamente, con gesto duro—. El señor Sienstahl estaba citado aquí con ese abogado. Entre sus clientes que estén aquí... —Miró hacia, las mesas, buscando de nuevo al ladino hebreo.

—¿David? ¿También «judisch»? ¡Oh señor, si uno de esos... individuos entra en mi Lorelei, no pasan cinco minutos sin que mis camareros le invite a salir. Aquel cartel —señaló con la mano a la entrada— dice que se reserva el derecho de admisión. Yo soy buen alemán, un decente alemán, y en mi pequeña Alemania, que es este decente establecimiento, no ponen sus pies marranos los... judíos. «Mein Gott»!

Herr Schultze se retiró del mostrador para acudir a la caja registradora y contemplar con gesto dictatorial cómo sus camareros y muchachas atendían a los arios clientes.

Armour se daba cuenta de que estaba perdiendo un tiempo precioso. No podía dejar en libertad a aquel bandolero. Se le escapaba a él y al

F. B. I.,

y con ello su madre quedaría sin vengar y su reingreso como agente especial se demoraría o quizá no lo consiguiese nunca. Sienstahl era el triunfo que debía arrojar con todas sus fuerzas sobre la mesa en que tomaban acuerdos aquellos hombres del Estado Mayor del

F. B. I.,

que tanto le llenaron de humillación y oprobio. Hacerles bajar la cabeza, pidiéndole perdón por su error, era lo que deseaba con toda su alma. Y ver sentarse en la silla eléctrica a aquel endemoniado judío, vencido en toda la línea por él, pese a su astucia, su maquiavelismo.

Se separó del mostrador y fue a ocupar un sitio libre en una mesa, frente a dos alemanes de edad madura, que bebían su cerveza silenciosamente. Miró a *Herr* Schultze. Éste le contemplaba con inquietud evidente. Tal vez supuso que aquel americano se marcharía acto seguido de allí, fracasada su gestión de encontrar a Sienstahl y a David, el abogado.

Se acercó un camarero de rígidos modales, haciendo una germánica genuflexión.

—Oiga, amigo —le dijo en voz baja Armour, mientras deslizaba

sobre la mesa un billete de diez dólares—. ¿Está por aquí Sienstahl? Ya le conoce. El judío...

—Está en la trastienda, señor. Con el señor David, el abogado. Me dijo precisamente que si llegaba alguno de sus hombres, le dijese que pasase. ¿Es usted uno de ellos? No sé si será a usted a quién espera. Le pasaré aviso.

—*Herr* Schultze, el dueño del restaurante-café, llegaba moviendo su enorme vientre, resollando, rojo de ira, su rostro de cerdo.

—¡Hans: usted no conoce a ese señor que dice este hombre! —rugió, empujando airadamente al camarero, que retrocedió temerosamente—. Señor, cuando yo le dije que no estaba ese judío, era porque no estaba, ¿comprende? —Se encaró con Armour, manoteando con infantil rabia—: Ahora, usted me hace el favor de salir de aquí, por perturbador. Mis clientes no pueden escuchar ni estar tranquilos cuando usted viene a distraerles y alborotar... ¡La educación de los... salvajes «amerikanischen»!

El joven palideció, pero contuvo sus deseos de golpear aquel rostro abotagado, rojo, de cerdo cocido. Miró de arriba abajo al alemán y dijo, con voz queda, llevándose la mano al pecho, con típico gesto «gangsteriano»:

—¡Soy el segundo de Sienstahl, y me espera el jefe, imbécil! ¡Quite de ahí o lo barro con mi ametralladora! ¡Fuera!

El obeso germano, muy pálido, pero sonriente, le dejó pasar.

—Yo no sabía... Si usted se hubiese explicado bien... ¿A quién se le ocurre preguntar cómo podría hacerlo uno de la «Politzei»? Allí, allí, en la trastienda, a mano derecha, están.

Armour respiró ansiosamente. Allí estaba, al fin, Sienstahl. Unos pasos, y le podría poner la mano encima, para después medio matarlo de una paliza. Nada de quitarle la vida. Eso lo haría la silla eléctrica. Pero sí dejarlo medio muerto a fuerza de golpes, de patadas...

Se inclinó para pasar por debajo de la trampilla del mostrador. Había allí una puerta, que parecía arrancada de una catedral también y la empujó. Un pasillo estrecho, oscuro, y al final, una habitación grande, iluminada por una araña de Bohemia, de múltiples luces. Una gran mesa de comedor, con sillas alrededor, un aparador, un trinchero... Y sin ninguna persona allí. Flotaba en la

atmósfera un aroma a tabaco rubio. En dos ceniceros varias colillas, una de ellas aún humeante.

Apretó los puños con rabia. Oyó el jadear de la respiración de Herr Schultze a su espalda. No podía casi reprimir una sonrisa de malicia.

Armour, desesperado ya, burlado, convencido de que él sólo iba siendo incapaz de atrapar a aquel endiablado Sienstahl, que en todas partes tenía amigos o asalariados, que le auxiliaban poderosamente, se dejó llevar de la cólera. Y sin mediar palabra, cuando el alemán sonreía abiertamente, gozándose en el desconcierto de quien creía era un policía, extendió el brazo derecho, con el puño cerrado, y lanzó un terrible directo a la nariz del obeso burlón.

Herr Schultze cayó de espaldas cuan largo era, no obstante su peso, y lanzó un chillido de rata asustada, mientras su rostro se cubría de sangre. Armour se arrojó sobre él, chocando sus rodillas sobre el prominente abdomen del alemán, que se hundió como un colchón de pluma, mientras otro grito se escapaba de sus labios.

Le vapuleó duramente, machacándole el rostro con puñetazos contundentes y rápidos, cegado por la rabia. *Herr Schultze solamente oponía la fuerza de sus aullidos gemebundos, tratando de suscitar la compasión de su feroz antagonista.*



Por 1,25 pesetas

**LOS PADRES PUEDEN REGALAR
A SU HIJO LO MEJOR DE LO
MEJOR:**

**Un cuaderno de
AVENTURAS DEL F. B. I.**

X



ONDE está Sienstahl? — rugió Armour, cuando el alemán estuvo bien reblandecido por la formidable paliza—. ¡Dígalo o sigo!

Un camarero apareció, asustado, en la trastienda. Armour le miró cómo podría mirar un «bulldog» que fuese a saltar sobre su presa, y el hombre se marchó apresuradamente.

—¿Dónde está? —volvió a preguntar el joven, y con una rodilla apretó el pecho del alemán, quitándole la respiración.

—A... arriba —murmuró *Herr* Schultze—. En el cuarto de la azotea...

Armour se incorporó. Levantó un pie y amenazó el rostro del caído.

—¿Por dónde se sube? ¡Pronto!... ¡Que vuelvo a zurrarle!

—En el patio, la escalera de incendios, siempre arriba —gimió el alemán, lanzándole una mirada suplicante—. Por esa puerta... sale al patio.

Armour se lanzó a la puerta indicada. Había un patio espacioso, rectangular, con un pequeño jardín en el centro y un surtidor. Caían algunas gotas de lluvia y en el cielo encapotado trazaban sus lívidos rasgos los relámpagos. Sordos truenos se oyeron, todavía algo lejanos.

El arranque de la escalera metálica para caso de incendio estaba en un rincón del patio. Armour se colocó la «*Parabellum*» entre el pecho y la trinchera. La subida era, por demás, peligrosa. Si Sienstahl estaba arriba, en el piso tercero y último, apercibido, vigilante, podría acribillarle a balazos impunemente, sin ser visto. Era casi suicida aquella ascensión, pero no había otro medio para enfrentarse con el astuto judío.

Subió con la mayor rapidez posible, tratando de evitar todo ruido o vibración en la escalera que pusiera en guardia a Sienstahl.

El tercer piso era ya la azotea, en el centro de la cual había como un pabelloncito de una sola habitación. Armour saltó el parapeto y vio la ventana de la habitación iluminada. Y se estremeció cuando oyó el paso peculiar de Sienstahl, que recorría aquélla, estancia. Su pie, en forma de casco de caballo, golpeaba fuertemente el pavimento al caminar. Y su silueta, al pasar y repasar ante la iluminada ventana, con el cuerpo echado hacia adelante.

Súbitamente, Sienstahl se detuvo ante la ventana. Lanzó un grito de asombro y rabia al ver, a la luz que salía de la habitación, la silueta de Armour, agazapado, avanzando cautamente hacia el pabellón.

Cruzó el cielo un gran relámpago y el estruendo de un formidable trueno apagó el ruido del disparo que hizo el judío desde la abierta ventana. Una catarata de agua cayó seguidamente de las negras nubes.

Armour se lanzó como un loco sobre la ventana abierta, encogido como un gato, presta la pistola. Cayó en puntillas sobre el mismo borde del alféizar, y de allí tomó nuevo impulso para saltar dentro. Dos nuevas detonaciones sonaron casi en sus oídos. Estaba Sienstahl lívido de terror y rabia, tratando de fijar bien la puntería

sobre aquel bólido que se iba encima. En un rincón, otro hombre, quizá el abogado David, acurrucado y cubriéndose la cabeza con los brazos.

El joven se lanzó sobre el judío sin mediar una palabra. Iba a medio matarlo de una paliza, como se prometiera. Del abogado no hizo caso. Le parecía un ser insignificante, pequeñito, desmedrado, casi desmayado por el terror.

De un certero puñetazo, Armour hizo saltar de la mano de Sienstahl la pistola, que cayó lejos, rebotando. Desde aquel instante, la lucha podría haber terminado, amenazando Armour con su «*Parabellum*» al judío e intimándole a la rendición. Pero el joven quería darle una espantosa paliza, y no estaba dispuesto a perdonársela. Después la Policía se haría cargo de él y ya no podría ponerle más la mano encima. Tenía, pues, que aprovecharse...

Se guardó la pistola ametralladora en el bolsillo de la trinchera, y en igual de condiciones que su enemigo, se lanzó contra él como un torbellino. Los relámpagos deslumbraban, y los truenos parecían golpear el espacio como si fuese una tirante piel de timbal.

Sienstahl estiró su pierna derecha, aquella que tenía el pie en forma de casco de caballo, y contra él chocó el vientre de Armour, que lanzó un aullido de tremendo dolor, cayendo de espaldas cuan largo era. Recordó entonces lo que dijeron los «gángsters», de que una vez aquel hombre había matado a otro coceándole con aquel pie espantoso sobre el bajo vientre.

El judío, con el pie nuevamente amenazándole, ahora el rostro, avanzó sobre él, riendo infernalmente.

—¡Ahora verás tú! —... rugió, y le acompañó la risita del cobarde David, que, ahora envalentonado al creer a Armour indefenso, también avanzaba contra él esgrimiendo una silla.

El joven hizo un esfuerzo sobrehumano para imponerse al lacerante dolor que sentía en el vientre, donde había recibido el terrible impacto. Si no reaccionaba, le iban a matar a silletazos y patadas. Eran unos cobardes y, por ello mismo, mucho más crueles y sádicos en su represalia.

El pie deforme de Sienstahl bajó para aplastar el rostro de Armour, pero no hizo blanco. En cambio se sintió cogido, retorcida la pierna violentamente, obligando al judío a girar sobre sí mismo, mientras gritaba de dolor, y lanzado al suelo finalmente. David, el

abogado, al ver por el suelo a su amigo, optó por abrir la puerta y escapar gimiendo de terror.

Armour tenía debajo de sí a Sienstahl, que aunque fuerte, no podía competir con el joven en fuerza física y astucia para pelear. Y entonces fue cuando el exagente se tomó una parte de su desquite, golpeándole con una ferocidad propia de un demente. El judío, casi desmayado, destrozado su rostro de imponente nariz, ahora doblemente grande por la hinchazón, tundido a golpes, era incapaz de oponer resistencia. Cayeron sobre su cuerpo los golpes a docenas, los puntapiés, los envites y costaladas, viéndose tan pronto en el suelo como casi a la altura del techo, manejado por aquella fiera humana entregada a la demencia de golpear.

Cuando el judío quedó totalmente desmayado, Armour cayó al suelo a su lado, exhausto, sollozando de alegría.

Un rato después, los dos bajaban por la escalera central del edificio. Armour casi llevaba en vilo al destrozado Sienstahl, que no trataba de escapar de sus garras. Tomaron un «taxi», y el joven le ayudó a entrar en él.

—A Centre Street —dijo al chófer, que miró con asombro a ambos, pues también Armour llevaba su traje y la trinchera rotos, manchados de sangre, y en su rostro tenía señales de arañazos y algún verdugón—. A la Policía...

Eran las doce y algunos minutos cuando penetró Armour, llevando a cuestas a Sienstahl, en el despacho del inspector Pool. Éste, atónito, se levantó del sillón, ante la mesa.

—Ahí va eso, jefe —e inclinándose rápidamente lanzó, por encima de su cabeza, en un salto mortal, el cuerpo de Sienstahl, que cayó sobre el sofá. Quedó inmóvil, desmayado—. Ése es Sienstahl, el «boss». El que faltaba, ¿no?

—¡Le mató usted...! —exclamó, con cierto disgusto, Pool, inclinándose para mirar al prisionero.

—No, no. Está vivo, pero un poco menos vivo de lo habitual en él. ¿Han apresado al resto del «gang»? ¿Fueron a aquella taberna y los cogieron? ¿Y a las cloacas?

—Todo se hizo. Esa banda ya no existe —dijo el inspector, mirándole con afecto—. Ahora queda hacer justicia con usted, Armour. Deseo ser el primero en reconocer que hice el burro al considerarle como traidor. Por otra parte, después ha sido usted

hermético en su actuación. No nos ha dejado apenas intervenir... Bien; váyase a descansar. Voy a informar a Washington. Volverá a ingresar en el

F. B. I.;

todos le pediremos perdón. Todo se arreglará... menos el que vuelva su pobre madre. Es nuestro oficio, muchacho. Dura es la ley, pero es ley...

Ocho días después, Armour regresó de Washington convertido de nuevo en agente especial del

F. B. I.

A su llegada, lo primero que hizo fue tomar un «taxi» y darle la dirección al chófer del Child italiano de Houston Street, en Greenwich Village.

Bettina le salió al encuentro, sonriente. Desde el mostrador, Benedetto lo amenazó con un nuevo cuchillo para cortar fiambres.

—¡«Condottiero»! ¿Vienes a quitarme mi más caro amor? —le gritó, sonriendo—. Pero será mejor, sí. Ella suspiraba por ti estos días, en que tú no estabas. Andad, iros a pasear a Washington Square, y cuando regreséis, decidme cuándo he de ponerme mi traje de etiqueta y comprar el más hermoso ramo de flores.

—¿Querrás casarte conmigo, Bettina? —preguntó Armour, sonriendo—. Tu padre ha dicho eso...

—No importa que lo haya dicho, Stan —repuso riendo—. Si no lo hubiera dicho él, lo haría yo... Eres tan corto de genio...





FRANK C. McFAIR

El escritor maestro en novelas de aventuras escalofrantes nos remite

La huída de Varka

Varka Marás, nacido en los Balkanes, semillero perenne de discordias políticas, parece haber marmado el ambiente retorcido y mefítico de su país. Trasladado a Estados Unidos, desahoga allí sus instintos criminales. El F. B. I. le va a los alcances, armas en mano y sed de justicia en el corazón.

La huída de Varka

Será recordada siempre entre los buenos lectores, por su interesante argumento, ambientes exóticos y escenas tensas y trágicas.

La huída de Varka

PROXIMO NUMERO DE LA

Colección F. B. I.

